

ISAAC

ASIMOV

LUCKY ⁶ STARR

**Los anillos
de Saturno**





Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

El sistema solar ha sido colonizado por la Tierra, unificada bajo el gobierno del Consejo de Ciencias.

En los anillos de Saturno aparece de pronto un enjambre de misteriosas naves que amenazan la Tierra. Lucky Starr, joven agente especial del Consejo de Ciencias, y su inseparable amigo Bigman, tendrán que resolver el misterio de las ominosas naves sin tripulantes.

L≡LIBROS

Isaac Asimov

Los anillos de Saturno

Lucky Starr - 6

Título original: *Lucky Starr and the Rings of Saturn*

Isaac Asimov, 1958

Traducción: Baldomero Porta Gou

Diseño de cubierta: Huygens

Editor digital: Titivillus

Corrección de erratas: Huygens, Insaciable, Heurorez

ePub base r1.2



LOS INVASORES

El Sol era un esplendoroso diamante en el cielo, bastante grande, tan solo, para que a simple vista pareciera algo más que una estrella; como un globo al rojo blanco del tamaño de un guisante pequeño.

Allá fuera, en la inmensidad del espacio, cerca del segundo planeta, en dimensiones, del Sistema Solar, el Sol brillaba con solo una centésima parte de la luz, que daba en el planeta de los viajeros. No obstante, seguía siendo el objeto más luminoso del cielo, tan brillante como cuatro millares de lunas.

Lucky Starr miraba pensativamente la pantalla visora que centraba la imagen del lejano Sol. John Bigman Jones, cuyo físico formaba un extraño contraste con la figura alta y gallarda de Lucky, contemplaba a este pensativamente.

Cuando John Bigman se ponía bien tieso y erguido en toda su estatura, media algo menos de metro sesenta. Pero el hombrecillo no se media a sí mismo en centímetros y por esto permitía que le llamasen por su primer apellido solamente: Bigman.

Bigman dijo:

—Ya sabes, Lucky, esta a cerca de mil quinientos millones de kilómetros de distancia. Me refiero al Sol. Nunca estuve tan lejos de él.

El tercer ocupante de la cabina, el consejero Ben Wessilewsky, volvió la cabeza desde su puesto de control y sonrió. Era otro hombre fornido, aunque no tan alto como Lucky, y su mata de cabello dorado coronaba un rostro atezado por el espacio a fuerza de servir en el Consejo de Ciencias.

—¿Qué pasa, Bigman? —le preguntó—. ¿Asustado aquí, en estas lejanías?

—¡Arenas de Marte, Wess! —grazno Bigman—. ¡Quita las manos de los mandos, primero, y luego repite eso!

Había sorteado a Lucky y se dirigía hacia el consejero; pero las manos de Lucky descendieron sobre sus hombros y le levantaron en vilo. Las piernas de Bigman seguían pedaleando como llevándole hacia Wess a paso de carga; pero Lucky volvió a dejar a su amigo marciano en el mismo punto donde estaba antes.

—Quédate quieto, Bigman.

—Pero, Lucky, tú le has oído. Ese amigo larguirucho se figura que los hombres se pagan a tanto el kilo. Si ese Wess mide metro ochenta y tres, ello solo

significa que le sobran treinta centímetros de materia fofa...

—Está bien, Bigman —aseguro Lucky—. Y Wess, guardemos el humorismo para los sirianos.

Hablaba con voz tranquila tanto al uno como al otro; pero no se podía poner en duda su autoridad.

—¿Dónde está Marte?

—Mirado desde nuestra posición, al otro lado del Sol.

—¡No te decía yo! —exclamo el hombrecito, disgustado. Luego dijo, animándose—: Pero, espera, Lucky. Nosotros estamos ahora a ciento sesenta millones de kilómetros bajo el piano de la eclíptica. Tendríamos que ver Marte debajo del Sol así, como si miráramos por detrás.

—Humm, humm, sí, deberíamos. En realidad Marte esta apenas a un grado de distancia del Sol; o sea, bastante cerca para que quede oscurecido por su resplandor. En cambio, me parece que se puede divisar la Tierra.

Bigman permitió que cruzase por su cara una altanera oleada de disgusto.

—¿Quién, por todos los espacios, quiere ver la Tierra? Allá no hay nada sino gente; y la mayoría, gusanos del suelo que no han estado nunca a ciento cincuenta kilómetros más arriba de la superficie. No la miraría ni aunque en todo el espacio no hubiese otra cosa que mirar. Deja que Wess la contemple. Él no tiene prisa. —Y se apartó malhumorado de la pantalla visora.

Wess exclamo:

—¡Eh, Lucky! ¿Qué te parece si enfocáramos Saturno y le echásemos un buen vistazo desde este ángulo? Vamos, hace rato que me estoy prometiendo un festín.

—No sé si la vista de Saturno, por estas fechas —replico Lucky—, es exactamente lo que se puede llamar un festín.

Lo comentó en tono ligero, pero por un momento descendió un silencio angustiado en el cerrado departamento del piloto de la Shooting Starr (Estrella fugaz).

Los tres notaron el cambio de atmósfera. Saturno significaba peligro. Saturno había cobrado una faz nueva, de condenación, para los pueblos de la Federación Terrestre. Para los seis mil millones de habitantes de la Tierra, más los millones adicionales de Marte, la Luna y Venus, así como para las estaciones científicas en Mercurio, Ceres y los satélites exteriores de Júpiter, Saturno se había convertido en un elemento nuevo e inesperadamente mortal.

Lucky fue el primero en reponerse, con un levantamiento de hombros, de aquel momento de depresión y, obedientes al roce de sus dedos, los sensitivos exploradores electrónicos montados en el casco de la Shooting Starr giraron suavemente en su suspensión *Cardán* para el universo. Con su movimiento, el campo visual de la pantalla visora cambió. Las estrellas desfilaban por ella en procesión continua, y Bigman preguntó con una curvatura de odio en el labio

superior:

—¿Alguna de esas cosas es Sirio, Lucky?

—No —respondió este—, estamos cruzando el hemisferio meridional del cielo, y Sirio se encuentra en el septentrional. ¿Te gustaría ver Canopus?

—No —aseguro Bigman—. ¿Por qué habría de gustarme?

—Se me ocurrió pensar que quizá te interesara. Es la segunda estrella en luminosidad, y podrías imaginarte que era Sirio. —Lucky sonreía levemente. Siempre le divertía que al patriota de Bigman le disgustara tanto el hecho de que Sirio, estrella madre de los grandes enemigos del Sistema Solar (a pesar de descender ellos de los hombres de la Tierra) fuese la más brillante que se distinguía en el firmamento.

—Muy gracioso —grito Bigman—. Vamos, Lucky, contemplemos Saturno, y cuando regresemos a la Tierra podrás montar un espectáculo teatral y llenar de pánico a todo el mundo.

Las estrellas continuaban en suave movimiento; luego disminuyeron la marcha y se detuvieron. Lucky afirmó:

—Ahí esta... y sin necesidad de aumentos, además.

Wess cerro todos los controles e hizo girar el asiento del piloto para poder verlo él también.

El astro tenía el aspecto de una media luna, quizá sobrepasando las proporciones de una mitad, con las dimensiones necesarias, para verle esta figura, y brillaba con una suave luz amarilla, más apagada en el centro que en los bordes.

—¿A qué distancia estamos? —preguntó Bigman, atónito.

—A unos ciento sesenta millones de kilómetros, creo yo —contesto Lucky.

—Algo va mal —musito Bigman—. ¿Dónde están los anillos? Yo confiaba en que los veríamos bien.

La Shooting Starr se hallaba a gran altura, sobre el polo sur de Saturno. Desde aquella posición habían de verse los anillos en toda su amplitud.

—Los anillos quedan difuminados en el globo del planeta, Bigman, a causa de la distancia. ¿Qué te parece si aumentásemos la imagen y mirásemos más detenidamente?

La mancha de luz que era Saturno se expandió y extendió en todas las direcciones, creciendo. Y la media luna que parecía constituir antes se partió en tres segmentos.

Había aun un globo central en forma de media luna. Sin embargo, a su alrededor y sin tocarlo por ninguna parte, aparecía una cinta curvada de luz, dividida en dos partes desiguales por una línea oscura. En el punto en que dicha cinta se doblaba alrededor de Saturno y penetraba en su sombra, quedaba cortada por la oscuridad.

—Sí, señor Bigman —afirmo Wess con tono magistral—, Saturno

propiamente dicho solo tiene ciento veinticinco mil quinientos kilómetros de diámetro. A ciento sesenta millones de kilómetros, no sería más que un punto de luz; pero suma los anillos y tienes cerca de trescientos veinte mil kilómetros de superficie reflectante, desde una punta a la otra.

—Todo eso lo sé muy bien —replico Bigman, indignado.

—Y lo que es más —continuo Wess, sin hacerle caso—, a ciento sesenta millones de kilómetros, la brecha de once mil doscientos sesenta kilómetros entre la superficie de Saturno y el borde interno de los anillos no se distinguiría; muchísimo menos, por consiguiente, la brecha de cuatro mil ochocientos que parte dichos anillos en dos. Ya sabes, Bigman, a esa línea oscura la llaman «división de Cassini».

—He dicho que ya lo sabía —bramo Bigman—. Escucha, Lucky, este amiguito quiere dar a entender que no fui a la escuela. Quizá no asistiera mucho; pero él no me ha de enseñar nada referente al espacio. Di la palabra, Lucky, di que permitirás que deje de permanecer escondido detrás de ti, y le aplastare como a una cucaracha.

—Se divisa Titán —anuncio Lucky.

—¿Dónde? —preguntaron a coro, inmediatamente, Bigman y Wess.

—Ahí enfrente. —Titán apareció como una media luna pequeña del tamaño, más o menos, bajo el aumento corriente, que Saturno y su anillo semejaban tener sin aumento alguno. Se hallaba cerca del borde de la pantalla visora.

Titán era el único satélite de consideración en el sistema de Saturno. Pero no era su tamaño la causa de que Wess lo mirase con curiosidad y Bigman con odio. La causa radicaba, en cambio, en que los tres astronautas estaban casi seguros de que Titán era el único mundo del Sistema Solar cuyos habitantes no reconocían la supremacía de la Tierra. De súbito inesperadamente se había revelado como un mundo del enemigo. Un mundo que acercaba el peligro de una manera repentina.

—¿Cuándo penetramos en el sistema saturniano, Lucky?

—No existe una definición exacta de que cosa sea el sistema saturniano, Bigman —contesto el aludido—. La mayoría de personas consideran que el sistema de un mundo abarca todo el espacio en el que hasta el cuerpo más alejado se mueve bajo la influencia gravitatoria del mundo en cuestión. En tal caso, todavía estaríamos fuera del sistema de Saturno.

—Sin embargo, los sirianos dicen... —empezó Wess.

—¡El centro escolar para los amiguitos sirianos! —rugió colérico Bigman, golpeándose las altas botas—. ¿A quién importa lo que digan? —Y volvió a golpearse las botas como si todos los sirianos del sistema se encontraran bajo la fuerza de sus golpes. Las botas eran lo más auténticamente marciano que había en su persona. Su color chillón, naranja y negro formando el diseño curvo, de un tablero de damas, era lo que proclamaba más estentóreamente que su propietario

había nacido y se había criado entre las granjas marcianas y las ciudades cubiertas de cúpulas.

Lucky dejó la pantalla visora en blanco. Los detectores del casco de la nave se retrajeron, dejando el exterior de la misma liso, brillante y sin ninguna fisura, a excepción del bulto que circundaba la proa y mostraba el acoplamiento del grupo Agrav al casco de la Shooting Starr. Lucky dijo:

—No nos podemos permitir el adoptar esa actitud de « ¿a quién importa lo que digan?» , Bigman. Por el momento los sirianos nos llevan ventaja. Acaso con el tiempo los echemos del Sistema Solar; pero en estos momentos lo único que podemos hacer es seguirles la corriente.

Bigman murmuró en tono rebelde:

—Estamos en nuestro propio Sistema.

—Sin duda; pero Sirio ocupa su parte del mismo y, en una conferencia interestelar, la Tierra no podrá hacer nada por modificar la situación, a menos que esté dispuesta a empezar una guerra.

La sentencia no admitía replica. Wess retornó a sus mandos, y la Shooting Starr, con un gasto mínimo de fuerza impulsora, utilizando al máximo la gravedad de Saturno, continúa descendiendo rápidamente hacia las regiones polares del planeta.

Bajando cada vez más, adentrándose en el dominio de lo que ahora ya era un mundo siriano y por cuyo espacio se movía un enjambre de naves sirianas, a unos ochenta billones de kilómetros de su patria planetaria y solo a mil millones de kilómetros de la Tierra. En una gigantesca maniobra, Sirio había cubierto el noventa y nueve con novecientos noventa y nueve milésimas por ciento de la distancia que lo separaba de la Tierra y había establecido una base militar en el propio umbral de esta.

Si se permitía que Sirio continuara allí, luego, en un movimiento repentino, la Tierra caería a la situación de potencia de segundo orden y quedaría a merced de Sirio. Y la situación política interestelar era tal que por el momento la Tierra, a pesar de toda su enorme instalación militar y de todas sus poderosísimas naves y armas espaciales, no podía hacer nada por remediar la situación.

Solo quedaban tres hombres metidos en una nave pequeña por propia iniciativa y sin autorización de la Tierra, para tratar de invertir la situación utilizando su astucia y destreza, sabiendo que si los apresaban podían ejecutarlos sin formación de causa como espías (en su propio Sistema Solar y por unos invasores del mismo) y que la Tierra no podía mover ni un dedo para salvarlos.

PERSECUCIÓN

Solamente un mes atrás nadie habría pensado en aquel peligro, nadie habría tenido la más ligera idea, hasta que, de pronto, estallo en plena faz del Gobierno de la Tierra. Continua y metódicamente, el Consejo de Ciencias había ido limpiando el nido de espías robots que infestaba la Tierra y sus posesiones y cuyo poder había quebrantado Lucky Starr en las nieves de Io.

Había sido una tarea ingrata y, en cierto modo, amedrentadora, porque el espionaje se realizó de manera eficiente y completa, y, además, estuvo a punto de dañar irremediablemente a la Tierra.

Luego, en el último momento, cuando la situación parecía completamente despejada por fin, apareció un resquicio en la estructura de recuperación, y Héctor Conway, consejero jefe, despertó a Lucky de madrugada. Se notaba a la legua que se había vestido precipitadamente y tenía su hermoso cabello blanco revuelto y desordenado.

Lucky, parpadeando medio dormido, le ofreció café y exclamo atónito:

—¡Gran Galaxia, tío Héctor! —Lucky le llamaba así desde su infancia de niño huérfano, cuando Conway y August Henree eran sus tutores—. ¿Es que el circuito visiófono se ha estropeado?

—No me he atrevido a confiarme al visiófono, hijo mío. Nos encontramos en un apuro espantoso.

—¿En qué sentido? —Lucky hizo la pregunta sosegadamente; pero al mismo tiempo se quitó la parte superior del pijama y empezó a lavarse.

John Bigman entro, desperezándose y bostezando.

—¡Eh! ¿A qué viene este ruido desamparado de Marte? —Pero al reconocer al consejero jefe despertó de pronto completamente—. ¿Algún conflicto, señor?

—Hemos dejado que el Agente X se nos filtrase por entre los dedos.

—¿El Agente X? ¿El siriano misterioso? —Los ojos de Lucky se entornaron un poco—. Según mis ultimas noticias, el Consejo había decidido que no existía.

—Esto fue antes de que se descubriera el asunto de los espías robots. Ha sido muy listo, Lucky, condenadamente listo. Se precisa un espía muy inteligente para convencer al Consejo de que no existe. Os debería haber puesto sobre sus pasos pero siempre parecía haber algo más urgente que teníais que hacer. De todos

modos...

—¿Qué?

—Ya sabes que tal como se desenvolvió este asunto de los espías robots indicaba que debía haber un organismo central de clasificación donde se reunieran las informaciones y que señalara a la misma Tierra como lugar donde se hallara enclavado dicho organismo. Esto nos puso nuevamente sobre la pista del Agente X. Uno de los que parecía más probable para desempeñar este papel era un hombre llamado Jack Dorrance, de Acme Air Products, aquí mismo en la Ciudad Internacional.

—No estaba enterado.

—Había otros muchos candidatos para la tarea. Pero entonces Dorrance escapó de la Tierra en una nave particular, cruzando como el rayo un bloqueo de emergencia. Fue una gran suerte que tuviéramos un consejero en Port Center. Nuestro hombre tomó al momento la medida adecuada y ha continuado adelante. Cuando tuvimos noticias de la voladura del bloqueo por parte de la nave, no tardamos más de unos minutos en descubrir que de todos los sospechosos solo Dorrance estaba libre en aquellos momentos de vigilancia especial. Se nos había escapado. Entonces empezaron a encajar en sus puestos unas cuantas cuestiones más y... en fin, que ese es el Agente X. Ahora estamos bien seguros.

—Muy bien, pues, tío Héctor. ¿Dónde está el mal? El hombre se ha marchado.

—Sabemos una cosa. Se ha llevado consigo una cápsula personal, y no dudamos que la tal cápsula contiene informaciones que ha logrado reunir gracias a la red de espionaje que cubre la Federación y que, es de presumir, todavía no ha tenido tiempo de entregar a su amo siriano. Solo el Espacio sabe exactamente que tiene el Agente X, y ha de tener lo suficiente para hacer añicos nuestra organización de seguridad, si llega a manos sirianas.

—Has dicho que lo siguieron. ¿Han conseguido traerlo nuevamente?

—No. —El atormentado consejero jefe comenzó a irritarse—. ¿Estaría y o aquí si lo hubieran capturado?

—La nave que cogió, ¿está equipada para dar el Salto? —le preguntó repentinamente Lucky.

—No —grito el consejero jefe con su rostro colorado, alisándose la plateada barba de cabello, como si se le hubiera erizado de horror a la sola idea del Salto.

También Lucky inspiró profundamente con expresión de alivio. Sin lugar a dudas, el Salto significa el brinco hacia el hiperespacio, un movimiento que sacaba a una nave fuera del espacio ordinario y la volvía a introducir en él nuevamente, pero en un lugar distante muchos años luz del primero, todo en un instante.

En una nave de esta clase, era muy probable que el Agente X pudiera

escapar. Conway continuó:

—Trabajaba solo; su secreto residía en trabajar solo. Ésta es parte de la razón de que se nos colase entre los dedos. Y la nave que cogió era un crucero interplanetario ideado para ser tripulado por un hombre solo.

—Pero las naves equipadas con aparatos hiperespaciales no están ideadas para que las tripule un solo hombre. Al menos hasta la fecha. Tío Héctor, si ha cogido un crucero interplanetario, supongo que será porque no necesita otra cosa.

Lucky había terminado de lavarse y se estaba vistiendo con rapidez. De pronto se volvió hacia Bigman.

—Y tú, ¿qué haces? Vístete inmediatamente, Bigman.

El interpelado, que estaba sentado en el borde de la cama, se puso en pie dando, casi, un salto mortal.

—Probablemente, le estará esperando en algún punto del espacio una nave tripulada por sirianos y equipada con hiperespaciales —comento Lucky.

—En efecto. Y él dispone de una nave rápida; de modo que con la delantera que nos lleva y la velocidad de su nave, quizá no podamos alcanzarle, ni siquiera acercarnos lo suficiente para poder usar las armas. Solo nos queda...

—La Shooting Starr. Ahora me adelanto yo a usted, tío Héctor. Estaré dentro de la Shooting antes de una hora, y Bigman estará conmigo, suponiendo que sea capaz de ponerse la ropa. Basta con que me dé la localización actual y la trayectoria de las naves que lo persiguen, así como los datos para identificar la del Agente X, y nos pondremos en marcha.

—Bien. —El preocupado rostro de Conway se tranquilizó un poco—. Ah, David... —dijo utilizando el verdadero nombre de Lucky, como hacía siempre en momentos de emoción—, ¿tendrás cuidado?

—¿Se lo ha preguntado también a los tripulantes de las otras diez naves, tío Héctor? —interpelo Lucky, pero su voz era suave y afectuosa.

En estos momentos Bigman se había puesto ya una bota que le llegaba a la cadera y tenía en la mano la otra, a cuya pistolera, en el aterciopelado forro interior, daba unos golpecitos.

—Ya estamos en marcha —le aseguro Lucky, alargando la mano para mesar el rojizo cabello de Bigman—. Nos estamos oxidando en la Tierra desde... ¿desde cuándo? ¿Desde hace seis semanas? Bueno, pues, es demasiado tiempo.

—¡Y que lo digas! —exclamo gozosamente Bigman, calzándose la otra bota.

Habían dejado atrás la órbita de Marte antes de poder establecer contacto subterráneo satisfactorio con las naves de persecución, después de haber echado mano de las máximas velocidades posibles.

El que les contestaba era el consejero Ben Wessilewsky, a bordo de la T.S.S. Harpoon (Terrestrial Space Ship Harpoon: Nave Espacial Terrestre, Harpoon).

—¡Lucky! —grito—. ¿Te reúnes con nosotros? ¡Estupendo! —Su rostro sonreía en la pantalla visora, y guiño el ojo—. ¿Te queda sitio para meter el feo hocico de Bigman en un rincón de la pantalla? ¿O es que no va contigo?

—Estoy con él —aulló Bigman, clavándose entre Lucky y el transmisor—. ¿Cree que el consejero Conway permitiría que ese pedazo de bobalicón fuese a ninguna parte sin que yo le tenga el ojo encima, para que no tropiece con sus propios pies?

Wess se puso serio y dio la información.

—La nave es la *Net of Space* —confirmó—. Es de propiedad particular, con los papeles de fabricación y venta en regla. El Agente X la debe haber comprado bajo nombre supuesto y la tendría preparada para una emergencia. Es una nave formidable, y ha estado acelerando desde que arrancó. Nos va dejando atrás.

—¿Qué potencia tiene?

—Ya se nos había ocurrido. Hemos consultado los datos del fabricante, y al ritmo que gasta su energía ahora, puede llegar muchísimo más lejos sin parar los motores ni sacrificar maniobrabilidad para cuando llegue a su destino. Confiamos que podremos empujarle hasta su madriguera.

—Es de suponer que habrá tenido la buena idea de incrementar la capacidad energética de la nave.

—Probablemente —asintió Wess—; pero aun así no puede continuar de este modo eternamente. Lo que me preocupa es la posibilidad de que esquive a nuestros detectores de masas metiéndose entre los asteroides. Si puede introducirse en el cinturón de asteroides, quizá lo perdamos.

Lucky conocía esta treta. Colocas un asteroide entre tu propia nave y la del perseguidor, y los detectores de masas de este localizan el asteroide antes que la nave. Cuando llegas a la altura de otro asteroide, la nave se sitúa nuevamente detrás de este segundo, dejando al perseguidor con el instrumento todavía fijo en el primer peñasco.

—Se mueve a demasiada velocidad para efectuar la maniobra —aseguro Lucky—. Tendría que pasarse medio día desacelerando.

—Se precisaría un milagro —convino Wess francamente—; pero un milagro se precisó para ponernos sobre su pista, de modo que casi espero otro que neutralice el primero.

—¿Cuál fue el primer milagro? El jefe mencionó algo sobre no sé qué bloqueo de emergencia.

—Es cierto. —Wess explico la anécdota vivamente, sin dedicar mucho rato a la narración.

Dorrance, o el Agente X (Wess lo llamaba unas veces de un modo, otras de otro) había burlado la vigilancia empleando un instrumento que alteraba e inutilizaba el rayo espía. (Habían encontrado dicho instrumento; pero tenía las piezas fundidas y no podía determinarse ni siquiera si lo habían fabricado los

sirianos). El Agente X había llegado sin contratiempos a la nave en que había de fugarse, la *Net of Space*, y estaba en disposición de largarse con el micro reactor protónico activado, el motor y los mandos repasados, el espacio de vuelo despejado... cuando apareció en la estratosfera una nave de carga que marchaba irregularmente, dañada por un meteoro y con la emisora de radio estropeada, haciendo desesperadas señales por que le dejaran el campo libre.

Las luces del campo anunciaron el bloqueo de emergencia. Todas las naves quedaron rigurosamente inmovilizadas. Todas las que se dispusieran a despegar, a menos que estuvieran ya en movimiento, habían de abandonar su propósito.

Y la *Net of Space*, que hubiera debido renunciar a elevarse, no renunció. Lucky Starr comprendía muy bien cual hubo de ser el estado de ánimo de su tripulante, el Agente X. El objeto más candente de todo el Sistema estaba en su poder, y cada segundo tenía una importancia enorme. Ahora que había dado ya el paso, no podía suponerse que el Consejo tardase mucho en emprender su persecución. Si abandonaba el despegue se condenaba a un retraso incalculable mientras una nave averiada descendía laboriosamente y las ambulancias la vaciaban poco a poco. Luego, cuando el campo quedara libre de nuevo, habría que activar otra vez el micro reactor y repasar el motor y los mandos. No podía permitirse un retraso tan grande.

De modo que sus tubos de reacción entraron en furiosa actividad y la nave salió disparada hacia lo alto y a pesar de todo el Agente X había podido escapar. Sonó la alarma, la policía del aeropuerto envió enojados mensajes a la *Net of Space*; pero fue el consejero Wessilewsky, que hacía una escala habitual en Port Center, quien tomó la medida adecuada.

Wessilewsky había representado su papel en la búsqueda del Agente X, y una nave que hiciera caso omiso de un bloqueo de emergencia olía poderosamente a la cantidad necesaria de desesperación para hacer pensar en el Agente X. Se trataba de la suposición más atrevida que se pudiera imaginar; pero el hombre actuó.

Respaldado por la autoridad del Consejo de Ciencias (que superaba cualquiera otra excepto la contenida en una orden directa del presidente de la Federación Terrestre) ordenó que despegaran las naves de la Guardia del Espacio, se puso al habla con el Cuartel General del Consejo y luego subió a la T.S.S. Harpoon para dirigir la persecución. Había pasado ya horas enteras en el espacio antes de que el Consejo en pleno se pusiera al corriente de los acontecimientos. Pero por fin llegó el mensaje de que estaba persiguiendo realmente al Agente X y de que otras naves se le reunían para colaborar en la empresa.

Lucky escucho gravemente y aprobó:

—Fue un hecho verdaderamente afortunado, Wess. Y tú has hecho lo que con exactitud debías hacer. Buen trabajo.

Wess sonrió. Por tradición, los consejeros evitaban la publicidad y los oropeles de la fama; pero la aprobación de los colegas del Consejo era cosa que todos apetecían sobremanera.

—Yo me adelanto —continuó Lucky—. Ordena a una nave que mantenga relación de masas conmigo.

Lucky anuló el contacto visual, y sus manos fuertes y bien formadas se cerraron en gesto casi acariciador sobre los mandos de su nave... su Shooting Starr, que era en muchos sentidos el navío más perfecto del espacio. La Shooting Starr poseía los micro reactores protónicos más potentes que se pudieran adaptar a una nave de su tamaño; unos reactores lo bastante potentes para acelerar a un crucero de batalla a ritmo de vuelo de ataque; unos reactores suficientemente potentes para realizar el Salto por el hiperespacio. La nave poseía un impulso iónico que eliminaba la mayor parte de los efectos aparentes de la aceleración, actuando simultáneamente sobre todos los átomos de a bordo, incluidos los que formaban los cuerpos de Lucky y Bigman.

Hasta poseía un Agrav (neutralizador de la gravedad) recién inventado y todavía en estado experimental, que le permitía maniobrar libremente en los intensos campos gravitacionales de los planetas mayores.

Y ahora los poderosos motores de la Shooting Starr zumbaban suavemente aunque subiendo de tono hasta llegar a un agudo apenas audible, y Lucky sintió la leve presión de la fuerza de retroceso que no quedaba completamente neutralizada por el impulso iónico. La nave saltaba adelante hacia los más lejanos confines del Sistema Solar, con mayor velocidad a cada instante...

Pero el Agente X seguía conservando la delantera, y la Shooting Starr no acortaba la distancia suficiente. Con el cuerpo principal del cinturón de asteroides allá lejos, muy atrás, Lucky decía:

—Esto se pone feo, Bigman.

Este puso cara de sorpresa.

—Le alcanzaremos, Lucky.

—Lo que temo es la dirección que toma. Estaba seguro de que pondría rumbo a una nave nodriza siriana que le aguardaría y, cuando lo hubiese recogido, daría el Salto hacia sus lares. Pero una nave tal o había de esperar muy lejos del plano de la eclíptica o aguardaría escondida en el cinturón de asteroides. En ambos casos, podría contar con que no la detectaríamos. Y el Agente X permanece en la eclíptica y se dirige más allá de los asteroides.

—Quizá trate de librarse de nosotros, antes de poner rumbo hacia la nave que le espera.

—Quizá —concedió Lucky—, y quizá los sirianos tengan una base en los planetas exteriores.

—¡Vamos, Lucky! —El pequeño marciano soltó el cacareo de una risita irónica—. ¿Ante nuestras propias barbas?

—A veces cuesta trabajo ver lo que se tiene delante de las propias barbas de uno. El Agente X sigue una trayectoria que apunta directamente a Saturno.

Bigman consulto las computadoras de la nave, que llevaban un control constante del rumbo de la otra.

—Oye, Lucky —afirmo—, el amiguito sigue todavía una trayectoria balística. No ha tocado sus motores en treinta y dos millones de kilómetros. Quizá se le haya terminado la energía.

—Y quizá la guarde para maniobrar en el sistema de Saturno. Allí estará sometido a un fuerte tirón gravitacional. Al menos yo deseo que la este guardando. ¡Gran Galaxia, como lo deseo! —La faz delgada y hermosa de Lucky se había puesto muy seria y tenía los labios fuertemente apretados.

Bigman le miro atónito.

—¡Arenas de Marte, Lucky! ¿Por qué?

—Porque si existe una base siriana necesitamos que el Agente X nos lleve hasta ella. Saturno posee un satélite enorme, ocho bastante considerables y docenas de trozos de mundos. Nos ayudaría mucho saber donde tienen su refugio exactamente.

—El amiguito no será tan tonto como para conducirnos allí —murmuro Bigman, arrugando el ceño.

—O en caso que nos dejara cogerle..., Bigman, calcula su curso hasta el punto de intersección con la órbita de Saturno.

Bigman obedeció. Era solo un momento de trabajo para la computadora. Lucky preguntó:

—¿Y en qué posición estará Saturno en el momento de la intersección? ¿A qué distancia estará Saturno de la nave del Agente X?

Hubo la breve pausa necesaria para consultar los datos de la órbita de Saturno en las Tablas Astronómicas, y luego Bigman los suministroo a la computadora. Unos segundos de cálculos, y Bigman se puso en pie alarmado.

—¡Lucky! ¡Arenas de Marte!

Lucky no tuvo necesidad de preguntar los detalles. Afirmo:

—Estoy pensando en la posibilidad de que el Agente X haya decidido escoger la única manera de no guiarnos hacia su base siriana. Si continua exactamente en la trayectoria balística que lleva ahora, irá a chocar contra Saturno... y morirá inevitablemente.

MUERTE EN LOS ANILLOS

A medida que transcurrieron las horas no tuvieron la menor duda. Hasta las naves de guardia lanzadas a la persecución, muy alejadas todavía de la Shooting Starr, demasiado atrás para conseguir enfoques completamente exactos en sus detectores de masa, estaban preocupadas.

El consejero Wessilewsky se puso en contacto con Lucky Starr.

—¡Por el Espacio! Lucky —exclamo—, ¿adónde va?

—Al mismo Saturno, parece —contesto Lucky.

—¿Supones que podría esperarle una nave en Saturno? El planeta tiene miles de kilómetros de atmósfera con presiones de millares de toneladas, y sin motores Agrav no podrían... ¡Lucky! ¿Supones que tienen motores Agrav y burbujas de campos de fuerza?

—Supongo que acaso se estrelle, simplemente, para evitar que le cojamos.

Wess replico secamente:

—Si tiene tantas ganas de morir, ¿por qué no da media vuelta y lucha, obligándonos a destruirle y quizá llevándose consigo a un par de nosotros?

—Entiendo —respondió Lucky—, o ¿por qué no formar un cortocircuito en sus motores, dejando Saturno a ciento cincuenta millones de kilómetros lejos de la trayectoria? La verdad es que me desconcierta que atraiga la atención hacia Saturno de este modo. —Y se sumió en un silencio pensativo.

—Bien, ¿puedes cerrarle el paso, Lucky? —le interrumpió Wess—. ¡Por el Espacio!, ellos saben que nosotros estamos todavía demasiado lejos.

Bigman grito desde su puesto en el cuadro de mandos:

—¡Arenas de Marte, Wess! Si generamos suficiente rayo iónico para cogerle, adquiriremos demasiada velocidad para poder maniobrar y apartarle de Saturno.

—Haced algo.

—He ahí una orden inteligente, ¡por todos los Espacios! —tronó Bigman—. Realmente provechosa. Haced algo.

—Sigue actuando, Wess —ordeno Lucky—. Haré algo. —Rompió el contacto y se volvió hacia el hombrecito—: ¿Ha contestado a nuestras señales, Bigman?

—Ni palabra.

—Olvida eso por el momento y concentra toda tu atención en espiar su rayo

de comunicación.

—No creo que emplee ninguno, Lucky.

—Es posible que en los últimos instantes lo haga. Tendrá que exponerse al riesgo, si ha de comunicar algo. Entretanto, vamos por él.

—Con misiles. Solo unas perdigonadas.

Ahora le toco el turno de inclinarse sobre la computadora. Mientras la *Net of Space* se moviera por una órbita inercial, no se precisaban muchos cálculos para disparar un proyectil en el momento preciso y con la velocidad adecuada para dar contra la nave.

Lucky dispuso el misil, que no estaba preparado para estallar. No era preciso que estallara.

Tenía solo unos seis milímetros de diámetro, pero la energía de la micropila protónica lo lanzaría adelante a una velocidad de ochocientos kilómetros por segundo. Nada en el espacio disminuiría esta velocidad y el proyectil atravesaría el casco de la *Net of Space* como si se tratase de una capa de mantequilla.

Lucky no esperaba que sucediera así, sin embargo, el misil era bastante grande como para que los detectores de masa de su presa notaran su presencia, la *Net of Space* corregiría el rumbo automáticamente para evitar el proyectil, y eso alteraría su marcha directa hacia Saturno. El tiempo perdido por el Agente X en computar el curso nuevo y corregirlo después para reanudar el viejo, tal vez permitiera que la Shooting Starr se acercase lo suficiente para emplear un arpón magnético.

Todo esto constituía apenas una leve posibilidad, quizá vaporosa de tan leve; pero no parecía haber otra manera de actuar.

Lucky toco un contacto. El proyectil salió disparado sin producir el menor sonido, y las manecillas del detector de masas de la nave dieron un salto, para inmovilizarse luego rápidamente, mientras el misil se alejaba.

Lucky volvió a sentarse. El proyectil tardaría dos horas en establecer contacto... o en fallar por poco. Se le ocurrió que quizás el Agente X estuviera completamente falto de energía; que los mandos automáticos podían proceder a un cambio de rumbo que ellos no pudieran seguir; que acaso el misil penetrase, volara la nave, quizás, y en todo caso dejara su rumbo inalterado, siempre apuntando hacia Saturno.

Pero desecho la idea casi inmediatamente. Sería increíble suponer que el Agente X se quedara huérfano de la última pizca de energía en el preciso momento en que la nave averiguase la trayectoria precisa para la colisión. Era muchísimo más probable que le quedara alguna.

Las horas de espera se cargaban de una angustia mortal. Hasta Héctor Conway, allá lejos, en la Tierra, se irritaba esperando los boletines periódicos y establecido contacto directo por el subéter.

—Pero ¿en qué parte del sistema saturniano suponéis que podría estar la base?

—preguntaba ansioso.

—Si tal base existe —respondió Lucky con cautela—, si la conducta del Agente X no representa un esfuerzo tremendo por desorientarnos, yo diría que indiscutiblemente el lugar ha de ser Titán. Es el satélite más grande de Saturno, con triple masa que nuestra Luna y doble superficie. Si los sirianos se han enclavado en el subsuelo, el tratar de rastrear todo Titán en su busca exigiría muchísimo tiempo.

—Cuesta creer que se atrevieran a una acción semejante. Sería virtualmente un acto de guerra.

—Quizás sí, tío Héctor; pero no hace mucho tiempo que probaron de establecer una base en Ganimedes...

Bigman gritó vivamente:

—¡Lucky, se está moviendo!

Lucky levantó la vista sorprendido.

—¿Quién se mueve?

—La *Net of Space*, nuestro buen amigo siriano.

Lucky agrego apresuradamente:

—Me pondré en comunicación contigo después, tío Héctor. —Y anulo el contacto—. Pero, no puede cambiar de rumbo, Bigman. No puede haber detectado el proyectil, todavía.

—Mira, y lo veras por ti mismo, Lucky. Te digo que se mueve.

De una zancada, Lucky estuvo junto al detector de masas de la Shooting Starr, que desde hacía rato tenía localizada su presa. Lo habían ajustado para seguir la trayectoria inercial de la nave por el espacio, y la burbuja que representaba a la masa detectable había sido como la imagen de una estrellita brillante en la pantalla.

Pero ahora la señal se movía. Formaba una línea corta.

La voz de Lucky tenía una suavidad vehemente.

—¡Por supuesto, Gran Galaxia! Ahora ya tiene lógica. ¿Cómo pude pensar que su primer deber consistiría meramente en evitar que le capturásemos? Bigman...

—Dime, Lucky. ¿Qué? —El pequeño marciano estaba dispuesto a lo que fuese.

—Nos está haciendo una jugarreta. Ahora hemos de destruirle, aunque para ello tengamos que aplastarnos contra Saturno nosotros mismos. —Por primera vez desde que habían instalado a bordo de la Shooting Starr los reactores de rayos iónicos, el año anterior, Lucky añadió los impulsores de emergencia a la tracción principal. La nave se encabritó cuando hasta el último átomo de energía que transportaba se convirtió en un empuje gigantesco que estuvo a punto de inflamarla.

Bigman hacía esfuerzos por recobrar el aliento.

—Pero ¿qué pasa, Lucky?

—Que no se dirige a Saturno, Bigman. Solo aprovechaba al máximo la potencia de su campo gravitatorio para poder mantenerse alejado de nosotros. Ahora se pone a dar vueltas alrededor del planeta para entrar en órbita. Se dirige a los anillos. A los anillos de Saturno. —La tensión alargaba el rostro del joven consejero—. Sigue atento a ese rayo de comunicación, Bigman. Ahora tiene que hablar. Ahora o nunca.

Bigman se inclinó sobre su analizador de ondas con el corazón latiéndole aceleradamente, aunque ni por su vida habría podido comprender la causa de que la idea de los anillos de Saturno alarmase tan terriblemente a Lucky.

El proyectil de la Shooting Starr no pasó cerca de su blanco, ni se aproximó a menos de ochenta mil kilómetros. Pero ahora era la misma Shooting Starr que se había constituido en misil, lanzándose a la colisión. Y también este considerable proyectil erraría el objetivo.

Lucky gimíó:

—No lo conseguiremos. No nos queda espacio suficiente para conseguirlo.

Ahora Saturno era un gigante en el firmamento, y los anillos semejaban una estrecha cuchillada en su superficie. El globo amarillo de Saturno se veía casi entero, mientras la Shooting Starr se lanzaba hacia él como una exhalación viniendo de la parte del Sol.

Y Bigman estallo súbitamente:

—¡Vaya con el amiguito! Se está confundiendo dentro de los anillos, Lucky. Ahora veo la ojeriza que les tenías tú a los dichosos anillos.

Y se afanaban furiosamente en el detector de masas; aunque sin esperanza. A medida que una de las innumerables masas sólidas que los componían formaba su propia mancha estelar en la pantalla, esta se volvió de un blanco puro, y la *Net of Space* desapareció. Lucky meneaba la cabeza.

—No es un problema insoluble. Ahora estamos bastante cerca para tratar de localizarlo visualmente. Lo que estoy seguro que se avecina es otra cosa muy diferente.

Pálido y abstraído, Lucky tenía la pantalla visora bajo el aumento telescópico máximo. La *Net of Space* era un diminuto cilindro de metal oscurecido, pero no escondido por la materia de los anillos, cuyas partículas individuales no eran mayores que una tosca gravilla y se manifestaban únicamente como centellas al recoger y reflejar la luz del lejano Sol.

—¡Lucky! —grito Bigman—. He captado su rayo de comunicaciones... No, no, espera... Sí, sí, lo tengo.

En el cuarto de control sonaba ahora una voz ondulante y cascada, oscura y alterada. Los expertos dedos de Bigman trabajaban en el seleccionador, tratando de sincronizarlo lo mejor posible con las desconocidas características del sistema de mezcla de ondas de los sirianos.

Las palabras se apagaban; luego volvían. Reinaba un silencio absoluto, salvo por el leve zumbido del registrador que iba recogiendo permanentemente lo que le llegase, fuera lo que fuera.

—... no... va... acá... —Hubo una larga pausa mientras Bigman luchaba furiosamente con sus detectores—, sobre mi pista... no me los puedo quitar de encima... se terminó y debo transmitir... anillos... en orb... norm... ya aterri... mantenerse o... siguen... coordinado dice así...

La comunicación se interrumpió repentina y definitivamente en este punto exacto. Terminó todo: la voz, las interferencias, todo.

—¡Arenas de Marte, algo ha estallado! —gritaba Bigman.

—Aquí nada —replico Lucky—. Ha sido la *Net of Space*.

Había visto el fenómeno dos segundos después de haber cesado la transmisión, que, siendo subetérea se producía a una velocidad virtualmente infinita. La luz que vio por medio de la pantalla visora viajaba solamente a 300 000 kilómetros por segundo.

La imagen visual del fenómeno tardó dos segundos en llegar a Lucky. Éste vio que el extremo trasero de la *Net of Space* despedía un resplandor rojo cereza, luego se abría y dispersaba en una flor de metal fundido.

Bigman presencio el final del fenómeno, y él y Lucky miraron en silencio hasta que la radiación amortiguó el espectáculo. Lucky meneaba la cabeza.

—A esa proximidad de los anillos, aunque uno esté fuera de la masa principal de los mismos, el espacio va más que servido de material en movimiento. Quizás ya no le quedara energía para alejar la nave de uno de esos pedazos. O acaso convergieran dos trozos sobre él, desde direcciones ligeramente distintas. En todo caso, era un hombre valiente y un enemigo inteligente.

—No lo entiendo, Lucky. ¿Qué se proponía?

—¿No lo ves aún? Si bien le importaba mucho no caer en nuestras manos, no le importaba tanto como para morir. Yo tendría que haberlo comprendido antes. La tarea más importante que él tenía que realizar era la de hacer llegar a Sirio la información que había robado y guardaba en su poder. No ha querido arriesgarse a utilizar la transmisión subetérea para transmitir los millares de palabras de información que debía de llevar... habiendo unas naves que le perseguían y, posiblemente, captaban su rayo. Había de restringir su mensaje a lo más esencial y breve y cuidar de que la cápsula fuese a parar a manos, real y materialmente, de los sirianos.

—¿Cómo ha podido lograrlo?

—Lo que hemos captado de su mensaje contiene la « orb », probablemente por « órbita » y « ya aterri » significando « ya aterrizado ».

Bigman cogió a Lucky por los antebrazos. Sus pequeños dedos se clavaban con fuerza en las vigorosas muñecas del otro.

—Ha dejado la cápsula en los anillos, ¿no es eso, Lucky? Será una gravilla

más entre los miles de millones que hay, como... una piedrecita en la Luna... o una gota de agua en un océano.

—O como —continuó Lucky—, una gravilla en los anillos de Saturno, que es lo peor de todo. Por supuesto, ha quedado destruido antes de poder dar las coordenadas de la órbita que había elegido para la cápsula, de modo que los sirianos y nosotros empezamos en igualdad de condiciones; y conviene que saquemos el mejor partido posible de la circunstancia, sin esperar a después.

—¿Que empecemos a mirar? ¿Ahora?

—¡Ahora! Si estaba dispuesto a dar las coordenadas sabiendo que yo le perseguía con saña, debía de saber también que los sirianos estaban muy cerca... Ponte en contacto con las naves, Bigman, y dales la noticia.

Bigman se volvió hacia el transmisor, pero no llegó a tocarlo. El botón de recepción brillaba a causa de las ondas de radio interceptadas. ¡Radio! ¡Comunicación etérea ordinaria!

Evidentemente había alguien muy cerca (dentro del sistema saturniano, sin lugar a dudas) y, además, ese alguien no sentía el menor deseo de permanecer en secreto, puesto que un rayo de radio, a diferencia de la comunicación subetérea, se captaba y descifraba sin la menor dificultad.

Lucky entornó los ojos.

—Recibamos, Bigman.

La voz llegó con aquel rastro de acento, aquel ensanchar las vocales y afinar las consonantes. Era una voz siriana. Decía:

—... eis antes de que nos veamos obligados a colocar un arpón sobre vosotros y guardaros en custodia. Os concedemos catorce minutos para confirmar que habéis recibido el mensaje. —Hubo un minuto de pausa—. Por la autoridad del Cuerpo Central, se os ordena que os identifiquéis antes de que nos veamos obligados a colocar un arpón sobre vosotros y guardaros en custodia. Tenéis trece minutos para confirmar que habéis recibido el mensaje.

Lucky contestó fríamente:

—Hemos recibido el mensaje. Ésta es la Shooting Starr, de la Federación Terrestre, navegando pacíficamente por la esfera espacial. En estos espacios no existe otra autoridad que la de la Federación.

Hubo un par de segundos de silencio (las ondas de radio corren a la velocidad de la luz solamente) y la voz replicó:

—La autoridad de la Federación Terrestre no se reconoce en un mundo colonizado por gente siriana.

—¿Qué mundo es ese? —pregunto Lucky.

—Se ha tomado posesión del sistema saturniano deshabitado en nombre de nuestro Gobierno bajo la Ley Interestelar que otorga cualquier mundo deshabitado a quienes lo colonicen.

—No cualquier mundo deshabitado. Cualquier sistema estelar deshabitado.

No hubo respuesta. La voz agrego estólidamente:

—Ahora estáis dentro del sistema saturniano y se os conmina a salir de él inmediatamente. Todo retraso en acelerar hacia el exterior motivará que os cojamos en custodia. A partir de este momento, toda nave de la Federación Terrestre que entre en nuestro territorio quedara retenida en custodia sin nuevo aviso. Dentro de ocho minutos tendréis que haber empezado a acelerar para la salida. De lo contrario, entraremos en acción.

Con el rostro contraído con maligno regocijo, Bigman susurró:

—Entremos y peleemos con ellos, Lucky. Demostrémosles que la vieja Shooting Starr sabe luchar.

Pero Lucky no le hizo caso, y contesto por el transmisor:

—Vuestro comentario queda anotado. Nosotros no aceptamos la autoridad de Sirio; pero decidimos marcharnos, por nuestra libre voluntad, y nos disponemos a salir. —Y cerro el contacto.

Bigman estaba espantado.

—¡Arenas de Marte, Lucky! ¿Vamos a huir de un puñado de sirianos? ¿Vamos a dejar esa cápsula en los anillos de Saturno para que los sirianos la recojan?

—Por el momento, Bigman, tenemos que dejarla —respondió Lucky. Había inclinado la cabeza y tenía la cara pálida y tensa; pero había algo en sus ojos que no denotaba al hombre que retrocede. Cualquier cosa menos eso.

ENTRE JÚPITER Y SATURNO

El oficial de mayor categoría del escuadrón perseguidor (sin contar al consejero Wessilewsky, por supuesto) era el capitán Myron Bernold. Era un «tres estrellas», y además de que no había cumplido aun los cincuenta, tenía el físico de un hombre diez años más joven. El cabello se le volvía canoso; pero las cejas conservaban el negro primitivo y la barba le azuleaba debajo del afeitado mentón. En este momento miraba a Lucky Starr, mucho más joven que él, sin disimular su desprecio.

—¿Y se han marchado ustedes?

La Shooting Starr, que había puesto rumbo hacia el interior del Sistema, en dirección al Sol nuevamente, encontró las naves del escuadrón a mitad de camino aproximadamente entre las órbitas de Júpiter y Saturno. Lucky había subido a la nave almiranta. Y ahora contestaba tranquilamente:

—Hice lo que era preciso hacer.

—Cuando el enemigo ha invadido el Sistema que es nuestra patria, jamás puede ser preciso retirarse. Acaso os hubieran hecho estallar en mitad del espacio; pero habríais tenido tiempo para avisarnos, y nosotros habríamos estado allí para sustituirlos.

—¿Con cuánta energía restante en vuestras unidades de micropila, capitán?

El capitán se sonrojó:

—Tampoco importaría que a nosotros nos hubieran lanzado fuera del espacio. No habrían podido hacerlo antes de que hubiésemos dado la alerta a la base.

—¿E iniciado una guerra?

—Son ellos los que han iniciado la guerra. Los sirianos... Ahora pienso lanzarme sobre Saturno y atacar.

La gallarda figura de Lucky se puso tiesa. Era más alto que el capitán, y su fría mirada no se desvió ni un instante.

—Como consejero de pleno derecho del Consejo de Ciencias, capitán, le supero en jerarquía, y usted lo sabe. No daré la orden de atacar. La que le doy a usted es la de regresar a la Tierra.

—Antes me... —El capitán luchaba visiblemente con su mal genio. Cerró los puños y musitó con voz ahogada—: ¿Puedo preguntar el motivo de esta orden,

señor? —Y acentuó las sílabas del tratamiento con pesada ironía.

—Si quiere saber mis razones, capitán —respondió Lucky—, siéntese y se las daré. Y no me diga que la flota no retrocede. Retroceder es parte de las maniobras de una guerra, y el comandante que prefiera que le destruyan las naves antes que retroceder no sirve para el mando. Pienso que no es usted quien habla, sino la cólera que le domina. Vamos, capitán, ¿estamos en condiciones de desencadenar una guerra?

—Le digo que ellos la han empezado ya. Han invadido la Federación Terrestre.

—No es así, exactamente. Han habitado un mundo que no lo estaba. Lo malo, capitán, es que el Salto por el hiperespacio ha hecho que fuese tan fácil viajar hacia las estrellas, que los hombres hemos colonizado los planetas de otras estrellas antes de colonizar las porciones remotas de nuestro propio Sistema Solar.

—Los terrestres han aterrizado en Titán. El año...

—Estoy enterado del vuelo de James Francis Hogg. Aterrizó, además, en Oberón del sistema uranio. Pero aquello fue una exploración, meramente, no una colonización. El sistema saturniano continuó vacío, y un mundo deshabitado pertenece al primero que lo coloniza.

—Siempre que —puntualizó el capitán en tono ponderoso—, el planeta o sistema planetario deshabitados formen parte de un sistema estelar deshabitado. Saturno no forma parte de tal sistema estelar, usted lo reconocerá sin duda. Forma parte del nuestro, el cual, ¡por todos los aullantes demonios del Espacio!, sí está habitado.

—Cierto; pero no creo que exista ningún acuerdo internacional a este respecto. Acaso decidan que Sirio está en su derecho al ocupar Saturno.

El capitán se dio un puñetazo en la rodilla.

—No me importa lo que digan los abogados del espacio. Saturno es nuestro, y todo terrícola con sangre en las venas dirá lo mismo. Echaremos a los sirianos a puntapiés y dejaremos que nuestras armas establezcan qué ley debe imperar.

—¡Pues esto es precisamente lo que los sirianos desean que hagamos!

—Entonces, démosles lo que quieren.

—Y se nos acusará de agresión... Capitán, hay cincuenta mundos por esas estrellas que no olvidan que en otro tiempo fueron colonias nuestras. Les dimos la libertad sin que hubieran de combatir; pero esto sí que lo olvidan. Sólo recuerdan que seguimos siendo el mundo más poblado y adelantado de todos. Si Sirio se pone a gritar que hemos perpetrado una agresión no provocada, se unirán todos a su alrededor, contra nosotros. Por este motivo, concretamente, tratan de provocarnos para que ataquemos ahora, y por este motivo no quise aceptar esa invitación y me he marchado.

El capitán se mordió el labio inferior, y habría contestado; pero Lucky prosiguió:

—Por otra parte, si no hacemos nada, podremos acusar a los sirianos de agresión y dividiremos claramente la opinión pública de los mundos exteriores. Explotando este incidente, los pondremos de nuestra parte.

—¿Los mundos exteriores de nuestra parte?

—¿Por qué no? No existe ni un solo sistema estelar que no tenga centenares de mundos, de todos los tamaños y deshabitados. Y no querrán establecer un precedente que incitaría a cada sistema invadir cualquiera de los otros para conseguir bases. El único peligro que nos amenaza ahora es el de echarlos en brazos de la oposición, obrando de modo que parezcamos la poderosa Tierra que carga su tremendo peso sobre nuestras antiguas colonias.

El capitán se levantó del asiento, midió la longitud de su sala de mandos a grandes zancadas y regresó.

—Repita la orden —pidió. Lucky preguntó:

—¿Comprende mis razones para retirarme?

—Sí. ¿Puedo recibir las órdenes?

—Muy bien. Le ordeno que entregue al consejero jefe Héctor Conway esta cápsula que le doy ahora. No puede hablar con nadie de lo que ha ocurrido en esta persecución, ni por el subéter ni de ningún otro modo. No emprenderá ninguna acción hostil, se lo repito, ninguna acción hostil, contra ninguna fuerza siriana, a menos que le ataquen directamente. Y si da algún rodeo para encontrarles, o si las provoca intencionadamente para que le ataquen, me encargaré de que se le forme Consejo de Guerra y se le condene. ¿Queda bien claro?

El rostro del capitán adquirió una expresión glacial. Movía los labios como si los tuviera tallados en madera y mal articulados.

—Con todo el respeto debido, señor, ¿sería posible que el consejero tomara el mando de mis naves y entregara el mensaje?

Lucky Starr levantó un poco los hombros y contestó:

—Es usted muy obstinado, capitán, y hasta le admiro por ello. Hay ocasiones, en una batalla, en que esa clase de testarudez puede rendir grandes servicios... No puedo entregarlo yo mismo en modo alguno, puesto que tengo intención de volver a la Shooting Starr y regresar de nuevo a Saturno con la velocidad del rayo.

La rigidez militar del capitán se disolvió.

—¿Qué? ¡Mil demonios espaciales! ¿Qué?

—Creía haberme expresado con claridad y sencillez, capitán. He dejado allí algo por hacer. Mi primera tarea consistía en cuidar de que la Tierra recibiera aviso del terrible peligro político con que nos enfrentamos. Si usted se encarga de transmitirlo, yo puedo continuar en el sector al que actualmente pertenezco; me voy de nuevo al sistema saturniano.

El capitán sonreía de oreja a oreja.

—Ah, bueno, eso es diferente. Me gustaría acompañarle.

—Lo sé, capitán. La tarea más difícil que se le puede pedir a usted es que se aleje de un combate; y yo le pido que lo haga porque espero que le utilizarán para trabajos duros de verdad. Ahora necesito que cada una de sus naves transfiera parte de su energía a las unidades de micropilas de la Shooting Starr. Además, necesitaré otros suministros de sus almacenes.

—No tiene más que pedirlos.

—Muy bien. Regresaré a mi nave y pediré al consejero Wessilewsky que se una a mi misión.

Lucky estrechó brevemente la mano al capitán, que ahora le miraba como a un sincero amigo, y, seguido del consejero Wessilewsky, se internó por el tubo internaves que comunicaba la almiranta con la Shooting Starr.

El tubo internaves estaba desplegado casi en toda su longitud, y tardaron varios minutos en recorrerlo. El tubo carecía de aire; pero los dos consejeros pudieron mantener los trajes espaciales en contacto sin ninguna dificultad, y las ondas sonoras viajarían por el metal para emerger un poco cortadas pero suficientemente claras. Además, no hay ninguna comunicación más reservada que las ondas sonoras, a distancia corta; de modo que Lucky pudo hablar brevemente a su compañero por el tubo de aire.

Finalmente, cambiando un poco de tema, Wess habló:

—Escucha, Lucky, si los sirianos tratan de armar camorra, ¿cómo te dejaron marchar? ¿Por qué no te hostigaron hasta obligarte a dar media vuelta y luchar?

—A este respecto, Wess, escucha la grabación de lo que me anunció la nave siriana. Las palabras tenían cierta rigidez; no lograban dar la expresión de verdadero daño, sólo representaban una presa magnética. Estoy convencido de que se trataba de una nave pilotada por robots.

—¡Robots! —Wess abrió unos ojos como naranjas.

—Sí. Juzga por tu propia reacción cuál sería la de la Tierra si esta especulación se divulgase. Los terrestres tienen un miedo ilógico a los robots. La realidad es que aquellas naves pilotadas por robots no habrían podido causar ningún daño a una tripulada por un hombre. La Primera Ley de la Robótica (la de que ningún robot puede lesionar a ningún ser humano) lo habría impedido. Por lo cual, precisamente, el peligro era mayor todavía. Si yo hubiese atacado, como ellos esperaban probablemente que hiciera, los sirianos habrían insistido en que había perpetrado un ataque asesino y no provocado contra unos navíos indefensos. Y los mundos exteriores valoran lo referente a los robots de modo distinto a como lo hace la Tierra. No, Wess, lo único que podía hacer para fastidiarles era marcharme, y lo hice.

Con estas palabras habían llegado al cierre de aire de la Shooting Starr.

Bigman los aguardaba. Su rostro se vistió de la acostumbrada sonrisa de alivio de cuando se reunía de nuevo con Lucky.

—¡Eh! —exclamó—. ¿No sabes? Al fin y al cabo todavía no has salido del tubo internaves y ... ¿Qué hace Wess aquí?

—Irá con nosotros, Bigman.

El pequeño marciano parecía molesto.

—¿Para qué? La nave que tenemos es para dos personas.

—Nos las arreglaremos para albergar a un invitado, temporalmente. Y ahora será mejor que nos pongamos a obtener energía de las otras naves y a recibir equipo por el tubo de aire. Luego nos prepararemos para salir disparados al instante.

Lucky hablaba con voz firme; había cambiado de tema sin lugar a réplicas. Bigman le conocía demasiado para discutir.

—Sin duda —murmuró. Y se metió en el cuarto de máquinas después de mirar al consejero Wessilewsky con expresión hostil y ceño fruncido.

—¿Qué diablos le pasa? —preguntó Wess—. No he mencionado su estatura ni por casualidad.

—Bueno, hay que comprender a nuestro hombrecito —comentó Lucky—. Oficialmente no es consejero, aunque sí lo es a todos los efectos prácticos. Y él es el único que no se da cuenta. Sea como fuere, se figura que siendo tú otro consejero, haremos cabildo aparte tú y yo, y le dejaremos a un lado, sin dejarle participar en nuestros secretillos.

—Comprendo —aseguró Wess con un signo afirmativo—. ¿Recomiendas entonces que le digamos...?

—No. —Lucky destacó la negación con acento blanco, pero marcado—. Yo le explicaré lo que haya que explicar. Tú no digas nada.

En ese momento, Bigman penetró de nuevo en el cuarto del piloto y anunció:

—La nave está absorbiendo toda la energía. —Luego paseó la mirada de uno a otro y refunfuñó—. Vaya, lamento interrumpir. ¿Debo salir de la nave, caballeros?

Lucky replicó:

—Primero tendrás que derribarme a puñetazos, Bigman.

Éste hizo unos rápidos movimientos de esgrima y chilló.

—Oh, chico, ¡qué tarea tan difícil! ¿Crees que un puñado más de grasa apisonada sirve para algo?

Con la velocidad del rayo esquivó el brazo de Lucky, que se había disparado hacia él, acompañado de una carcajada, se acercó al pretendido antagonista y sus puños aterrizaron en un uno-dos sobre el estómago y el hígado de su amigo.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó éste. Bigman retrocedió con un paso de danza pugilística.

—He retenido el golpe porque no quería que el consejero Conway me reprendiera por haberte lastimado.

—Gracias —dijo Lucky, riendo—. Ahora, escucha. Tienes que calcularme

una órbita y enviarla al capitán Bernold.

—¡No faltaba más! —Ahora Bigman parecía perfectamente tranquilo, desvanecido todo asomo de rencor.

—Escucha, Lucky —solicitó Wess—, me fastidia el papel de aguafiestas, pero no estamos muy lejos de Saturno. Me parece que en estos momentos los sirianos nos han localizado, nos siguen con los instrumentos y saben exactamente dónde estamos, cuándo partiremos y adónde iremos.

—También yo lo creo, Wess.

—Bueno, pues, ¿cómo, ¡por el Espacio!, abandonaremos la escuadrilla y nos dirigiremos nuevamente hacia Saturno sin que nuestros amigos sepan exactamente dónde estamos y nos localicen demasiado lejos del Sistema para lograr nuestros propósitos?

—Buena pregunta. Yo estaba pensando si imaginaría cómo. Y si no lo imaginabas, estaba razonablemente seguro de que tampoco los sirianos habían de imaginarlo; aparte de que ellos no conocen los detalles de nuestro Sistema tan a la perfección como nosotros.

Wess se arrellanó en su silla de piloto.

—No lo guardes como un misterio, Lucky.

—Es perfectamente sencillo. Todas las naves, incluida la nuestra, salen disparadas en apretada formación, de modo que, considerando la distancia entre los sirianos y nosotros, nos registrarán como una sola mancha en sus detectores de masas. Nosotros conservaremos la formación, volando casi en la órbita mínima hacia la Tierra, aunque lo bastante alejados de la trayectoria normal para acercarnos razonablemente al asteroide Hidalgo, que ahora se mueve hacia su afelio.

—¿Hidalgo?

—Vamos, Wess, tú lo conoces. Es un asteroide perfectamente legítimo y conocido desde los días primitivos, anteriores a los viajes espaciales. Pero lo interesante de ese cuerpo es que no permanece en el cinturón de los asteroides. Cuando se encuentra más cerca del Sol se interna hasta llegar tan próximo como la órbita de Marte; pero en su punto más alejado se aparta hasta la distancia de la de Saturno. Pues bien, cuando pasemos cerca de Hidalgo, el asteroide se registrará también en las pantallas de detección de masas de los sirianos, y por la potencia con que se hará notar, comprenderán que se trata de un asteroide. Luego localizarán la masa de nuestras naves, dejando atrás a Hidalgo y en dirección a la Tierra, y no detectarán el descenso de menos de un diez por ciento de la masa de las naves que se producirá cuando la Shooting Starr dé la vuelta y se aleje del Sol a la sombra de Hidalgo. El camino de Hidalgo no apunta directamente hacia la posición actual de Saturno, ni mucho menos; pero después de dos días de navegar a la sombra del asteroide, podremos apartarnos señaladamente de la eclíptica, en dirección a Saturno, confiando no haber sido

detectados.

Wess enarcó las cejas.

—Espero que salga bien, Lucky.

Veía perfectamente la estrategia de tal maniobra. Las rutas de todos los planetas así como de los vuelos espaciales comerciales estaban en la eclíptica. En la práctica, uno casi nunca buscaba nada muy por encima o muy por debajo de dicha zona. Era lógico suponer que una nave espacial que se moviera en la órbita recién planeada por Lucky escaparía a la vigilancia de los instrumentos sirianos. A pesar de lo cual el rostro de Wess conservaba la expresión de incertidumbre.

Lucky inquirió:

—¿Crees que lo conseguiremos?

—Puede que lo consigamos —le respondió Wess—. Y aun en el caso de que regresemos..., Lucky, estoy con vosotros y desempeñaré el papel que me corresponde; pero deja que diga una cosa una sola vez y te prometo no repetirla nunca más. ¡Creo que es lo mismo que si ya hubiéramos perecido!

ROZANDO LA SUPERFICIE DE SATURNO

De modo que la Shooting Starr cruzó por el costado de Hidalgo y luego se alejó en su vuelo más allá de la eclíptica para subir de nuevo hacia las regiones polares meridionales del segundo planeta, en volumen, del Sistema Solar.

Lucky y Bigman no habían permanecido tantas horas seguidas en el espacio, en toda su historia, todavía corta, de aventuras por dicho elemento. Hacía cerca de un mes que habían salido de la Tierra. No obstante, la burbujita de aire y calor que era la Shooting Starr constituía un trocito de Tierra que podía mantenerse a sí mismo por un período de tiempo casi indefinido.

Su suministro de energía, elevado al máximo por la donación de las otras naves, duraría cerca de un año, exceptuando una batalla en toda escala. El aire y el agua, recirculados por los tanques de algas, durarían toda una vida. Las algas, además, constituían una reserva alimenticia en caso de que los concentrados, más ortodoxos, que traían se agotaran.

Era la presencia del tercer hombre la que producía la única verdadera incomodidad. Tal como Bigman había hecho notar, la Shooting Starr había sido construida para dos personas.

Su desacostumbrada concentración de potencia, velocidad y armamentos había sido posible, en parte, por la inusitada economía del espacio reservado a los tripulantes. Por ello había que establecer turnos para dormir sobre una colcha en el cuarto del piloto.

Lucky puntualizó que las incomodidades que sufrieran quedaban compensadas por el hecho de que ahora se podía establecer turnos de cuatro horas en los mandos, en lugar de los acostumbrados de seis horas.

A lo cual, Bigman replicó acaloradamente:

—Claro, y cuando trato de dormir en esa maldita manta y el cara redonda de Wess está en los mandos, me envía al rostro, directamente, todas las luces de señales.

—En cada guardia, compruebo dos veces las diversas señales de emergencia para asegurarme de que funcionan bien —explicó pacientemente Wess—. Así está ordenado.

—Y silba continuamente entre dientes —añadió Bigman—. Mira, Lucky, si

me vuelve a obsequiar con el estribillo de *Mi dulce Afrodita de Venus...* (basta con una sola vez) me levanto, le corto los brazos a mitad de distancia entre los hombros y los codos, y luego le mato de la paliza que le doy con ellos.

—Wess, abstente de silbar estribillos —solicitó suavemente Lucky—. Si Bigman se ve obligado a castigarte, llenará de sangre toda la cabina del piloto.

Bigman no dijo nada; pero la próxima vez que estuvo en los mandos, con Wess dormido sobre la manta y roncando musicalmente, se las arregló para pisar los dedos de la mano extendida de Wess, al ir a sentarse en el taburete del piloto.

—¡Arenas de Marte! —exclamó, levantando ambas manos, palmas al frente, y haciendo rodar los ojos, después del repentino aullido de tigre del otro—. De verdad que me ha parecido notar algo bajo mis pesadas botas marcianas. Vaya, vaya, Wess, ¿eran tus pulgarcitos?

—Será mejor que en adelante permanezcas siempre despierto —chilló Wess enfurecido de dolor—. Porque si te duermes mientras yo esté en el cuarto de control, so rata de arena marciana, te aplastaré como a una cucaracha.

—¡Oh, qué miedo me das! —exclamó Bigman, simulando un paroxismo de llanto que sacó, fatigadamente, a Lucky de su camastro.

—Escuchad —ordenó—, al primero de los dos que vuelva a despertarme, le hago viajar en la estela de la Shooting, cogido a la punta de un cable, todo el resto de la travesía.

Pero cuando Saturno y sus anillos quedaron a la vista, y cercanos, los tres estaban en el cuarto del piloto, mirando. Hasta visto según la perspectiva acostumbrada, desde un enfoque ecuatorial, Saturno brindaba el panorama más bello del Sistema Solar, y desde un enfoque polar...

—Si recuerdo bien —aseguró Lucky—, el viaje de exploración de Hogg sólo tocó este Sistema en Japetus y Titán, de modo que Hogg sólo vio Saturno desde un enfoque ecuatorial. A menos que los sirianos hayan logrado resultados distintos, nosotros somos los primeros seres humanos que ven a Saturno tan cerca, desde esta dirección.

Lo mismo que en el caso de Júpiter, la suave luz amarilla de la «superficie» de Saturno era en realidad la del Sol, reflejada por las capas superiores de una atmósfera turbulenta, que tenía mil seiscientos kilómetros de espesor, o más. Y, también lo mismo que en el caso de Júpiter, las alteraciones atmosféricas se manifestaban en forma de zonas de colores variables. Aunque dichas zonas no tenían la forma de franjas que solían aparentar desde el enfoque ecuatorial acostumbrado, sino que formaban círculos concéntricos color marrón claro, amarillo más diluido y verde pastel alrededor del polo de Saturno, que actuaba de centro.

Pero hasta éste quedaba apagado y reducido a la nada comparado con los anillos. A la distancia a que se encontraban ahora, se estiraban en una amplitud de veinticinco grados, que comprendía cincuenta veces la anchura de la fase de luna

llena. El borde interno de los anillos estaba separado del planeta por un espacio de cuarenta y cinco minutos de arco en el que había sitio para retener cualquier objeto del tamaño de la luna llena tan desahogadamente como para permitirle trepidar.

Los anillos circundaban Saturno, sin tocarlo por ninguna parte, vistos desde el punto en que se hallaba la Shooting Starr. Eran visibles en casi los tres quintos de su círculo, y el resto quedaba escondido, disimulado notablemente por la sombra del planeta. A cosa de unos tres cuartos de la distancia hasta el borde externo del anillo se encontraba la brecha negra conocida por «división de Cassini». Tenía unos quince minutos de anchura; era una espesa cinta de oscuridad que dividía los anillos en dos pistas de luz de anchura desigual. Dentro del borde interior de los anillos había un reguero de puntos que brillaban, pero no formaban una blancura continua. Era el llamado «anillo de crespón».

El área total expuesta por los anillos era ocho veces mayor que la del globo de Saturno.

Además, los anillos en sí eran innegablemente más luminosos, a igualdad de superficie, que Saturno propiamente dicho; de manera que en conjunto el noventa por ciento, cuando menos, de la luz que el planeta les enviaba procedía de los anillos. La luz total que recibían era, aproximadamente, como cien veces la que recibe la Tierra de la Luna, en la fase de luna llena.

Ni el mismo Júpiter, visto desde la pasmosa proximidad de Io, podía compararse a esto.

Cuando Bigman tomó la palabra por fin, lo hizo en un susurro:

—Lucky, ¿cómo se explica que los anillos sean tan brillantes? Su luz hace que el planeta propiamente dicho se vea apagado. ¿Se trata de una ilusión óptica?

—No —respondió Lucky—, es real. Saturno y los anillos reciben la misma cantidad de luz del Sol; pero no la reflejan por igual. Lo que nosotros vemos de Saturno es la luz reflejada por una atmósfera compuesta de hidrógeno y helio, principalmente, además de algo de metano. Eso refleja un sesenta y tres por ciento, aproximadamente, de la luz que recibe. En cambio, los anillos están formados, en su mayor parte, de pedazos sólidos de hielo, que devuelven un mínimo del ochenta por ciento, gracias a lo cual son mucho más brillantes. Mirar los anillos es, casi, como mirar un campo de nieve.

Wess se lamentó:

—Y nosotros hemos de buscar un copo en un campo de nieve.

—Pero un copo oscuro —puntualizó Bigman, excitado—. Oye, Lucky, si todas las partículas del anillo son de hielo, y nosotros buscamos una cápsula de metal...

—El aluminio pulimentado reflejará más luz todavía que si fuese hielo —afirmó Lucky—. Será tan brillante como el hielo.

—Bueno, entonces... —Bigman miró desesperado hacia los anillos, situados a ochocientos mil kilómetros de distancia, y sin embargo tan enormes, aun a pesar

de la lejanía—, perseguimos una empresa desesperada.

—Veremos —contestó Lucky, sin tomar partido.

Bigman se sentó a los mandos, corrigiendo la órbita con cortos, silenciosos chorros de impulso iónico. Los controles Agrav habían sido conectados de forma que la Shooting Starr fuese mucho más maniobrable en ese volumen de espacio, tan próximo a la masa de Saturno, de lo que pudiera serlo ninguna nave siriana.

Lucky estaba en el detector de masas, la delicada sonda de la cual escudriñaba el espacio en busca de cualquier clase de materia, cuya posición fijaba midiendo su respuesta ante la fuerza gravitacional de la nave, si era muy pequeña, o el efecto de la misma sobre la nave, si era grande.

Wess acababa de despertarse y entró en la cámara del piloto. Todo era silencio y tensión mientras la nave descendía hacia Saturno. Bigman observaba la faz de Lucky por el raballo del ojo. A medida que el planeta se acercaba, Lucky se volvía más y más abstraído y poco comunicativo. Bigman había presenciado el fenómeno otras veces. Lucky estaba indeciso; apostaba sobre unos naipes muy pobres y no quería hablar de su juego. Wess habló:

—No creo que tengas que afanarte de ese modo sobre los detectores de masas, Lucky. Aquí arriba no habrá naves. Será cuando bajemos a los anillos que las encontraremos. Y en abundancia, probablemente. También los sirianos buscarán la cápsula.

—Estoy de acuerdo, por el momento —opinó Lucky.

Bigman barbotó, con expresión sombría:

—Quizás esos amiguitos hayan encontrado ya la cápsula.

—Hasta eso es posible —admitió Lucky.

Ahora se volvían, empezando a resbalar por el borde del círculo del globo de Saturno, conservando una distancia de unos cien mil kilómetros de la superficie. La mitad alejada de los anillos, o al menos la porción de los mismos que iluminaba el Sol, se confundía con Saturno dado que su borde interno quedaba escondido por la gigante masa planetaria.

En el caso de los medios anillos de la cara próxima del planeta, el anillo de crespón interior se notaba más.

—¿Sabéis?, y o no diviso el límite de aquel anillo interior —afirmó Bigman.

Wess respondió:

—Es que no lo tiene, probablemente. La parte interna de los anillos grandes está a nueve mil seiscientos kilómetros solamente de la superficie aparente de Saturno, y es posible que la atmósfera del planeta llegue hasta allí.

—¡Nueve mil seiscientos kilómetros!

—Sólo en mechones, aunque lo suficiente para que los trozos más cercanos de gravilla rocen con ella y giren un poco más cerca de Saturno. Y los que se mueven más cerca de todos forman el anillo de crespón. Lo que sucede, de todos modos, es que cuanto más cerca giran más fracción se produce, de forma que

todavía tienen que acercarse más. Es probable que se encuentren partículas por todo el trecho hasta el propio Saturno, y que algunas se inflamen al chocar con las capas más densas de la atmósfera.

—Entonces los anillos no durarán eternamente —aventuró Bigman.

—Probablemente no. Pero durarán millones de años. Tiempo sobrado para nosotros. Más que sobrado —añadió con rostro sombrío.

Lucky les interrumpió:

—Caballeros, voy a salir de la nave.

—¡Arenas de Marte, Lucky! ¿Para qué? —exclamó Bigman.

—Quiero echar una mirada desde el exterior —respondió lacónicamente Lucky mientras se iba poniendo el traje espacial.

Bigman dirigió una rápida mirada al registrador automático del detector de masas. No había ninguna nave en el espacio. Se notaban unos tironcitos ocasionales; pero nada importante.

Se trataba únicamente de esos meteoritos errantes que se encuentran por cualquier parte del Sistema Solar.

—Encárgate del detector de masas, Wess —pidió Lucky—. Deja que vaya dando una vuelta completa. —Diciendo esto se puso el casco y lo cerró. Comprobó los aparatos de medida que llevaba en el pecho, la presión de oxígeno y se encaminó hacia el cierre de aire. Ahora su voz emergía del pequeño receptor de radio del cuadro de mandos—. Utilizaré un cable magnético; por consiguiente, evitad los empujones energéticos repentinos.

—¿Estando tú ahí fuera? ¿Me crees loco? —exclamó Bigman.

Lucky apareció a la vista por una de las escotillas. El cable magnético se extendía tras él en espiras que, faltando la gravedad, no formaban una curva suave.

En su enguantado puño se veía un pequeño reactor de mano despidiendo su delgado chorro de vapor, que a la débil luz solar resultaba apenas visible y formaba como una nubecilla de partículas de hielo que se dispersaban y desaparecían. Por la ley de la acción y la reacción, Lucky se movía en dirección opuesta.

—¿Crees que en la nave hay algo que funciona mal? —preguntó Bigman.

—Suponiendo que lo hubiera —contestó Wess—, en el cuadro de mandos no se nota en absoluto.

—Entonces, ¿qué hace aquel pedazo de leño?

—No lo sé.

Bigman dirigió una mirada inflamada y recelosa al consejero, y volvió a observar a Lucky.

—Si creéis —musitó—, que porque no soy consejero...

—Quizá sólo quiera salir del alcance de tu voz por unos momentos, Bigman —replicó Wess.

El detector de masas, puesto en control automático de gran radio de acción, se iba moviendo metódicamente por todo el volumen de su entorno, grado cuadrado por grado cuadrado, y la pantalla se cubría por entero de blanco puro siempre que el rayo detector se internaba demasiado en dirección al propio Saturno.

Bigman frunció el ceño y le faltó ánimo para responder a la pulla de Wess.

—Ojalá ocurriera algo —murmuró.

Y ocurrió.

Wess, volviendo a fijar la mirada en el detector de masas, captó un silbido sospechoso en el registrador. Apresuróse a fijar el instrumento en él, puso en marcha los dos detectores auxiliares de energía, y lo siguió un par de minutos.

—Es una nave, Wess —aseguró Bigman, excitado.

—Eso parece —admitió Wess con renuencia. La masa sola habría podido significar un meteorito grande; pero se captaba un chorro de energía viniendo de aquella dirección, y sólo podía proceder de los motores a micropilas de una nave. La energía pertenecía al tipo adecuado y venía en la cantidad adecuada. Se podía identificar con la misma seguridad que se identifican las huellas dactilares. Hasta se podía detectar las leves diferencias que la distinguían de la clase de energía producida por las naves terrestres y declarar sin error posible que se trataba de una nave siriana.

Bigman afirmó:

—Viene hacia nosotros.

—No directamente. Es probable que no quiera exponerse a los riesgos del campo gravitacional de Saturno. Sin embargo, se acerca, y dentro de una hora, poco más o menos, estará en situación de plantar una barrera contra nosotros... ¿Qué diablos espaciales te pone tan contento, so labrador marciano?

—¿No se ve con toda evidencia, so montón de grasa? Esto explica por qué está Lucky fuera de aquí. Sabía que la nave se acercaba, y le está preparando una trampa.

—¿Y cómo, ¡por los Espacios!, pudo adivinar que venía una nave? —preguntó Wess, atónito—. En el detector de masas no ha aparecido ninguna indicación hasta hace unos diez minutos. Ni siquiera estaba enfocado en la dirección precisa.

—No te preocupes por Lucky. Tiene una manera de saberlo. —Bigman sonreía.

Wess se encogió de hombros, fue hacia el cuadro de mandos y avisó por el transmisor:

—¡Lucky! ¿Me oyes?

—Claro que te oigo, Wess. ¿Qué pasa?

—Hay una nave siriana al alcance del detector de masas.

—¿Está muy cerca?

—Por los trescientos mil, y se aproxima todavía.

Bigman, que miraba por la escotilla, advirtió el destello del reactor de mano de Lucky, y los cristales de hielo que se alejaban en remolino de la nave. Lucky regresaba.

—Voy a entrar —anunció.

Apenas Lucky se hubo quitado el casco, dejando al descubierto la mata de cabello castaño y los ojos, castaño claro, Bigman tomó la palabra, y habló:

—Tú sabías que esa nave venía hacia aquí, ¿verdad que sí, Lucky?

—No, Bigman. No tenía idea. Lo cierto es que no comprendo cómo nos han descubierto tan pronto. Sería exigirle demasiado a la coincidencia suponer que, simplemente, ahora estaban mirando en esta dirección.

Bigman probó de disimular su enojo.

—Bueno, pues ¿probamos de hacerle volar fuera del espacio, Lucky?

—No volvamos a exponernos a los peligros políticos de un ataque, Bigman. Además, tenemos una misión más importante que jugar a intercambiar tiros con otras naves.

—Ya lo sé —afirmó Bigman, irritado—. Está la cápsula aquella que hemos de encontrar; pero...

Bigman meneaba la cabeza. Una cápsula era una cápsula, y él comprendía su importancia.

Pero, por otra parte, una buena pelea era una buena pelea, y los razonamientos políticos de Lucky sobre los peligros de una agresión no le decían nada si implicaban huir de un combate.

—¿Qué hago, pues? —musitó—. ¿Continuar con el mismo rumbo?

—Y acelerar. Dirígete hacia los anillos.

—Si vamos para allá —objetó Bigman—, ellos arrancarán en pos de nosotros.

—De acuerdo. Jugaremos a las carreras.

Bigman hizo retroceder lentamente el timón de control, y las desintegraciones protónicas en la micropila aumentaron hasta la máxima furia. La nave corría rauda por la turgente curva de Saturno.

El disco de recepción se animó con los choques de las ondas de radio.

—¿Pasamos a la recepción activa, Lucky? —preguntó Wess.

—No, ya sabemos qué dirán. «Rendíos si no queréis que os apresemos magnéticamente».

—Entonces...

—Nuestra única salvación está en la velocidad.

CRUZANDO LA BRECHA

—¿Huiremos de una sola y miserable nave, Lucky? —gimió Bigman.

—Luego tendremos tiempo de sobra para luchar, Bigman. Lo primero es lo primero.

—Pero esto significa, ni más ni menos, que tenemos que abandonar Saturno otra vez.

Lucky sonrió sin alegría.

—Esta vez no, Bigman. Esta vez estableceremos una base en éste sistema del planeta... y todo lo rápidamente que podamos.

La nave se lanzaba hacia los anillos a una velocidad cegadora. Lucky dio un codazo a Bigman para separarle de los mandos, que tomó él por su cuenta.

—Aparecen más naves —anunció Wess.

—¿Dónde están? ¿De qué satélite están más cerca?

Wess trabajó rápidamente.

—Todas están en la región del anillo.

—Bien —murmuró Lucky—, entonces todavía están buscando la cápsula. ¿Cuántas naves son?

—Cinco hasta el momento, Lucky.

—¿Hay alguna entre nosotros y los anillos?

—Acaba de aparecer otra más. No se nos aprecia, Lucky. Están demasiado lejos para disparar con buena puntería; pero más pronto o más tarde nos alcanzarán, a menos que nos larguemos definitivamente del sistema saturniano.

—O a menos que nuestra nave quede destruida de algún otro modo, ¿no? —comentó Lucky con aire sombrío.

Los anillos habían aumentado de tamaño hasta llenar toda la pantalla visora de un blanco de nieve, y la nave seguía zumbando adelante todavía. Además, Lucky no hizo el menor movimiento para disminuir la aceleración.

Por un horrorizado segundo, Bigman pensó que Lucky iba a estrellar, deliberadamente, la nave contra los anillos. Y se le escapó, de manera involuntaria, un grito:

—¡Lucky!

Pero, de pronto, los anillos desaparecieron. Bigman estaba aturdido. Sus

manos volaron hacia los mandos de la pantalla visora.

—¿Dónde están? ¿Qué ha pasado?

Wess, sudando a mares sobre los detectores de masas y desordenándose el rubio cabello con ocasionales manotazos inquietos, volvió la cabeza un instante y gritó:

—¡La división de Cassini!

—La división entre los anillos.

—¡Oh! —Parte de la sorpresa se iba disipando. Bigman hizo girar el ocular de la pantalla visora sobre el casco de la nave, y la névea blancura apareció nuevamente a la vista. Bigman lo movió ahora con más cuidado.

Primero había un anillo. Luego espacio, espacio negro. Luego otro anillo, un tanto más apagado. El anillo exterior aparecía un poquitín menos sembrado de gravilla de hielo. Atrás, otra vez en el espacio entre los anillos, la división de Cassini. Ahí no había gravilla. Sólo una gran brecha negra.

—Es grande —afirmó Bigman. Wess se secó el sudor de la frente y miró a Lucky.

—¿Vamos a cruzar, Lucky?

Éste mantenía los ojos fijos en los mandos.

—Sí, vamos a cruzar, Wess, en cuestión de minutos. Contened la respiración y conservad la esperanza.

Wess se volvió hacia Bigman y le avisó secamente:

—Cierto que la división es grande. Ya te dije que tenía cuatro mil kilómetros de anchura.

Hay espacio sobrado para la nave, si es esto lo que te asusta.

—Tú mismo pareces bastante nervioso, tratándose de un sujeto que mide metro ochenta y pico, por fuera —replicó el aludido—. ¿Acaso Lucky corre demasiado para tu gusto?

—Vamos, Bigman —contestó Wess—, si me pasara por la mollera el sentarme sobre ti...

—Entonces habría más cerebro en el asiento que en tu cabeza. —Y Bigman estalló en un gozoso chorro de carcajadas.

—Antes de cinco minutos —anunció Lucky— estaremos en la división.

A Bigman se le cortó el aliento, y se volvió hacia la pantalla visora, diciendo:

—De vez en cuando se distingue una especie de centelleo dentro de la brecha. Lucky respondió:

—Eso es gravilla, Bigman. La división de Cassini está limpia de tales objetos, comparada con los anillos propiamente dichos; pero no limpia en un ciento por ciento. Si al cruzar chocamos con uno de esos pedazos...

—Una posibilidad entre mil —interpuso Wess, desdénando la probabilidad con un movimiento de hombros.

—Una posibilidad entre un millón —rectificó fríamente Lucky—, pero fue

una probabilidad entre un millón la que permitió que el Agente X subiera a bordo de la *Net of Space*... Estamos en el límite de la abertura propiamente dicha. —Su mano cogía los mandos con gesto firme.

Bigman inspiró profundamente, poniéndose en tensión en espera del posible pinchazo que abriría el casco y acaso convirtiera la micropila protónica en una extensa llamarada de energía roja. Al menos todo habría terminado antes de...

—Lo conseguimos —anunció Lucky con alegría.

Wess expulsó el aliento ruidosamente.

—¿Hemos cruzado? —preguntó Bigman.

—Por supuesto, hemos cruzado, marciano tonto —replicó Wess—. Los anillos sólo tienen dieciséis kilómetros de grosor, y ¿cuántos segundos crees que necesitamos para correr dieciséis kilómetros?

—¿Y estamos en la otra parte?

—Tenlo por seguro. Mira si puedes localizar los anillos en la pantalla visora.

Bigman dirigió el enfoque en un sentido, luego en el contrario, y luego repitió varias veces la maniobra, siempre aumentando el radio de acción.

—¡Arenas de Marte!, ahí aparece una especie de silueta oscura.

—Y eso es lo único que verás, compañero. Ahora estás en el costado sombreado de los anillos. El Sol ilumina la otra cara, y la luz no penetra a través de dieciséis kilómetros de espesa gravilla. Oye, Bigman, ¿qué os enseñan en Marte bajo la etiqueta de astronomía? ¿No será la canción infantil aquélla de Centellea, centellea, estrellita?

Bigman adelantó pausadamente el labio inferior.

—¿Sabes, cabeza de sebo?, me gustaría tenerte una temporada entera en las granjas marcianas. Te libraría de la grasa que te cubre hasta llegar a la carne que tengas (no pasará de los cinco kilogramos) que la tienes toda en esos pies tan enormes.

Lucky intervino:

—Agradecería mucho, Wess, que tú y Bigman pusierais una señal entre las hojas de esa discusión que estáis sosteniendo, a fin de continuarla más tarde. ¿Quieres hacer el favor de consultar los detectores de masas?

—Sin duda, Lucky. Eh, eso no marcha demasiado bien. ¿Con que rapidez cambias de dirección?

—Con toda la que la nave me permite. Vamos a permanecer bajo los anillos todo el trecho que podamos.

—Muy bien, Lucky —asintió Wess, con un movimiento de cabeza—. De ese modo los detectores de masas de los otros no les sirven para nada.

Bigman sonrió. La maniobra salía a la perfección. Gracias a la interferencia de los anillos de Saturno, ningún detector de masas podría localizar la Shooting Starr, y hasta la detección visual era casi imposible, a través de los anillos.

Las largas piernas de Lucky se estiraron y los músculos de su espalda se

movieron sin dificultad al mismo tiempo que el hombre flexionaba y estiraba los músculos de las extremidades superiores para librarse de parte de la fatiga acumulada en los brazos y los hombros.

—Dudo —mencionó Lucky—, que ninguna nave siriana tenga el valor de seguirnos a través de la brecha. Ellos no tienen el Agrav.

—Muy bien —confirmó Bigman—, hasta aquí, estupendo. Pero ¿adónde iremos ahora? ¿Me lo contará alguien?

—No es ningún secreto —respondió Lucky—. Nos dirigimos a Mimas. Continuaremos pegados a los anillos hasta que nos acerquemos todo lo posible a Mimas; luego cruzaremos como el rayo el espacio libre. Mimas sólo está a unos cuarenta y ocho mil kilómetros más allá de los anillos.

—¿Mimas? Es uno de los satélites de Saturno, ¿verdad?

—Cierto —le respondió Wess, interviniendo—. El más cercano al planeta.

Ahora la trayectoria que seguían se había aplanado; pero la Shooting Starr continuaba girando alrededor de Saturno; aunque de oeste a este, en un plano paralelo a los anillos.

Wess estaba sentado sobre la manta, cruzadas las piernas bajo el cuerpo, como un marinero, y preguntó:

—¿No te gustaría aprender un poco más de astronomía? Si hallas un poco de espacio en la nuez que tienes dentro del vacío cráneo, te explicaré por qué hay una brecha en los anillos.

La curiosidad y el despecho libraban batalla dentro del marcianito, que dijo:

—Veamos si haces algo dándote un poco de prisa, so ignorante. Adelante, acepto la fanfarronada.

—Nada de fanfarronada —replicó Wess, altanero—. Escucha y aprende. Las partes interiores de los anillos dan una vuelta alrededor de Saturno en cinco horas. Las partes exteriores dan la vuelta en quince horas. En el punto exacto de la división de Cassini, el anillo material (si lo hubiera) daría la vuelta a una velocidad intermedia; tardaría unas doce horas.

—¿Y qué?

—Que el satélite Mimas, hacia el cual nos dirigimos, da la vuelta alrededor de Saturno en veinticuatro horas.

—Otra vez, ¿y qué?

—Todas las partículas del anillo sufren las atracciones hacia ésta y la otra parte debidas a los satélites, mientras éstos y aquéllas se mueven alrededor de Saturno. La atracción principal es la de Mimas, por ser el que está más cerca. La mayoría de atracciones cambian diametralmente de dirección en el intervalo de una hora, de forma que se compensan. Sin embargo, si en la división de Cassini hubiera gravilla, a cada dos rotaciones encontraría a Mimas en el mismo puesto del firmamento, tirando en la misma dirección de antes. Parte de la gravilla sufre un tirón continuo hacia adelante, de forma que avanza en espiral hacia el anillo

exterior; y parte lo sufre hacia atrás, de manera que avanza en espiral hacia el anillo interior. Un trozo del anillo se vacía de partículas y ¡plam!... ahí tienes la división de Cassini y dos anillos.

—¿Así sucede? —exclamó Bigman con voz débil. Estaba razonablemente seguro de que Wess se lo contaba bien—. Entonces ¿cómo se explica que haya algo de gravilla en la división? ¿Cómo no se ha ido ya en un sentido o en otro?

—Porque —respondió Wess con encofetado aire de superioridad— cierta cantidad de gravilla es atraída o empujada hacia la división por el azar de los efectos gravitacionales de los satélites; aunque no permanece allí mucho tiempo... Y confío que estás tomando nota de lo que te digo, Bigman, porque es posible que luego te lo pregunte.

—Ve a freírte el cráneo en una llamarada mesónica —murmuró el marciano.

Lucky retornó a sus detectores de masas, sonriendo y se entretuvo con ellos unos momentos; luego, sin rastro de la anterior jactancia en la correosa faz, se inclinó hasta ellos.

—¡Lucky!

—¿Qué, Wess?

—Los anillos ya no nos esconden.

—¿Qué?

—Pues, mira tú mismo. Los sirianos se están aproximando. Los anillos no les estorban en absoluto.

Lucky exclamó pensativamente:

—¡Espacio!, ¿cómo es posible?

—No puede ser debido a un puro azar que ocho naves converjan sobre nuestra órbita.

Hemos descrito una curva en ángulo recto, y ellos han reajustado sus órbitas convenientemente. Deben estar detectándonos.

Lucky se acariciaba el mentón con los nudillos de los dedos.

—Si nos están detectando. ¡Gran Galaxia!, nos están detectando. De nada sirve argumentar demostrando que es imposible. Acaso signifique que poseen algo que nosotros no tenemos.

—Nadie dijo nunca que los sirianos fuesen tontos —comentó Wess.

—No, pero a veces existe entre nosotros la tendencia a portarnos como si lo fuesen, y como si todos los adelantos científicos salieran de las mentes del Consejo de Ciencias, y como si los sirianos no tuvieran nada, excepto cuando nos roban nuestros secretos. Yo mismo caigo en esa especie de cebo algunas veces... Bien, allá vamos.

—¿Adónde vamos? —preguntó vivamente Bigman.

—Os lo dije ya —respondió Lucky—. A Mimas.

—Pero ellos siguen en pos de nosotros.

—Lo sé. Lo cual significa simplemente que hemos de llegar más aprisa que nunca... Wess, ¿pueden cortarnos el paso antes de que lleguemos a Mimas?

Wess actuó rápidamente.

—No; si no pueden acelerar tres veces más que nosotros, no, Lucky.

—Muy bien. Concediendo a los sirianos todos los méritos del mundo, no creo que puedan aventajar tanto a nuestra Shooting en cantidad de energía. De modo que llegaremos.

Bigman protestó:

—Pero, Lucky, estás loco. Luchemos o abandonemos el sistema saturniano de una vez. No podemos aterrizar en Mimas.

—Lo siento, Bigman —contradijo Lucky—, no hay alternativa. Hemos de aterrizar allí.

—Pero ellos nos han localizado. Nos seguirán hasta la superficie de Mimas, y entonces tendremos que luchar. Y siendo así, ¿por qué no luchar ahora mientras podemos maniobrar con nuestro Agrav y ellos no pueden?

—Es posible que no se molesten en seguirnos hasta el suelo de Mimas.

—¿Por qué no?

—Oye, Bigman, ¿nos molestamos nosotros en meternos dentro de los anillos a rescatar lo que quedara de la *Net of Space*?

—Es que aquella nave estalló.

—Dices bien.

En el cuarto de mandos imperó el silencio. La Shooting Starr rasgaba el espacio, describiendo lentamente una curva que la alejaba de Saturno, acelerando luego y saliendo fuera del abrigo del anillo exterior para lanzarse al espacio abierto. Delante de ella aparecía Mimas, un mundo centelleante visto como un delgado cuarto creciente. Sólo tenía 512 kilómetros de diámetro.

Las naves de la flota siriana que convergían sobre ellos se encontraban lejos todavía.

Mimas crecía de tamaño; finalmente la Shooting Starr empezó a desacelerar.

A Bigman le parecía imposible que Lucky, aquel mago del espacio, hubiera incurrido en semejante error de cálculo.

—Demasiado tarde, Lucky —aseguró con vehemencia—. No podremos acortar la marcha lo suficiente para un aterrizaje. Habremos de entrar en una órbita en espiral hasta que perdamos bastante velocidad.

—No hay tiempo para volar en torno de Mimas, Bigman. Nos lanzamos de cabeza al satélite.

—¡No podemos hacer eso, arenas de Marte! ¡A esta velocidad, imposible!

—Confío que los sirianos pensarán también lo mismo.

—Pero, Lucky, tendrían razón.

Wess intervino en tono calmado:

—Siento decirlo, Lucky, pero estoy de acuerdo con Bigman.

—No hay tiempo para discusiones ni explicaciones —replicó Lucky, inclinándose sobre los mandos.

Mimas se dilataba con rapidez loca en la pantalla visora. Bigman se humedecía los labios.

—Si piensas que es mejor perder la vida de ese modo, Lucky, que dejando que nos cojan los sirianos, perfectamente. Por mi parte, estoy dispuesto. Pero, si hemos de perderla, Lucky, ¿por qué no perderla luchando? ¿Acaso no podríamos hacer añicos primero a uno de esos amiguitos?

—Vuelvo a estar de su parte, Lucky —corroboró Wess.

Lucky meneó la cabeza y no dijo nada. Ahora movía los brazos rápidamente, de forma que Bigman no distinguía con claridad qué estuviera haciendo. La desaceleración seguía produciéndose con excesiva lentitud.

Wess extendió un momento las manos como si quisiera apartar a Lucky de los mandos por la fuerza; pero Bigman se apresuró a rodearle las muñecas. Por más que estuviera convencido de que corrían hacia la muerte, la obstinada fe que había tenido siempre en Lucky perduraba a pesar de todo.

La velocidad de la nave disminuía, y disminuía más y más, con una desaceleración que habría destrozado el organismo en cualquier otra nave que no hubiese sido la Shooting Starr, pero con Mimas llenando toda la pantalla visora y bramando hacia ellos, la desaceleración era insuficiente.

Lanzada a una velocidad mortal, la Shooting Starr hirió la superficie de Mimas.

EN MIMAS

Y sin embargo, no se estrellaron.

En vez de estrellarse, se produjo un silbido agudo con el que Bigman estaba bien familiarizado. El silbido de una nave al rozar una atmósfera. ¿Atmósfera?

¡Imposible! Ningún mundo del tamaño de Mimas podía tener atmósfera. Bigman miró a Wess, que se había sentado de pronto en la manta, con rostro pálido y cansado, si bien bastante satisfecho.

Bigman se encaminó hacia su amigo.

—Lucky...

—No, ahora no, Bigman.

Repentinamente, Bigman reconoció qué estaba haciendo Lucky en los mandos. Manejaba el rayo de fusión. Bigman corrió hacia la pantalla visión y la enfocó al frente, en línea recta.

Ya no cabía la menor duda, ahora que, por fin, comprendía la idea. El rayo de fusión era el más poderoso «rayo calorífico» inventado jamás. Lo habían ideado principalmente para utilizarlo como arma a corta distancia, y sin duda nadie lo había empleado para el fin que Lucky lo utilizara ahora.

El chorro de deuterio, al salir por la proa de la nave, era comprimido por un poderoso campo magnético y, en un punto situado varios kilómetros más allá, un chorro de energía de las micropilas lo caldeaba hasta la temperatura de ignición nuclear. Prolongado durante cierto tiempo, el chorro de energía necesario habría destruido la nave; pero bastaba con una fracción de segundo. Después de ese tiempo la reacción de fusión del deuterio se mantenía por sí misma y la increíble llama resultante elevaba la temperatura hasta ciento sesenta millones de grados.

La mancha de calor encendida delante de la superficie de Mimas se hundía en la materia y perforaba el cuerpo del satélite como si éste no estuviera allí, abriendo un túnel por sus entrañas. Por aquel túnel se introducía rauda la Shooting Starr. La sustancia vaporizada de Mimas era la atmósfera que los rodeaba, ayudándoles a desacelerar, aunque elevando la temperatura de la coraza exterior de la nave hasta un rojo peligroso.

Lucky miró el indicador de la temperatura de la corteza exterior y pidió:

—Wess, activa más los serpentines de vaporización.

—Gastaremos toda el agua que tenemos —advirtió Wess.

—No importa. En este mundo no necesitamos agua de suministro propio.

Con lo cual hicieron circular agua a la máxima velocidad por las espirales exteriores de cerámica porosa, a través de las cuales se iba vaporizando y arrastrando parte del calor de roce desarrollado. Pero el agua desaparecía con la misma celeridad que la inyectaban en los serpentines. Y la temperatura exterior seguía aumentando.

Aunque más despacio. La desaceleración de la nave había seguido un curso satisfactorio, y Lucky cerró el chorro de deuterio y ajustó el campo magnético. La mancha de deuterio derretido iba menguando cada vez más. El silbido de atmósfera descendía de tono.

Finalmente el chorro cesó por completo y la nave continuó adelante hasta entrar en contacto con el muro sólido, en el que abrió un paso en virtud de su propio calor, hasta quedar detenida con una sacudida.

Lucky se arrellanó en el asiento, por fin.

—Caballeros —anunció—. Lamento no haber tenido tiempo para daros una explicación; pero hube de decidir en el último instante y el cuadro de mandos absorbía toda mi energía. Sea como fuere, bienvenidos al interior de Mimas.

Bigman introdujo una prolongada bocanada de aire en los pulmones y dijo:

—Jamás pensé que se pudiera emplear un chorro de fusión para abrirse paso por la materia sólida de un mundo situado delante de una nave volando a toda velocidad.

—Generalmente no se podría, Bigman —puntualizó Lucky—. Pero ocurre, precisamente, que Mimas es un caso especial. Y también lo es Enceladus, el satélite exterior siguiente.

—¿Porqué?

—Son simples bolas de nieve. Los astrónomos lo saben desde antes de los vuelos espaciales. Estos dos satélites poseen una densidad inferior a la del agua y reflejan alrededor del ochenta por ciento de la luz que incide en ellos, de modo que resulta evidente que sólo podrían estar formados por nieve, amén de algo de amoníaco helado, y no muy comprimido, además.

—Claro —confirmó Wess, interviniendo con voz cantarina—. Los anillos son hielo y estos dos satélites primeros son simples aglomeraciones de hielo que estaban demasiado lejos para formar parte de los anillos. He ahí por qué Mimas se derretía tan fácilmente.

—Pero tenemos muchísimo trabajo que hacer —anunció Lucky—. Empecemos.

Estaban en una caverna natural formada por el calor del chorro de fusión y cerrada por todos los lados. El túnel formado al entrar se había cerrado a medida que pasaban, al condensarse y helarse el vapor. El detector de masas daba cifras según las cuales se encontraban a unos ciento sesenta kilómetros bajo la

superficie del satélite. Aun bajo la débil gravedad de Mimas, la masa de hielo que tenían encima iba contrayendo la caverna lentamente.

La Shooting Starr fue abriéndose paso nuevamente hacia el exterior, como un alambre candente hurgando mantequilla. Cuando hubieron llegado a un punto situado a ocho kilómetros de la superficie, pararon y montaron una burbuja de oxígeno.

Mientras establecían un suministro de energía, junto con tanques de algas y un depósito de comida, Wess levantó los ojos resignadamente y anunció:

—Bueno, esto va a ser mi hogar por un tiempo; hagámoslo cómodo.

Bigman acababa de despertar de su turno de dormir, y contorsionó el rostro hasta convertirlo en la imagen de la repulsa más amarga.

—¿Qué te pasa ahora, Bigman? —preguntó Wess—. ¿Estás lloroso porque me echarás de menos?

Bigman enseñó los dientes en una mueca de desdén y replicó:

—Me las compondré. Dentro de dos o tres años tendré como un deber el pasar zumbando junto a Mimas y te echaré una carta. —Luego estalló—: Escuchadme, os he oído conversar mientras me creíais profundamente dormido. ¿Qué pasa? ¿Son secretos del Consejo?

Lucky sacudió la cabeza desazonado.

—Todo a su debido tiempo, Bigman.

Más tarde, cuando estaba a solas con Bigman en la nave, le comentó:

—En realidad, Bigman, no hay motivo para que no te quedes aquí con Wess.

El marciano contestó con voz gruñona:

—Oh, claro que no. Dos horas encerrado con él y lo corto en cubos y lo pongo en hielo para regalárselo a sus familiares. —Pero en seguida añadió—: ¿Lo dices en serio, Lucky?

—Bastante en serio. Lo que se aproxima podría resultar más peligroso para ti que para mí.

—¿De veras? Pero ¿qué me importa?

—Si te quedas con Wess, sea lo que fuere que me ocurra a mí, dentro de un par de meses os recogerán a los dos.

Bigman retrocedió unos pasos. Sus menudos labios hicieron un mohín.

—Lucky, si quieres mandarme que me quede aquí porque tenga algo que hacer en este lugar, muy bien. Lo haré, y cuando lo haya hecho me reuniré contigo. Pero si sólo quieres que me quede para estar a salvo mientras tú vas al encuentro del peligro, nuestra amistad ha terminado. No tendré ya nada más que ver contigo; y sin mí, so grandullón, no servirás para nada. Hasta tú lo sabes. — Los ojos del marciano parpadeaban rápidamente.

—Pero, Bigman... —insistía Lucky.

—De acuerdo, estaré en peligro. ¿Quieres que firme un documento diciendo que tengo yo la culpa, y no tú? Muy bien, lo firmaré. ¿Satisfecho así, señor

consejero?

Lucky cogió el cabello de Bigman, con gesto cariñoso, y le hizo bambolear la cabeza adelante y atrás.

—¡Gran Galaxia! Querer hacerte un favor a ti es como poner agua en un cesto.

Wess entró en la nave, diciendo:

—La retorta está montada y en marcha.

El agua de la sustancia helada de Mimas entraba en los depósitos de la Shooting Starr, llenándolos y sustituyendo la que se perdió al enfriar la coraza de la nave mientras penetraba en el seno de Mimas. Parte del amoníaco separado fue cuidadosamente neutralizado y guardado en un compartimiento del casco donde lo tendrían disponible como abono nitrogenado para los depósitos de algas.

La burbuja quedó terminada y los tres viajeros pasearon la mirada por la superficie, en curva impecable, del hielo, y por los cuarteles casi cómodos que se habían procurado allí dentro.

—Muy bien, Wess —anunció Lucky por fin, estrechándole la mano con fuerza—. Ya estás preparado, creo.

—Por todo lo que sabría colegir, Lucky, sí lo estoy.

—Dentro de dos meses vendrán a rescatarte, pase lo que pase. Pero si las cosas marchan bien, vendrán a buscarte mucho antes.

—Tú me asignas esta tarea —le respondió fríamente Wess— y la haré. Por tu parte, concéntrate en la tuya, y, de paso, cuida bien a Bigman. No dejes que se caiga de la litera y se lastime.

Bigman se puso a gritar:

—No creáis que no sigo esa misteriosa conversación de tíos importantes. Vosotros dos habéis pactado algo y no me lo explicáis...

—Métete en la nave, Bigman —ordenó Lucky, levantando al marciano en vilo y echando a andar. Bigman se revolvió y trataba de conseguir una respuesta.

—¡Arenas de Marte, Lucky! —exclamó cuando estuvieron a bordo—. Mira qué has hecho. Ya está bastante mal que tengáis vuestros malditos secretos del Consejo, para que encima todavía dejes que él diga la última palabra.

Salieron de Mimas por un punto desde el que no se veían ni el Sol ni Saturno. El negro firmamento no albergaba otro objeto mayor que Titán, muy próximo a la línea del horizonte y cuyo diámetro medía sólo la cuarta parte del diámetro aparente de la Luna.

El Sol iluminaba la mitad del globo del satélite, cuya imagen contemplaba sombríamente Bigman en la pantalla visora. El marciano no había recobrado el humor bullicioso habitual.

—Y ahí es donde están los sirianos, supongo —aventuró.

—Eso creo.

—¿Y adónde vamos nosotros? ¿Regresando a los anillos?

—En efecto.

—¿Y si vuelven a descubrirnos?

Sus palabras habrían podido ser la señal. El disco de recepción se animó en seguida. Lucky parecía preocupado.

—Nos localizan con muy poco esfuerzo.

—Y puso el contacto.

Esta vez no se trataba de una voz de robot contando los minutos, sino de una voz vibrante, llena de vida, e inconfundiblemente siriana.

—... rr, responda, por favor. Estoy tratando de establecer contacto con el consejero David Starr, de la Tierra. ¿Tiene la bondad de responder, David Starr? Estoy tratando...

—El consejero Starr al habla —contestó Lucky—. ¿Quién es usted?

—Soy Sten Devoure, de Sirio. Usted ha ignorado el requerimiento de nuestras naves automatizadas y ha regresado a nuestro sistema planetario. Por consiguiente, le hacemos prisionero.

—¿Naves automatizadas? —le preguntó Lucky.

—Naves tripuladas por robots. ¿Lo entiende? Nuestros robots saben gobernar naves a entera satisfacción.

—Eso he visto —respondió Lucky.

—Creo que sí lo ha visto. Le siguieron a usted cuando salió de nuestro sistema, y luego cuando regresó al amparo del asteroide Hidalgo. Le siguieron en su movimiento fuera de la eclíptica hasta el polo sur de Saturno, después a través de la división de Cassini bajo los anillos, y luego adentro de Mimas. No se ha librado usted ni un solo instante de nuestra vigilancia.

—¿Y a qué se debe que me vigilen tan eficientemente? —inquirió Lucky, consiguiendo dar a su voz un tono llano y despreocupado.

—¡Ah, siempre se puede dar por seguro que un terrícola no comprenderá que los sirianos podemos tener nuestros métodos propios! Pero no importa. Hemos esperado días y días que saliera usted del agujero practicado en Mimas, después de haber penetrado en él tan inteligentemente mediante la fusión de hidrógeno. Nos divertimos permitiéndoles esconderse. Algunos hasta hacíamos apuestas sobre cuánto tiempo tardaría en asomar la nariz fuera de nuevo. Entretanto, rodeamos cuidadosamente Mimas con nuestras naves y sus eficaces tripulaciones de robots. Si nos apetece, usted no podrá recorrer ni mil kilómetros sin que le mandemos fuera del espacio.

—Seguramente no será por medio de sus robots, que no pueden hacer daño a ningún ser humano.

—Mi querido consejero Starr —replicó la voz siriana con un deje de burla inconfundible—, claro que los robots no pueden dañar a los seres humanos...

siempre que sepan que allí hay seres humanos a los que podrían dañar. Pero, vea usted, hemos tenido buen cuidado de informar a los robots encargados de manejar las armas de que la nave de usted sólo lleva robots. Y a ellos no les remuerde la conciencia por destruir otros robots. ¿No se rendirá usted?

De pronto Bigman se inclinó sobre el transmisor y gritó:

—Oiga, amiguito, ¿qué le parece si primero ponemos fuera de combate a unos cuantos de esos robots en conserva que tienen ustedes? ¿Le gustaría?

Era bien conocido en toda la Galaxia que los sirianos consideraban la destrucción de un robot un delito casi tan grave como el asesinato. Pero Sten Devoure no se impresionó.

—¿Ése es el sujeto con quien se cree le une una gran amistad, consejero? ¿Un tal Bigman? Si lo es, no siento el menor deseo de trabar conversación con él. Puede usted decirle, y téngalo bien entendido usted también, que dudo que puedan dañar ni una sola de nuestras naves antes de ser destruidos ustedes. Creo que le concederé cinco minutos para decidir si prefiere rendirse o ser eliminado. Por mi parte, consejero, hace mucho tiempo que deseo conocerle; le ruego acepte, pues, mis palabras como la sincera esperanza de que se rendirá. ¿Qué me contesta?

Lucky permaneció callado un momento. Los músculos de la mandíbula se le habían puesto turgentes.

Bigman le miraba con calma, cruzados los brazos sobre el reducido pecho, esperando.

Pasaron tres minutos y Lucky anunció:

—Entrego mi nave y todo lo que contiene en manos de usted, señor.

Bigman no dijo nada.

Lucky anuló el contacto y se volvió hacia el marciano, mordiéndose el labio inferior, incómodo y turbado.

—Bigman, tienes que comprenderlo.

Yo... Bigman se encogió de hombros.

—De veras que no lo entiendo, Lucky; pero después de haber aterrizado en Mimas descubrí que tú... que tú planeabas esta rendición, intencionadamente, y a desde que pusimos rumbo a Saturno por segunda vez.

A TITÁN

Lucky enarcó las cejas.

—¿Y cómo lo has descubierto, Bigman?

—No soy tan tonto, Lucky. —El hombrecito hablaba en tono grave y mortalmente serio—. ¿Recuerdas cuando descendíamos hacia el polo sur de Saturno y tú saliste fuera de la nave? Fue momentos antes de que los sirianos nos localizasen y tuviésemos que poner los reactores al rojo, rumbo a la división de Cassini.

—Sí.

—Tenías algún motivo para obrar de aquel modo. No explicaste cuál porque infinidad de veces te absorbes por entero en lo que haces y no hablas de ello hasta que ha pasado el apremio; pero entonces la tensión continuó, porque huíamos de los sirianos. De modo que cuando preparábamos el alojamiento para Wess, en Mimas, eché un vistazo sobre el exterior de la Shooting Starr y vi claramente que habías manipulado la unidad Agrav. La tienes preparada de modo que puedas hacerla cisco con sólo tocar el botón de desplazamiento total del cuadro de mandos.

Lucky comentó con suavidad:

—La unidad Agrav es la única cosa de la Shooting Starr real y absolutamente ultrasecreta.

—Lo sé. Y me figuré que si hubieras admitido la posibilidad de luchar habrías sabido que la Shooting Starr no se retiraría hasta que nos hubieran mandado, a ella y a nosotros, fuera del espacio. Unidad Agrav incluida. Si hacías los preparativos necesarios para reventar solamente la unidad Agrav y dejar el resto de la nave intacto, es que no pensabas luchar. Ibas a rendirte.

—¿Y por esto estás meditando desde que aterrizamos en Mimas?

—Mira, yo estoy contigo, hagas lo que hagas, Lucky, pero... —Bigman suspiró y desvió la vista—, eso de rendirse no es nada divertido.

—Lo sé —repuso Lucky—, pero ¿se te ocurre una manera mejor de penetrar en su base? Nuestro trabajo no siempre es divertido, Bigman. —Y Lucky tocó el contacto de desplazamiento total, en el cuadro de mandos. La nave se estremeció levemente cuando las partes exteriores de la unidad Agrav se fundieron en una

masa al rojo blanco y se desprendieron de la nave.

—¿Quieres decir que piensas barrenar desde dentro? ¿Es éste el motivo de que te rindas?

—En parte, sí.

—¿Y si nos despedazan en cuanto nos cojan?

—No creo que lo hagan. Si nos quisieran muertos, habrían podido sacarnos del espacio apenas salimos de Mimas. Creo que querrán utilizarnos vivos... Y si nos conservan la vida, sabemos que tenemos a Wess en Mimas como una especie de jugador de reserva. Por esto habíamos de arriesgar el pellejo saliendo de Mimas.

—Quizá también estén enterados de la presencia de Wess, Lucky. Parecen enterados de todo lo demás.

—Quizá sí —admitió Lucky pensativamente—. Ese siriano sabía que tú eras mi compañero; con lo cual es posible que piense que actuamos en pareja, no en trío, y no busque a una tercera persona. Supongo que fue mejor que yo no insistiera demasiado en que te quedases con Wess. Si hubiera venido solo, los sirianos te habrían buscado y habrían sondeado Mimas. Por supuesto, si os hubieran encontrado a ti y a Wess y yo hubiera podido estar seguro de que no os fusilarían inmediatamente... No, no, estando yo en sus manos y antes de haber podido montar las cosas de forma... —Hacia el final de la explicación, sólo conversaba, en realidad, consigo mismo, en un murmullo. Luego quedó completamente callado.

Bigman no decía nada, y el primer sonido que rompió el silencio fue un golpe metálico familiar que reverberó contra el casco de acero de la Shooting Starr. Un cable magnético había establecido contacto, atando su nave a otra.

—Alguien sube a bordo —avisó Bigman sin acento alguno.

Por la pantalla visora divisaban parte del cable; luego vieron una forma, moviéndose ágilmente, mano sobre mano en el marco de visión, para desaparecer de nuevo. El visitante golpeó la nave estrepitosamente, y la señal del cierre hermético se encendió.

Bigman movió el control que abría la puerta exterior del cierre, aguardó la señal siguiente, y luego cerró la puerta exterior y abrió la interior.

El invasor penetró en la nave.

Pero no llevaba traje espacial; porque no era un ser humano. Era un robot.

En la Federación Terrestre tenían robots, entre ellos cierto número muy perfeccionados, pero en su mayor parte los dedicaban a tareas superespecializadas que no les ponían en contacto con otros seres humanos a excepción de los que los supervisaban. De modo que, si bien Bigman había visto robots no había visto muchos.

Por ello miraba fijamente a éste. Era, como todos los robots sirianos, grande y bruñido; su forma exterior ofrecía una amable simplicidad, y las articulaciones

de las piernas y la espalda estaban tan bien hechas que resultaban casi invisibles.

Y cuando habló, Bigman abrió unos ojos como naranjas. Se necesita mucho tiempo para habituarse a escuchar una voz casi completamente humana saliendo de una imitación metálica del ser humano.

El robot articuló:

—Buenos días. Tengo el deber de cuidar de que ustedes y su nave sean trasladados sin novedad al lugar que se les ha asignado. Lo primero que debo saber es si la explosión limitada en el casco de la nave que nosotros hemos registrado ha dañado de algún modo sus facultades de navegación.

Tenía una voz profunda y musical, imparable y con un claro acento siriano.

Lucky respondió:

—La explosión no afecta para nada las dotes espaciales de la nave.

—Entonces, ¿qué la produjo?

—La provoqué yo.

—¿Por qué razón?

—Eso no puedo decírselo.

—Está bien. —El robot abandonó el tema inmediatamente. Un hombre quizás hubiese insistido, amenazando con la fuerza. Un robot no podía. Siguió:

—Puedo gobernar naves espaciales diseñadas y construidas en Sirio. Estaré en condiciones de gobernar ésta si usted me explica la naturaleza de los diversos controles que veo aquí.

—¡Arenas de Marte, Lucky! —interpuso Bigman—. A ese bicho no tenemos por qué explicarle nada, ¿verdad que no?

—No puede obligarnos a decírselo, Bigman; pero puesto que nos hemos rendido ¿qué otro mal puede haber en dejar que nos lleve adonde hemos de ir?

—Enterémonos de adónde tenemos que ir. —Bigman se dirigió de pronto al robot con voz tajante—: ¡Eh! ¡Robot! ¿Adónde nos llevará?

El aparato volvió hacia Bigman su mirada encendida roja y que no pestañeaba, y contestó:

—Las instrucciones recibidas me impiden responder preguntas no relacionadas con mi tarea inmediata.

—Pero, oiga. —El excitado Bigman apartó la mano moderadora de Lucky—. Nos lleve adonde nos lleve, los sirianos nos harán daño; hasta quizá nos maten. Si usted no quiere dañarnos, ayúdenos a escapar; véngase con nosotros... ¡Bah, Lucky, déjame que hable!, ¿quieres?

Pero Lucky meneó la cabeza resueltamente, y el robot afirmó:

—Me han asegurado que no se les hará a ustedes daño alguno. Y ahora, si pueden darme instrucciones acerca del método de empleo de ese cuadro de mandos, podré ocuparme de mi tarea más inmediata.

Punto por punto, Lucky le explicó el manejo de los controles. El robot demostró estar completamente familiarizado con las cuestiones técnicas

implicadas, probó cada uno de los mandos con cuidadosa pericia para ver si la información que acababa de recibir era exacta, y al final de la explicación de Lucky era ya, evidentemente, capaz de pilotar la Shooting Starr.

Lucky sonrió y los ojos se le iluminaron de franca admiración.

Bigman se lo llevó al camarote de ambos.

—¿De qué te sonríes, Lucky?

—¡Gran Galaxia, Bigman! Es una hermosa máquina. Hemos de conceder nuestra admiración a los sirianos en este aspecto. Saben fabricar unos robots que son verdaderas obras de arte.

—Muy cierto, pero silencio; no quiero que oiga lo que voy a decir. Oye, tú sólo te has rendido para bajar a Titán y reunir información acerca de los sirianos. Por supuesto, es posible que no podamos huir nunca más, y entonces, ¿de qué sirve la información? En cambio, ahora tenemos este robot. Si consiguiéramos que nos ayudase a escapar sin perder instante, tendríamos lo que necesitamos. El robot ha de poseer toneladas de información sobre los sirianos. Conseguiríamos más de este modo que aterrizando en Titán.

Lucky meneó la cabeza.

—Parece buena idea, Bigman. Pero ¿cómo harías para convencer al robot de que se marche con nosotros?

—Primera Ley. Podemos explicarle que Sirio sólo tiene un par de millones de personas, mientras que la Federación Terrestre tiene más de seis mil millones. Podemos explicarle que importa mucho más evitar que una gran cantidad de gente sufra daños que no proteger a unas pocas personas. De manera que la Primera Ley está de nuestra parte. ¿Comprendes, Lucky?

—Lo malo es —objetó el consejero—, que los sirianos son grandes expertos en el manejo de los robots. Muy probablemente a éste lo han convencido en profundidad de que lo que está haciendo no perjudicará a ningún ser humano. Él no sabe nada de la existencia de seis mil millones de personas en la Tierra excepto lo que tomará por habladurías tuyas, y que todavía acentuará su convicción. Tendría que ver a un ser humano de verdad en verdadero peligro para que se apartase de sus instrucciones.

—Voy a probarlo.

—Muy bien. Adelante. Será una experiencia provechosa.

Bigman se acercó al robot, bajo cuyo mando la Shooting Starr volaba como un cohete por el espacio en su nueva órbita, y le preguntó:

—¿Qué sabe usted de la Tierra y de la Federación Terrestre?

—Las instrucciones recibidas me impiden responder preguntas no relacionadas con mi tarea inmediata —contestó el robot.

—Yo le ordeno que olvide las instrucciones recibidas hasta este momento.

Hubo un momento de titubeo antes de que saliera la respuesta.

—Las instrucciones recibidas me impiden aceptar instrucciones de personal

no autorizado.

—Las órdenes que le doy van dirigidas a evitar daños a seres humanos. Por consiguiente, debe obedecerlas —afirmó Bigman.

—Me han asegurado que no se producirá ningún perjuicio a los seres humanos, y, por mi parte, no me doy cuenta de la posibilidad de ningún daño. Las instrucciones recibidas me obligan a dejar de responder para evitar estímulos extraños, si estos estímulos se repiten inútilmente.

—Conviene que me escuche. Sí que se pretende hacer daño. —Y Bigman habló apasionadamente unos momentos; pero el robot no volvió a contestarle.

—Bigman, estás derrochando tus energías —dijo Lucky.

El marciano dio un puntapié al deslumbrante tobillo del robot. Lo mismo habría sido que lo diera al casco de la nave, por el efecto que produjo. Luego se acercó a Lucky con la cara ardiendo de rabia.

—Es bonito que unos seres humanos se queden indefensos sólo porque a un montón de metal se le ocurra tener ideas propias.

—Esto sucedía también con las máquinas antes de la época de los robots, y a lo sabes.

—Ni siquiera sabemos adónde nos dirigimos.

—Para esto no necesitamos al robot. He comprobado el rumbo, y no cabe duda de que nos dirigimos hacia Titán.

Ambos estuvieron pegados a la pantalla visora durante las últimas horas de acercamiento a Titán. Era éste el tercer satélite, en tamaño, de todo el Sistema Solar (solamente Ganímedes, de Júpiter, y Tritón, de Neptuno, le aventaban en tamaño, aunque no en mucho) y de todos los satélites era el que tenía la atmósfera más densa.

El efecto de dicha atmósfera se hacía evidente hasta desde lejos. En la mayoría de satélites (incluida la Luna de la Tierra) la *terminator* (o sea, la divisoria entre las porciones del día y la noche) era un línea clarísima, con negro en un lado y blanco al otro. En este caso, no sucedía así.

El creciente de Titán aparecía limitado por una faja más bien que por una línea definida, y las astas de dicho creciente se prolongaban adelante, deshilachadas en una curva cada vez más confusa que casi se juntaba con la de la otra parte.

—Tiene una atmósfera casi tan densa como la de la Tierra, Bigman —aseguró Lucky.

—¿No es respirable? —preguntó el marciano.

—No, no lo es. Está compuesta, principalmente, de metano.

Ahora convergían hacia allí otras naves, que se iban haciendo visibles sin necesidad de aparatos. Había al menos una docena, y les acompañaban como perros de pastor espacio abajo, hacia Titán. Lucky sacudía la cabeza.

—Veinte naves dedicadas a este solo trabajo. ¡Gran Galaxia!, estarán aquí

desde hace varios años, edificando y preparando. ¿Cómo podremos echarles, sin una guerra?

Bigman no intentó contestar.

El sonido de atmósfera penetró de nuevo con sus características inconfundibles dentro de la nave, el silbido agudo de los puñados de gas azotando el casco aerodinámico.

Bigman miró inquieto los indicadores que marcaban la temperatura de la coraza; pero no había peligro. El robot que gobernaba los mandos tenía la mano segura. La nave rodeó Titán en apretada espiral, perdiendo altura y velocidad simultáneamente de forma que la atmósfera, cada vez más densa, no elevase en exceso la temperatura en ningún momento.

El rostro de Lucky se iluminó de nuevo con admiración.

—Ese robot la guiará sin nada de carburante. Sinceramente, le creo capaz de aterrizar sobre el patio de una casa comprada a plazos, sin otro freno que el de la atmósfera.

—¿Qué encuentras de bueno en ello, Lucky? —exclamó el marciano—. Si esas cosas son capaces de gobernar naves de este modo, ¿cómo puedes abrigar la esperanza de derrotar a los sirianos, eh?

—Simplemente, tendremos que aprender a fabricarlos nosotros también, Bigman. Esos robots son una conquista del hombre. Los seres que la llevaron a cabo eran sirianos, en efecto, pero son también seres humanos, y todos los demás miembros de la especie pueden sentirse orgullosos de esta victoria. Si nosotros tenemos los frutos de dicha victoria, realicémosla también, y superémosla incluso. Pero de nada sirve negarles el mérito de lo que han conseguido.

La superficie de Titán iba perdiendo parte de la borrosa uniformidad provocada por la atmósfera. Ahora distinguían cadenas montañosas; no los picos agudos y recortados de un mundo sin aire, sino las serranías redondeadas que mostraban los efectos del viento y la meteorología en general. En los bordes no quedaba nieve; pero en las hendeduras y los valles formaban una gruesa capa.

—No es nieve, en realidad —comentó Lucky—, sino amoníaco helado.

Todo se veía desolado, naturalmente. Las ondulantes llanuras entre cordillera y cordillera estaban cubiertas de nieve, o de rocas al desnudo. No se apreciaba ningún rastro de vida. No había ríos ni lagos. Y de pronto...

—¡Gran Galaxia! —exclamó Lucky.

Había aparecido una cúpula. Era una cúpula achatada, de un tipo sobradamente familiar en los planetas interiores. Había cúpulas de esta clase en Marte y en las plataformas poco profundas de los océanos de Venus... y he ahí que también había una en el lejano y desolado Titán. Una cúpula siriana que habría constituido una respetable ciudad en Marte, colonizado desde hacía mucho tiempo.

—Nosotros dormíamos mientras ellos edificaban —aseguró Lucky.

—Cuando los de las emisoras se enteren —confirmó Bigman—, el Consejo de Ciencias se encontrará ante una fea perspectiva, Lucky.

—A menos que nosotros destruyamos eso. Y el Consejo no merece otra cosa. ¡Por el Espacio, Bigman! No debería haber en todo el Sistema Solar ni un pedrusco de tamaño apreciable que no fuese objeto de una inspección periódica; y no hablemos ya de un mundo como Titán.

—¿Quién se habría figurado...?

—El Consejo de Ciencias tendría que habérselo figurado, Bigman. La gente del Sistema los apoya y confía en ellos para que piensen y velen. Y yo tenía que pensarlo también.

La voz del robot vino a interrumpir sus comentarios.

—Esta nave aterrizará después de otra circunnavegación del satélite. En vista del impulso iónico de a bordo, no es preciso tomar ninguna precaución especial para el aterrizaje. A pesar de todo, un descuido excesivo podría causar daños, y yo no puedo permitirlo. En consecuencia, debo ordenarles que se sienten y se abrochen los cinturones de seguridad.

—¡Escuchad a ese montón de tubos de hojalata, explicándonos cómo debemos comportarnos en el espacio! —farfulló Bigman.

—Da lo mismo —comentó Lucky—, será mejor que te sientes. Es muy probable que, si no lo hacemos de buena gana, nos obligue por la fuerza. Le han asignado la tarea de no permitir que suframos ningún daño.

Bigman gritó de pronto:

—Di, robot, ¿cuántos hombres hay estacionados ahí abajo, en Titán?

No hubo respuesta.

El suelo se levantó y los tragó, como haciéndoles descender por el interior de un túnel. La Shooting Starr se detuvo, con la cola para abajo, y sólo se necesitó una breve sacudida de los motores para completar la tarea.

El robot se alejó de los mandos.

—Han sido traídos ustedes, sin novedad ni daño alguno, a Titán. Mi tarea inmediata ha terminado, y ahora los entregaré a mis amos.

—¿A Sten Devoure?

—Ése es uno de mis amos. Pueden salir ustedes de la nave libremente. Encontrarán la presión y la temperatura normales, y la gravedad adaptada a casi la normal de ustedes.

—¿Podemos salir en seguida? —preguntó Lucky.

—Sí, los amos están esperando.

Lucky movió la cabeza asintiendo. Fuera como fuese, no podía reprimir por completo el asomo de una rara excitación. Aunque en su todavía breve, pero agitada, carrera como miembro del Consejo de Ciencias los sirianos habían sido el gran enemigo, aun no conocía a ninguno en persona.

Salió de la nave, pisó el estribo de salida expelidor. Bigman se apresuró a

seguirle... y ambos se detuvieron de puro asombro.

EL ENEMIGO

Lucky tenía el pie sobre el primer travesaño de la escalera que los bajaría a nivel del suelo.

Bigman miraba por encima del desarrollado hombro de su amigo. Ambos estaban boquiabiertos.

Era como si bajasen a la superficie de la Tierra. Si había un techo de caverna encima (una superficie en forma de cúpula hecha de metal y cristal duros) resultaba invisible bajo el fulgor del cielo azul; y, fuese o no una ilusión, se veían nubes en el cielo.

Delante de ellos se extendían jardines e hileras de casas, muy separadas unas de otras, adornadas aquí y allá de altos parterres de flores. A media distancia se veía un riachuelo corriendo a cielo abierto y cruzado por puentecitos de piedra.

Docenas de robots iban y venían apresuradamente, cada uno siguiendo su camino, cada uno entregado a su tarea, con una concentración de máquinas. A varios centenares de metros de allí, cinco seres —¡sirianos!— esperaban apiñados y llenos de curiosidad.

Una voz se hizo oír, súbita y perentoria, encima de Lucky y Bigman:

—¡Eh, ustedes, los de ahí arriba! Bajen, bajen. No se entretengan.

Lucky miró abajo. Al pie de la escalera había un hombre alto, con los brazos en jarras y las piernas separadas. Su faz, estrecha, alargada y de cutis aceitinado, les miraba con expresión arrogante. Llevaba el negro cabello cortado en una mera pelusa, a la manera siriana. Por añadidura, su rostro lucía una barba muy cuidada y elegante y un delgado bigote. Vestía unas ropas holgadas y de colores vivos, camisa abierta en el cuello y con mangas cortas, hasta los codos.

—No faltaba más, señor, si tiene usted mucha prisa.

Lucky tomó impulso y se lanzó escalera abajo, sosteniéndose con las manos solamente, el flexible cuerpo revolviéndose con gracia y sin esfuerzo. Apartándose del casco, saltó los doce travesaños finales, girando al mismo tiempo de modo que quedase cara a cara con el hombre plantado en el suelo. Al mismo tiempo que doblaba las piernas para amortiguar el golpe y las estiraba de nuevo, saltó ligeramente hacia un lado para permitir que Bigman descendiera de manera parecida.

Lucky se encontraba ante un hombre alto, aunque de unos dos centímetros menos que él, con una piel que vista de cerca parecía un tanto flácida, al igual que tenía un aire general de blandura.

—¡Acróbatas! ¡Micos! —exclamó el representante de Sirio, levantando el labio superior en una mueca de desprecio.

—Ninguna de ambas cosas, señor —respondió Lucky con tranquilo humorismo—. Terrícolas.

El otro continuó:

—Usted es David Starr; pero le llaman Lucky. ¿Significa eso en el dialecto terrestre lo mismo que en nuestro idioma?

—Significa «afortunado».

—Al parecer, se le terminó la buena fortuna. Yo soy Sten Devoure.

—Me lo había figurado.

—Parecía sorprendido, al ver todo esto, ¿no? —El desnudo brazo de Devoure describió un ancho arco, abarcando todo el panorama—. Es hermoso.

—Lo es; pero ¿no representa un despilfarro de energía innecesario?

—Disponiendo de mano de obra robot las veinticuatro horas del día, puede hacerse sin dificultad. Además, Sirio tiene energía de sobra. La Tierra de ustedes no, creo.

—Comprobaré que tenemos toda la necesaria —replicó Lucky.

—¿De veras? Venga; quiero hablar con usted en mis dependencias. —Devoure hizo un ademán imperativo a los otros cinco sirianos, que en el transcurso de la conversación se habían ido acercando para mirar fijamente al terrícola. El terrestre que en los últimos años había sido un afortunado enemigo de Sirio y a quien habían capturado por fin.

No obstante, visto el gesto de Devoure, los sirianos saludaron, giraron sobre los respectivos talones, y se fueron, cada cual por su camino.

Devoure subió al cochecito descubierto que se había acercado sobre una silenciosa lámina de fuerza diagrávica y cuya superficie inferior, plana, desprovista de ruedas y de todo otro ingenio material, se mantenía a unos quince centímetros más arriba del suelo. Otro coche se acercó a Lucky. Naturalmente, cada uno de ambos cochecitos iba guiado por un robot.

Lucky subió. Bigman hizo ademán de seguirle; pero el chofer robot estiró el brazo suavemente, cerrándole el paso.

—¡Eh...! —empezó Bigman. Lucky interpuso:

—Mi amigo irá conmigo, señor.

Devoure fijó la mirada en Lucky por primera vez, y un inenarrable fulgor de odio inflamó sus ojos.

—No voy a molestarte por eso —aseguró—. Si usted desea su compañía puede disfrutarla un rato; pero yo no quiero soportar semejante estorbo.

Blanco como un papel, Bigman fijó la mirada en el siriano.

—Usted tendrá que soportarme bastante, so a...

Pero Lucky le cogió y le susurró al oído:

—Ahora no puedes hacer nada en absoluto, Bigman. ¡Gran Galaxia, muchacho!, déjalo por el momento; deja que las cosas vayan siguiendo su curso.

Lucky sostenía a su amigo casi en vilo dentro del coche, mientras Devoure hacía gala de una estólida falta de interés por la cuestión.

Los cochecitos avanzaban con suave celeridad, como el vuelo de una golondrina, y a los dos minutos disminuyeron la marcha delante de un edificio de un solo piso, de ladrillo blanco y liso de silicona, que no se diferenciaba de los otros sino por un ribete carmesí alrededor de puertas y ventanas, y descendieron por un paseo lateral. Durante el corto trayecto, no habían visto ni a un solo ser humano, únicamente cierto número de robots.

Devoure tomó la delantera, cruzando una puerta en arco y penetrando en una habitación pequeña equipada con una mesa de conferencias y dotada de una alcoba con un gran canapé.

El techo resplandecía de luz blancoazulada, igual que el blancoazulado de los campos al aire libre.

«Un poquitín demasiado azul», pensó Lucky; y en seguida se acordó de que Sirio era una estrella mayor y más caliente, en consecuencia más azul que el Sol de la Tierra.

Un robot trajo dos bandejas de comida y unos altos vasos esmerilados que contenían un espumante preparado blancolechoso. Un suave olor a frutas llenaba el aire, y, después de largas semanas de menú de vuelo, Lucky se sorprendió sonriendo de gusto. Un robot dejó una bandeja delante de él y otra delante de Devoure.

Lucky le ordenó:

—Mi amigo comerá lo mismo.

Después de una bravísima mirada a Devoure, que apartó los ojos inexpresivamente, el robot salió y volvió con otra bandeja. Durante la comida no se pronunció ni una palabra. Terrícola y marciano comieron y bebieron con buen apetito.

Pero después de haber sido retiradas las bandejas, el siriano sentenció:

—Debo empezar declarando que ustedes son espías. Entraron en territorio siriano y se les avisó de que se fueran. Ustedes se marcharon; pero regresaron e hicieron todo lo posible para que su retorno se mantuviera en secreto. Bajo las normas de la Ley Interestelar, tenemos derecho a ejecutarlos en el acto, y así se hará, a menos que su comportamiento a partir de este instante merezca clemencia.

—¿Qué clase de comportamiento? —preguntó Lucky—. Dígame un ejemplo, señor.

—Con placer, consejero. —Los ojos del siriano se animaron, interesados—.

Tenemos el caso de la cápsula de información que nuestro hombre abandonó en los anillos antes de su infortunada muerte.

—¿Cree que está en mi poder?

—No hay la menor probabilidad en todo el espacio —contestó el siriano, riendo—. En ningún instante les dejamos acercarse a los anillos a una velocidad inferior a la mitad de la de la luz. Pero, vamos... usted es un consejero muy inteligente. Hasta nosotros, en Sirio, hemos tenido noticia de usted y de sus hazañas. Hasta hubo momentos en que usted fue... ¿cómo podríamos decirlo?... una piedrecilla en nuestro camino.

Bigman le interrumpió con un graznido estridente, enojado.

—Una piedrecilla nada más. Como cuando detuvo al espía de ustedes en Júpiter 9; como cuando los echó de Gánimedes; como...

Sten Devoure exclamó en un estallido de cólera:

—¿Quiere silenciar a ese objeto, consejero? Me irrita el tono estridente de eso que le acompaña a usted.

—Pues, diga lo que tenga que decir, sin insultar a mi amigo —replicó Lucky perentoriamente.

—Lo que quiero, pues, es que usted me ayude a encontrar la cápsula. Utilizando su notable ingenio, dígame: ¿cómo abordaría la empresa? —Devoure apoyó los codos en la mesa y se quedó mirando a Lucky con ojos ansiosos, esperando.

Lucky dijo:

—Para empezar, ¿qué informaciones tiene?

—Solamente lo que me figuro que usted también recogió: las últimas frases de nuestro hombre.

—Sí, las recogimos. No por entero; pero lo suficiente para saber que no poseía las coordenadas de la órbita en la que abandonó la cápsula, y lo suficiente para saber que la dejó, en efecto.

—Entonces...

—Puesto que el hombre burló a nuestros agentes durante largo tiempo y estuvo a punto de terminar sin novedad la misión que ustedes le habían confiado, presumo que era inteligente.

—Era siriano.

—Una cosa —replicó Lucky con grave cortesía—, no implica necesariamente la otra. Sin embargo, en este caso hemos de presumir que no habría dejado la cápsula en los anillos de tal forma que a ustedes les fuera imposible encontrarla.

—¿Qué deduce entonces, terrícola?

—Que si hubiera dejado la cápsula en los anillos propiamente dichos les sería imposible encontrarla.

—¿Lo cree así?

—Efectivamente, la otra alternativa es que la puso en órbita dentro de la división de Cassini.

Sten Devoure echó la cabeza para atrás y soltó una retumbante carcajada.

—Eleva el ánimo oír a Lucky Starr, el gran consejero, derramando su ingenio sobre un problema. Uno habría creído que saldría con algo pasmoso, algo absolutamente sorprendente. Y en cambio, ahí está eso, nada más. ¡Espacio, consejero!, ¿qué me diría si le explicase que nosotros, sin su ayuda, llegamos a esta conclusión inmediatamente y que nuestras naves están escudriñando la división de Cassini casi desde el momento en que fue abandonada la cápsula?

Lucky movió la cabeza afirmativamente. Si la mayoría de la dotación humana de la base de Titán estaba en los anillos, supervisando las pesquisas, ello explicaba en parte la falta de personal en la base propiamente dicha.

—Pues, le felicitaría y le recordaría que la división de Cassini es muy grande y contiene algo de gravilla —respondió—. Aparte de lo cual, la cápsula ha de hallarse en una órbita inestable, a causa de la atracción de Mimas. Según la situación del momento, la cápsula se acercará al anillo interior o al exterior, y si no la encuentran pronto, la habrán perdido definitivamente.

—Ese intento de asustarme es una tontería por completo inútil. Aun en los propios anillos, la cápsula seguiría siendo aluminio, comparado con hielo.

—Los detectores de masas no distinguen el aluminio del hielo.

—Los del planeta de ustedes no, terrícola. ¿No se ha preguntado nunca cómo le seguimos la pista a pesar de la torpe treta con Hidalgo y de la más arriesgada que empleó con Mimas?

—Sí, me maravilló —asintió Lucky, impasible.

Devoure volvió a soltar la carcajada.

—Tenía motivo para maravillarse. Evidentemente, la Tierra no posee el detector de masas selectivo.

—¿Secreto riguroso? —le preguntó cortésmente Lucky.

—No, en principio no. Nuestro rayo detector emplea rayos X blandos, que sufren dispersiones diferentes por las distintas materias según la masa de los átomos de éstas. Parte de dichos rayos vuelven hacia nosotros, reflejados, y, analizando el rayo reflejado, podemos distinguir una nave espacial metálica de un asteroide rocoso. Cuando una nave espacial pasa junto a un asteroide que está siguiendo su curso y que en aquel momento da un considerable porcentaje de masa metálica, que antes no tenía, no es excesivamente difícil deducir que cerca del asteroide hay una nave espacial escondida cuyos tripulantes se deleitan imaginando que no se les puede detectar. ¿Eh, consejero?

—Comprendo.

—¿Comprende que, por más que probase de esconderse tras los anillos de Saturno, o protegido por el planeta mismo, la masa metálica de la nave le delataba cada vez? En los anillos de Saturno no hay nada de metal; como

tampoco lo hay en los dieciséis mil kilómetros exteriores a la superficie del planeta. Ni dentro de Mimas quedaba usted escondido. Durante unas horas, creímos que había encontrado su fin. Detectábamos metal bajo el hielo de la superficie, y pensamos que podía tratarse de los restos de su destrozada nave. Pero entonces el metal empezó a moverse, y supimos que usted continuaba entre nosotros. Imaginamos la estratagema de la fusión, y no tuvimos que hacer nada sino esperar.

Lucky hizo un gesto de asentimiento.

—Hasta aquí, la partida la ganan ustedes.

—Y ahora, ¿usted cree que no encontraremos la cápsula, aunque ruede dentro de los anillos o fuese depositada en ellos en primer lugar?

—Bueno, pues, ¿cómo no la han encontrado todavía?

El rostro de Devoure se ensombreció un momento, como si sospechara haber sido objeto de un sarcasmo; pero ante la expresión de curiosidad cortés asumida por Lucky sólo pudo contestar, enseñando un poco los dientes:

—La encontraremos, es cuestión de tiempo únicamente. Y dado que usted no puede ayudarnos más en esta tarea, no hay motivo para aplazar su ejecución.

—Dudo que piense en serio lo que acaba de decir —respondió Lucky—. Muertos, significaríamos un gran peligro para ustedes.

—Si el peligro que representan estando vivos se puede medir con algo, no puedo creer que hable en serio.

—Pertenece al Consejo de Ciencias de la Tierra. Si nos matan, el Consejo no lo olvidará ni lo perdonará. Y las represalias no se dirigirán tanto contra Sirio como contra usted personalmente. Recuérdelo.

—Me parece que sé algo más de lo que usted se figura sobre esa materia —afirmó Devoure—. La criatura que le acompaña no pertenece al Consejo de Ciencias.

—Oficialmente, quizá no, pero...

—En cuanto a usted, si me permite que termine, es algo más que un simple miembro. Usted es el hijo adoptivo de Héctor Conway, el consejero jefe, y es además el orgullo del Consejo. De modo que quizá tenga razón. —Bajo el bigote, los labios de Devoure se estiraron en una sonrisa desprovista de buen humor—. Acaso haya situaciones, pensándolo bien, que recomienden que continúe usted vivo.

—¿Qué situaciones?

—En estas últimas semanas la Tierra ha convocado una conferencia de naciones para estudiar lo que a ellos les gusta calificar de una invasión de su territorio realizada por nosotros. Acaso usted no lo supiera.

—Yo propuse que se convocara esa conferencia en cuanto tuve noticia de la existencia de esta base.

—Bien. Sirio aceptó la convocatoria, y la reunión se celebrará muy pronto en

Vesta, un asteroide de ustedes. Parece que la Tierra tiene mucha prisa... —La sonrisa de Devoure se ensanchó todavía más—. Nosotros les daremos el gusto, pues no tememos el desenlace de la reunión. Los mundos exteriores, en general, no le tienen mucho cariño a la Tierra, ni deberían tenerle ninguno. Nuestro pleito está resuelto y sentenciado. Sin embargo, podríamos darle un carácter mucho más dramático si pudiéramos presentar los extremos a que llega la hipocresía de la Tierra. Ellos convocan una conferencia, dicen que quieren resolver el asunto por medios pacíficos; pero al mismo tiempo envían una nave de guerra a Titán con instrucciones para destruir nuestra base.

—A mí no me dieron tales instrucciones. He actuado por propia iniciativa, y sin intención de perpetrar ningún acto bélico.

—Sea como fuere, si atestigua lo que yo he dicho, causará una impresión tremenda.

—Yo no puedo dar testimonio de una cosa que no es verdad.

Devoure pasó por alto la frase de su prisionero, y continuó con aspereza:

—Les dejaremos comprobar que usted no está drogado ni sondeado. Prestará testimonio por su libre voluntad tal como nosotros le habremos indicado. Haremos saber a la conferencia que el miembro más valioso del Consejo, el propio hijo de Conway, se había lanzado a una aventura ilegal de fuerza al mismo tiempo que la Tierra, muy mojigatamente, convocaba una conferencia y proclamaba su amor a la paz. Esto resolverá la cuestión de una vez y para siempre.

Lucky hizo una inspiración profunda y fijó la mirada en el rostro, friamente risueño de su aprehensor.

—¿Así está la cuestión? —inquirió—. ¿Un falso testimonio a cambio de la vida?

—Muy bien. Expréselo de este modo. Elija lo que más le guste.

—No hay elección posible —confirmó Lucky—. Jamás prestaría un falso testimonio en un caso como éste.

Los ojos de Devoure se entornaron hasta formar estrechas rendijas.

—Yo creo que sí lo prestará. Nuestros agentes le han estudiado a usted muy de cerca, consejero, y conocemos su punto flaco. Acaso prefiera la muerte antes que colaborar con nosotros; pero lo débil, lo déforme, lo monstruoso le inspiran los sentimientos propios de un hombre de la Tierra. Lo prestará para evitar... — Y la blanda y regordeta mano del siriano extendió de pronto un dedo que apuntaba rígidamente a Bigman— la muerte de eso.

FUNCIONARIOS Y ROBOTS

—Tranquilo, Bigman —murmuró Lucky. El marciano se acurrucaba en el asiento, con los inflamados ojos clavados en Devoure.

—No nos portemos como niños en nuestros intentos de asustar al otro —insistió Lucky, hablando al siriano—. La ejecución no es tarea fácil en un mundo de robots. Los robots no pueden matarnos, y no estoy seguro de que ni usted ni ninguno de sus colegas quisieran matar un hombre a sangre fría.

—Claro que no, si al hablar de matar se refiere a cortarle la cabeza a uno o hundirle el pecho. Mas, una muerte rápida no tiene nada de amedrentador. Suponga, no obstante, que nuestros robots preparasen una nave desprovista de todos los elementos. Su... hmmm... compañero sería encadenado a una mampara de dicha nave por unos robots que, naturalmente, tendrían mucho cuidado en no hacerle el menor daño. La nave podría ir equipada con un piloto automático que la llevaría a una órbita alejada del Sol de ustedes y fuera de la eclíptica. No hay ni una probabilidad entre millones de que ningún terrícola la localizase jamás. Y la nave viajaría eternamente.

Bigman intervino:

—Lucky, no importa lo que hagan conmigo. No pactes con ellos en ningún sentido.

Devoure continuó, sin hacerle caso:

—Su compañero dispondrá de aire en abundancia, y tendrá un tubo de agua a su alcance, si siente sed. Naturalmente, viajará sin compañía, y sin comida. La muerte por inanición es una muerte lenta; y la inanición en la soledad insuperable del espacio es una perspectiva horrible.

—Es una manera canallesca y deshonrosa de tratar a un prisionero de guerra —afirmó Lucky.

—No hay guerra. Ustedes son espías, meramente. Además, no es necesario que ocurra nada de lo dicho, ¿verdad que no, consejero? Basta con que firme la confesión necesaria de que usted se proponía atacarnos y se declare dispuesto a ratificar esa declaración en la conferencia. Estoy seguro de que atenderá las súplicas del ser con el cual ha trabado amistad.

—¿Súplicas? —Bigman se puso en pie de un salto. Tenía la faz encarnada

como la grana.

Devoure levantó la voz bruscamente.

—A esa cosa hay que ponerla bajo custodia. ¡Adelante!

Dos robots aparecieron silenciosamente a uno y otro lado de Bigman y le cogieron por los brazos. Bigman se revolvió unos momentos, y su cuerpo se levantó del suelo a consecuencia del esfuerzo; pero los brazos continuaban irremisiblemente prisioneros.

Uno de los robots le habló:

—El amo tendrá la bondad de no resistirse porque de lo contrario el amo podría lesionarse por sí mismo, a pesar de todo lo que hagamos por evitarlo.

Devoure siguió:

—Tendrá veinticuatro horas de plazo para tomar una decisión. Tiempo de sobra, ¿verdad consejero? —Devoure fijó la mirada en las iluminadas figuras de la tira metálica de adorno que rodeaba su muñeca izquierda—. Entretanto, prepararemos nuestra nave despojada. Si no tenemos que emplearla, como espero que no será preciso, ¿qué es el trabajo para los robots, eh, consejero? Quédese sentado donde está; sería inútil que quisiera ayudar a su compañero. Por el momento no se le hará ningún daño.

A Bigman lo sacaron en vilo de la habitación, mientras Lucky, medio levantado del asiento, miraba impotente.

En la mesa de conferencias se encendió una lucecita. Devoure se inclinó para tocarla, y encima mismo de la caja cobró existencia un tubo luminoso. Apareció la imagen de una cabeza, y una voz habló:

—Yonge y yo hemos recibido aviso de que tienes en tu poder al consejero, Devoure. ¿Por qué no se nos avisó hasta después de haber aterrizado?

—¿Y qué importa si se os avisó antes o después? Ahora ya lo sabéis. ¿Vais a venir?

—Claro que sí. Tenemos ganas de conocer al consejero.

—Entonces, venid a mi oficina.

Quince minutos después llegaron dos sirianos. Ambos eran tan altos como Devoure; ambos tenían el cutis aceitunado (la mayor radiación ultravioleta de Sirio producía una piel morena, comprendió Lucky) y ambos eran mayores que él. Uno de los dos tenía el corto cabello ya canoso, de un color gris de acero. Sus delgados labios formaban las palabras con rapidez y precisión. Lo presentaron como Harrig Zayon, y su uniforme pregonaba a las claras que era miembro del Servicio Siriano del Espacio.

El otro se estaba quedando un poco calvo. Lucía una larga cicatriz en el antebrazo y tenía la mirada penetrante del hombre que ha envejecido en el espacio. Era Barrett Yonge, y también pertenecía al Servicio Espacial.

—El Servicio Espacial de ustedes, creo que es, en cierto modo, el equivalente de nuestro Consejo de Ciencias —comentó Lucky.

—Sí, en efecto —confirmó gravemente Zayon—. En ese sentido, somos colegas, aunque en lados opuestos de la valla.

—Funcionario Zayon, entonces. Funcionario Yonge. ¿Es el señor Devoure...?
El aludido le interrumpió:

—Yo no pertenezco al Servicio Espacial. No es preciso que pertenezca. A Sirio se le puede servir también desde fuera del Servicio.

—Particularmente —explicó Yonge con una mano descansando sobre la cicatriz del antebrazo, como para esconderla—, si uno es sobrino del director del Cuerpo Central.

Devoure se puso en pie.

—¿Lo has dicho con intención sarcástica, funcionario?

—De ningún modo. Lo he dicho en su sentido literal. Ese parentesco te pone en situación de prestar más servicios a Sirio que en caso contrario.

Pero las palabras tuvieron un tono seco, y a Lucky no le pasó por alto la llamarada de hostilidad entre los dos maduros funcionarios y el joven, e indudablemente influyente, sobrino del gran señor de Sirio.

Zayon quiso corregir el rumbo que había tomado la entrevista, volviéndose hacia Lucky y diciéndole afablemente:

—¿Le han presentado nuestra proposición?

—¿Se refiere a la propuesta de que mienta en la conferencia interestelar?

Zayon parecía un tanto molesto y extrañado.

—Me refiero a que se una a nosotros, a que se convierta en siriano —respondió.

—No creo que hubiésemos llegado a este punto, funcionario.

—Bueno, pues, medite la proposición. Nuestro Servicio le conoce bien a usted y tiene en alta estima sus dotes y sus hazañas. Y las malgasta en la Tierra, que un día habrá de perder la contienda, por un hecho puramente biológico.

—¿Un hecho biológico? —Lucky frunció el ceño—. Los sirianos, funcionario Zayon, descienden de habitantes de la Tierra.

—En efecto, pero no de todos los terrícolas; solamente de algunos, de los mejores, de aquellos que tuvieron iniciativa y fuerzas para llegar a las estrellas como colonizadores. Nosotros hemos mantenido pura nuestra estirpe; no la hemos dejado corromper por los débiles, ni por los que tuvieran gentes deficientes. Hemos eliminado de entre nosotros a los mal dotados; de manera que ahora somos una raza pura de gente fuerte, capaz y sana; mientras que la Tierra sigue constituyendo un conglomerado de enfermos y deformes.

—Hace unos momentos teníamos aquí un ejemplo: el compañero del consejero —interpuso Devoure—. El simple hecho de encontrarme en la misma habitación que él me ponía furioso y me daba náuseas... Estar con él, un simio, un metro cincuenta de parodia de ser humano, un bulto deforme...

—Es un hombre que vale más que tú, siriano —replicó Lucky pausadamente.

Devoure se levantó, el puño en alto, temblando. Zayon se lanzó hacia él precipitadamente y posó una mano sobre su hombro.

—Devoure, siéntate, por favor, y déjame continuar a mí. No es momento para querellas que no hacen al caso. —Con gesto grosero, Devoure apartó la mano que pesaba sobre su hombro; pero se sentó de todos modos. El funcionario Zayon continuó con acento formal:

—Consejero Starr, para los mundos exteriores, la Tierra es una amenaza terrible, una bomba de infrahumanidad a punto de explotar y contaminar la limpia Galaxia. No queremos que ocurra semejante calamidad; no podemos permitir que ocurra. Por eso luchamos; por una raza humana pura, compuesta de individuos bien dotados.

—Compuesta de los que ustedes considerasen bien dotados. Pero hay muchas maneras y modos de estar bien dotados. Los grandes hombres de la Tierra nacieron de padres altos y bajos, con cabezas de las más variadas formas, cutis de diferentes colores, y que hablaban multitud de idiomas. La variedad es nuestra salvación, y la de todo el género humano.

—Vamos, usted va repitiendo como un loro una lección que le enseñaron. Consejero, ¿no ve que usted es realmente uno de los nuestros? Es alto, fuerte, con el armazón de un siriano; tiene el valor y la audacia de un siriano. ¿Por qué aliarse con la escoria de la Tierra contra hombres como usted mismo, sólo a causa del accidente de haber nacido allá?

Lucky opinó:

—La conclusión final de todo eso, funcionario, es que ustedes desean que acuda a la conferencia interestelar que se celebrará en Vesta y haga declaraciones destinadas a beneficiar a Sirio.

—A beneficiar a Sirio, en efecto; pero declaraciones ciertas. Usted nos espía. Y su nave iba armada, no cabe duda.

—Pierde usted el tiempo. El señor Devoure ya discutió el asunto conmigo.

—¿Y ha estado usted de acuerdo en declararse siriano, como lo es realmente? —El rostro de Zayon se iluminaba ante tal posibilidad.

Lucky dirigió una mirada oblicua a Devoure, quien se estaba inspeccionando los nudillos con aire indiferente. Y exclamó:

—¡Vaya! El señor Devoure me ha presentado la proposición de forma muy distinta. Quizá no les avisó a ustedes más pronto de mi llegada para tener tiempo de discutir el asunto a solas conmigo y empleando sus propios métodos. En resumen, me ha dicho que yo asistiría a la conferencia bajo las condiciones de los sirianos, si no quería que mi amigo Bigman fuese mandado al espacio en una nave sin provisiones a morir de inanición.

Los dos funcionarios se volvieron con lentitud para mirar a Devoure, que se limitaba a continuar examinándose los nudillos.

Yonge habló pausadamente, con la mirada fija en Devoure:

—No entra en la tradición del Servicio...

Devoure estalló en una furiosa y repentina llamarada de cólera.

—Yo no pertenezco al Servicio y no doy dos cuartos por vuestra tradición. Estoy al mando de esta base, y soy el responsable de su seguridad. A vosotros dos os nombraron como delegados para acompañarme a la conferencia de Vesta, a fin de que el Servicio estuviera representado; pero yo he de ser el delegado jefe, y también pesa sobre mí el encargo de que la conferencia sea un éxito. Si a este terrícola no le gusta la clase de muerte que reservamos al simio que tiene por amigo, le basta con avenirse a nuestras condiciones, y las aceptará mucho antes utilizando ese estímulo que con el ofrecimiento que le hacéis de convertirle en ciudadano siriano. Y todavía os diré más. —Devoure se levantó del asiento, anduvo colérico hasta el extremo de la habitación y luego se volvió para clavar una mirada furiosa en los funcionarios de rostro glacial, que le escuchaban con un dominio perfecto de sí mismo—. Estoy cansado de vuestra interferencia. El Servicio ha tenido tiempo sobrado para hacer grandes progresos en la lucha contra la Tierra; pero presenta un historial lamentable en este sentido. Permitid que este terrícola escuche estas afirmaciones mías. Debería saber, mejor que nadie, que son ciertas. El Servicio tiene un historial desdichado, y soy yo quien ha cazado a Starr, y no el Servicio. Lo que vosotros necesitáis, caballeros, es un poco más de agallas, y eso me propongo suministraros...

En ese preciso instante un robot abrió la puerta resueltamente y advirtiendo:

—Mis amos, deben excusarme por entrar sin que ustedes me lo ordenasen; pero me han mandado que les comunicara lo siguiente respecto al amo pequeño que ha sido puesto bajo custodia...

—¡Bigman! —gritó Lucky, levantándose de un salto—. ¿Qué le ha ocurrido?

Luego que los dos robots le hubieron sacado de la habitación, Bigman se puso a meditar furiosamente. En realidad no pensaba en las maneras de escapar que pudiera tener. No era tan poco realista como para pensar que podría abrirse paso entre una horda de robots y, sin ayuda de nadie, huir de una base tan bien organizada como aquélla, aun en el caso de tener a la Shooting Starr a su disposición... cosa que no tenía.

Sus meditaciones calaban más hondo.

A Lucky le tentaban para que incurriera en un deshonor y una traición, y empleaban su vida (la de Bigman) como cebo.

Se mirase por donde se mirara, Lucky no había de verse en semejante brete. No había de salvar la vida de un amigo al precio de una traición. Y tampoco había de sacrificar al amigo y llevar el remordimiento consigo el resto de su vida.

Existía un solo medio de eliminar ambas alternativas. Bigman se enfrentó friamente con la realidad. Si él moría de una manera con la que Lucky no hubiera tenido nada que ver, el consejero no habría de sufrir reproche alguno, ni

siquiera de su propia conciencia. Y, por otra parte, nadie dispondría de la vida de Bigman como base de negociación.

Sus carceleros metieron a Bigman en un cochecito diagrávítico y se lo llevaron para otro paseo de un par de minutos.

Un par de minutos que sirvieron para cristalizar firmemente en el pensamiento todos los detalles de la operación. Había compartido con Lucky unos años felices, interesantísimos.

Unos años que habían valido por toda una vida y durante los cuales se había enfrentado varias veces con la muerte sin ningún miedo. También ahora podía enfrentarse sin miedo con ella.

Y una muerte rápida no lo sería tanto que le impidiera nivelar un poco la cuenta con Devoure. En toda la vida, nadie le había insultado de aquel modo sin recibir su merecido.

No podía morir dejando la cuenta sin saldar. El recuerdo del arrogante siriano llenaba a Bigman de una cólera tal que por un momento no habría podido decir si le movía la amistad con Lucky o el odio a Devoure.

Los robots le levantaron y sacaron del coche diagrávítico, y uno de ellos deslizó suavemente sus garras metálicas por los costados del cuerpo del marciano en un experto cacheo por si llevaba armas.

Bigman sufrió un momento de pánico y luchó inútilmente por apartar el brazo del robot.

—Ya me cachearon en la nave, antes de emprender el vuelo —bramó. Pero el robot completó su rutinaria tarea sin hacerle el menor caso.

Una vez terminada la búsqueda, le levantaron de nuevo y se dispusieron a transportarle a un edificio. Había llegado, pues, el momento. Una vez recluido en una verdadera celda, con planos de fuerza cerrándole el paso, la tarea resultaría mucho más difícil.

Bigman lanzó los pies adelante con exagerado esfuerzo y dio un salto mortal entre los dos robots. Sólo la firmeza con que éstos le sujetaban los brazos pudo impedir que diera una vuelta completa. Uno de ellos le dijo:

—Me aflige, mi amo, que se haya situado en una posición que puede resultar penosa. Si quiere permanecer inmóvil, de forma que no nos estorbe en la tarea que nos han asignado, le sujetaremos lo más levemente que podamos.

Pero Bigman pegó otra sacudida y a continuación lanzó un grito desgarrador.

—¡Mi brazo!

Los robots se arrodillaron con rapidez y lo depositaron en el suelo, tendido de espaldas.

—¿Sufre, amo?

—¡Sí, estúpidos! ¡Me habéis roto el brazo! Traed algún ser humano que sepa curar brazos rotos, o algún robot entendido en este arte.

Los robots retrocedieron lentamente, sin apartar la vista del marciano. Ellos

no tenían sentimientos; no podían tenerlos. Pero en su interior había pistas cerebrales positrónicas con orientaciones controladas por los potenciales y contrapotenciales establecidos por las Tres Leyes de la Robótica. Mientras estaban cumpliendo una de tales leyes (la Segunda), la que les obligaba a obedecer los mandatos, en este caso el de llevar a un ser humano a un lugar especificado, habían faltado a otra ley superior, la Primera, la de que jamás habrían de dañar a ningún ser humano. El resultado en sus cerebros tenía que ser una especie de caos positrónico.

Bigman gritó secamente:

—Buscad ayuda... ¡Arenas de Marte!... Buscad...

Era una orden respaldada por el poder de la Primera Ley. Un ser humano había recibido daño. Los robots se volvieron, se alejaron... y el brazo derecho de Bigman descendió raudamente hacia la bota y se metió entre la bota y la pierna. El marciano se puso en pie ágilmente con un revólver magnético calentándole la palma de la mano.

Con el ruido que hizo, uno de los robots dio media vuelta, con la voz confusa y gangosa, signo de la debilitación de los controles del confundido cerebro positrónico.

—*¡Eronce, a cuesión no era amo dolor?*

El segundo robot se volvió también.

—Llévame ante vuestros amos sirianos —mandó Bigman con acento imperativo.

Se trataba de otra orden, pero ya no venía reforzada por la Primera Ley. Al fin y al cabo, el ser humano no había sufrido ningún daño.

Esta revelación no provocó indignación ni sorpresa. Sencillamente, el robot más próximo habló, con una voz que había recobrado de pronto fuerza y seguridad:

—Puesto que su brazo no ha sufrido, en verdad, ningún daño, nos vemos obligados a cumplir la primera orden que recibimos. Haga el favor de acompañarnos.

Bigman no perdió tiempo. Su revólver magnético lanzó un destello silencioso, y la cabeza del robot se convirtió en una masa informe de metal fundido. Lo que quedaba de él se derrumbó. El segundo robot avisó:

—No le servirá de nada el destruir nuestro funcionamiento. —Y se dirigió hacia él.

La protección de uno mismo constituía la Tercera Ley, solamente. Un robot no podía negarse a cumplir una orden (Segunda Ley) sobre la base de la Tercera exclusivamente. Por lo tanto, tenía la obligación de caminar derechamente, si convenía, hacia un arma que le apuntase. Otros robots venían, además, de distintas direcciones, llamados, sin duda alguna, por un aviso enviado por radio en el mismo momento en que Bigman fingió haberse roto el brazo.

Todos se lanzarían cara a su arma; y serían bastantes los que sobrevivirían a los disparos.

Los que sobrevivirían le apresarían y le llevarían a la cárcel. Entonces no podría morir prestamente como quería, y Lucky seguiría enfrentado con la insoportable alternativa. Había una única salida. Bigman se apuntó el arma a la sien.

BIGMAN CONTRA TODOS

Bigman gritó con voz penetrante:

—Ni un paso más. Si alguno se acerca, tendré que disparar. Vosotros me habréis matado.

El marciano preparó su ánimo para apretar el gatillo. Si no podía hacer ninguna otra cosa, tendría que hacer ésta.

Pero los robots se detuvieron. Ni uno dio un solo paso. Los ojos de Bigman se movían lentamente de izquierda a derecha. Un robot estaba tendido en el suelo, decapitado, convertido en un montón inútil de metal. Otro había quedado de pie, con los brazos estirados hacia él. Todavía otro estaba a unos treinta metros, cazado con la pierna levantada.

Bigman se volvió lentamente. Un robot estaba saliendo de un edificio, y había quedado parado en el umbral. Más lejos aún, había otros.

Era como si un viento paralizador hubiera soplado sobre todos ellos al mismo tiempo, dejándolos convertidos en estatuas.

Bigman no se sorprendía de verdad. Era la Primera Ley. Todo lo demás había de quedar en segundo término: órdenes recibidas, su propia existencia... todo. No podían moverse, si el movimiento significaba acarrear algún daño a un ser humano.

—Todos los robots, menos ése —gritó Bigman, señalando el que tenía delante, y más cerca, el compañero del que había destruido—, deben marcharse. Volved a vuestras tareas anteriores y olvidaos de mí y de lo que acaba de suceder. Si alguno deja de obedecer inmediatamente, acarrearé mi muerte.

Con lo cual, todos, menos uno, tuvieron que marcharse. Esto significaba tratarles con gran rudeza, y Bigman, con rostro sombrío, se preguntaba si el potencial instalado para impulsar los positrones no sería, quizá, bastante intenso para dañar la esponja de platino iridiado que componía los delicados cerebros robóticos. Tenía la desconfianza típica de los terrícolas en los robots, y hasta deseaba que fracasasen.

Ahora se habían marchado, todos menos uno. La boca del arma seguía apuntada a la sien de Bigman, quien le indicó al robot restante:

—Llévame donde esté tu amo. —Hubiera querido emplear otra palabra; pero

¿qué entendería un robot del insulto implicado en ella? Con dificultad logró pronunciar la de « amo » —. Vamos —añadió—, ¡rápido! No permitas que ningún amo ni otro robot se crucen en nuestro camino. Tengo este revólver y lo utilizaré contra todo amo que se nos acerque, o contra mí mismo si es preciso.

El robot contestó con voz áspera, lo cual era el primer signo de mal funcionamiento positrónico, según le explicó Lucky en cierta ocasión:

—Obedeceré las órdenes. Mi amo puede estar seguro de que no haré nada que pueda dañarle, como tampoco a otro amo.

Dicho lo cual, el robot dio media vuelta y emprendió la marcha hacia el coche diagrávítico.

Bigman le siguió. Estaba semipreparado para una traición durante el camino; pero no la hubo. Un robot era una máquina que seguía unas normas de comportamiento inalterables.

Había de recordarlo. Sólo los seres humanos eran capaces de mentir y engañar. Cuando se detuvieron en la oficina de Devoure, Bigman ordenó:

—Yo esperaré en el coche. No me iré. Tú ve y dile al amo Devoure que el amo Bigman está libre y le espera. —Otra vez luchó con tentación, y esta vez sucumbió. Estaba demasiado cerca de Devoure para resistir con éxito. Agregó—: Dile que traiga aquí su corpachón cargado de grasa. Dile que puede enfrentarse conmigo con revólver magnético, o con los puños; tanto me da lo uno como lo otro. Dile que si tiene el corazón demasiado flojo para combatir de una de estas dos maneras, iré yo allí y me liaré a puntapiés con él desde aquí hasta Marte.

Sten Devoure miraba incrédulo al robot, el moreno rostro contraído en una expresión adusta y los enfurecidos ojos atisbando desde debajo de unas cejas unidas.

—¿Quieres decir que está ahí fuera, en libertad? ¿Y armado? —Devoure miró a los dos funcionarios, que le devolvieron la mirada con pasmado asombro.

En voz baja, Lucky murmuró: « ¡Gran Galaxia! El indomable Bigman lo echará todo a perder... incluso su propia vida ».

El funcionario Zayon se puso en pie trabajosamente.

—Bien, Devoure, no creerás que el robot miente, ¿verdad que no? —Dicho lo cual fue hasta el teléfono de la pared y marcó la combinación de emergencia—. Si tenemos en la base un terrícola armado y decidido, será mejor que entremos en acción.

—Pero ¿cómo es posible que esté armado? —Devoure no había desterrado todavía las huellas de la confusión; pero ahora se dirigía hacia la puerta. Lucky le seguía; el siriano dio media vuelta inmediatamente—. Atrás, Starr.

Ahora Devoure se dirigía al robot:

—Quédate con este terrestre. No ha de dejar este edificio bajo ninguna

circunstancia.

Y en ese momento pareció haber llegado a una decisión. Salíó precipitadamente de la estancia, empuñando un pesado desintegrador. Zayon y Yonge titubeaban; echaron una rápida mirada a Lucky; luego al robot, tomaron su propia decisión y siguieron a Devoure.

Delante de las oficinas de Devoure se abría un terreno amplio, en la luz artificial que reproducía el tono azulado de Sirio. Bigman estaba solo en el centro, y a una distancia de unos cien metros había cinco robots. Otros se acercaban desde otra dirección.

—Venid y coged eso —rugió Devoure, haciendo un ademán a los robots más cercanos y señalando a Bigman.

—No se acercarán ni un paso más —bramó el marciano—. Si dan un solo paso hacia mí te sacaré el corazón, en llamas, fuera del pecho, y ellos saben que lo haré. Al menos no pueden exponerse a que lo haga. —Y continuó en su puesto con aire desenvuelto y burlón.

Devoure se sonrojó y levantó el desintegrador.

Bigman barbotó:

—No te lastimes con ese aparatito. Lo tienes demasiado arrimado a tu cuerpo.

Su codo derecho descansaba en la palma de su mano izquierda. Mientras hablaba cerraba levemente la mano derecha, y de la boca del revólver, sobresaliendo apenas entre el dedo del corazón y el anular, un chorro de deuterio salió pulsando bajo la dirección de un campo magnético establecido instantáneamente. Se precisaba una habilidad extraordinaria para situar correctamente el pulgar y apretar con la fuerza precisa; pero Bigman la poseía.

Ningún otro hombre, en todo el Sistema, le aventajaba.

La punta del cañón del desintegrador de Devoure se convirtió en una centella brillante.

Devoure dio un alarido de sorpresa y soltó el arma.

Bigman levantó la voz:

—No sé quiénes son ustedes, esos dos amiguitos nuevos; pero si alguno hace el menor movimiento que me incline a pensar que esconde un desintegrador, habrá llegado al final, y jamás acabará de completar dicho movimiento.

Todos se quedaron quietos. Por fin, Yonge preguntó muy cuidadosamente:

—¿Cómo es que va armado?

—Un robot —contestó Bigman—, no es más listo que el tipo que lo gobierna. Los robots que me cachearon en la nave y fuera de ella, aquí, habían recibido instrucciones de alguien que no sabe que un marciano utiliza las botas para algo más que para meter las piernas dentro.

—¿Y cómo ha escapado de los robots?

—He tenido que destruir uno —respondió fríamente Bigman.

—¿Usted ha destruido un robot? —Una sacudida eléctrica de horror estremeció a los tres sirianos.

Bigman notó que la tensión iba en aumento. No le inquietaban los robots parados por todo su alrededor, sino el hecho de que en cualquier instante podía aparecer otro ser humano siriano y dispararle por la espalda desde una distancia prudencial.

El punto medio entre los omoplatos le cosquilleaba, mientras esperaba el disparo. No, sería como una llamarada. No la sentiría siquiera.

Y con ello habrían perdido el poder que tenían sobre Lucky y, muerto o no, él, Bigman, habría vencido.

Sólo que, primero, quería poder entenderse con Devoure, con aquel cobarde granuja siriano que había estado sentado frente a él, al otro lado de la mesa, y le había dicho cosas que ningún hombre del universo podía decirle y quedar en pie.

Bigman anunció:

—Podría matarles a todos. ¿Hacemos un arreglo?

—Usted no disparará contra nosotros —aseguró tranquilamente el funcionario Yonge—. El disparar significaría, simplemente, que un terrícola abrió hostilidades en un planeta siriano. Podría significar la guerra.

—Además —rugió Devoure— si nos ataca, su misma acción dejará en libertad a los robots; los cuales se inclinarán por defender a tres seres humanos, mejor que a uno solo. Arroje esa arma innecesaria y vuelva a ponerse bajo custodia.

—Muy bien, alejen a los robots, y me rendiré.

—Los robots se encargarán de usted —afirmó Devoure. E hizo ademán de volverse despreocupadamente hacia los otros dos sirianos—. La piel me cosquillea de tener que hablar a ese humanoide deforme.

El revólver magnético de Bigman volvió a despedir su rayo, de tal modo que la esfera de fuego estalló a treinta centímetros de los ojos de Devoure.

—Vuelva a pronunciar una frase parecida, y le dejo ciego para siempre. Si los robots se mueven lo más mínimo ustedes tres se largan de esta vida, antes que ellos hayan llegado aquí. Es posible que el episodio desate la guerra; pero ustedes tres no estarán aquí para enterarse. Ordenen a los robots que se vayan, y yo me entregaré a Devoure, si es capaz de cogerme. Echaré mi arma a uno de ustedes dos, y me rendiré.

Zayon aceptó en tono severo:

—Parece una solución razonable, Devoure.

Devoure todavía se estaba frotando los ojos.

—Cogedle el arma, pues. Acercaos a él y cogedla.

—Esperen —agregó Bigman—. No se muevan aún. Deben darme palabra de honor de que no me matarán de un disparo ni me entregarán a los robots. Tiene

que cogerme Devoure.

—¿Mi palabra de honor a ti? —estalló Devoure.

—Sí, a mí. Pero no la de usted. La palabra de honor de uno de los otros dos. Llevan el uniforme del Servicio Espacial Siriano, y aceptaré su palabra. Si les entrego mi revólver magnético, ¿se mantendrán al margen y dejarán que usted, Devoure, venga a cogerme sin otra arma que sus manos?

—Le doy mi palabra de honor —convino Zayon.

—Yo también —añadió Yonge.

—¿Qué es eso? —protestó Devoure—. No tengo intención de tocar a esa criatura.

—¿Tiene miedo? —preguntó afablemente Bigman—. ¿Soy demasiado corpulento para usted, Devoure? Usted me ha insultado. ¿Quiere poner los músculos donde ha puesto la cobarde boca? Ahí va mi arma, funcionarios.

El marciano tiró el arma a Zayon; el cual la cogió al vuelo limpiamente. Bigman aguardaba.

¿La muerte, ahora?

Pero Zayon se puso el revólver en el bolsillo.

—¡Robots! —llamó Devoure.

Pero Zayon ordenó, con el mismo vigor:

—¡Dejadnos, robots! —Y dirigiéndose a Devoure, añadió—: Tiene nuestra palabra de honor. Habrás de cogerle y ponerle bajo custodia por tus propios medios.

—¿O soy yo quien va a por usted? —gritó Bigman con voz de escarnio.

Devoure hizo una mueca horrible, pero silenciosa, y arrancó a grandes zancadas hacia Bigman. El marciano aguardaba, ligeramente agachado, luego dio un corto paso lateral para esquivar el brazo que se disparaba hacia él y saltó como un muelle muy comprimido.

El puño del marciano dio en el rostro del otro con el choque sordo de un martillo pegando contra una col, y Devoure retrocedió unos pasos, tambaleándose y cayendo sentado en el suelo. Sus ojos contemplaban a Bigman atónitos de sorpresa. Tenía la mejilla derecha encendida y un hilillo de sangre manaba de la comisura de los labios. Devoure se llevó un dedo a la herida, lo retiró y contempló la sangre con una incredulidad casi cómica.

—Ese terrícola tiene más talla de la que aparenta —aseguró Yonge.

—Yo no soy terrícola, sino marciano —protestó Bigman—. Levántese, Devoure. ¿O acaso es demasiado blando? ¿No es capaz de nada, sin robots que le ayuden? ¿Acaso le limpian la boquita, cuando ha terminado de comer?

Devoure emitió un alarido ronco y se levantó prestamente; pero no se precipitó hacia Bigman, sino que se puso a dar vueltas a su alrededor, respirando con fuerza y contemplándole con ojos inflamados.

Bigman giraba también, observando aquel cuerpo jadeante, ablandado por la

molicie y la ayuda de los robots y se fijaba especialmente en los brazos, huérfanos de pericia, y en las torpes piernas. Bigman daba por seguro que el siriano no había combatido nunca a puñetazo limpio.

El marciano volvió al ataque, cogió al otro por el brazo con movimiento seguro y repentino y se lo retorció. Devoure soltó un aullido y cayó de bruces.

Bigman se apartó unos pasos.

—¿Qué ocurre? ¡Si yo no soy un hombre; solamente un objeto! ¿Qué le inquieta?

Devoure levantó la vista hacia los dos funcionarios con un brillo mortífero en los ojos. En seguida se incorporó de rodillas y soltó unos gemidos, al mismo tiempo que se llevaba una mano al costado, en el punto que había chocado contra el suelo.

Los dos sirianos no movieron pie ni mano para ayudarlo. Ambos miraban estólidamente, mientras Bigman lo derribaba una y otra vez. Finalmente, Zayon dio un paso, y habló:

—Marciano, si continúa así, le lesionará gravemente. Hemos convenido en que Devoure tenía que cogerle a usted sin más ayuda que la de sus manos; y en realidad yo creo que usted ha conseguido ya lo que quería al cerrar el trato. Se terminó, pues. Ahora entréguese a mí pacíficamente, o tendré que utilizar el arma.

Pero Devoure, que jadeaba ruidosamente, exclamó:

—Apártate, apártate, Zayon. Es demasiado tarde para eso. Apártate, te digo. —Y a continuación gritó con agudo alarido—: ¡Robots! ¡Venid aquí!

Zayon interpuso:

—Se entregará a mí.

—No hay rendición —cortó Devoure, con el hinchado rostro contorsionado por el dolor físico y el furor más inflamado—. No hay rendición. Demasiado tarde para eso... Tú, robot, el de más cerca... No me importa qué número de serie tengas... tú. Coge eso... coge esa cosa. —La voz se le elevó hasta un chillido al señalar a Bigman—. ¡Destrúyela! ¡Rómpe! ¡Destroza sus piezas una por una!

—¡Devoure! —gritó Yonge—. ¿Estás loco? Un robot no puede hacer nada semejante.

El robot continuaba inmóvil. No había dado ni un paso. Devoure vociferó:

—Tú no puedes dañar a un ser humano, robot. Ni yo te pido que lo dañes. Pero eso no es un ser humano.

El robot se volvió para mirar a Bigman. Éste se puso a gritar:

—No lo creará. Usted puede considerar que no soy humano; pero un robot tiene mejor criterio.

—Míralo, robot —insistió Devoure—. Habla y tiene forma humana; pero lo mismo sucede contigo, y no eres humano. Puedo demostrarte que él tampoco lo

es. ¿Has visto jamás a un ser humano adulto tan pequeño? Esto te demuestra que no es humano. Es un animal y me está... me está haciendo daño. Debes destruirlo.

—Corre a ver a mamá robot —chilló Bigman en son de burla.

Pero el robot dio el primer paso hacia él.

Yonge dio un paso al frente y se situó entre el robot y Bigman.

—No puedo tolerarlo, Devoure. Un robot no debe cometer semejante acción; aunque no sea por otro motivo que el de que la tensión del potencial necesario lo arruinaría.

Pero Devoure replicó en un susurro áspero:

—Tengo mando sobre ti. Si mueves un dedo siquiera para detenerme, haré que mañana mismo te expulsen del Servicio.

La costumbre de obedecer tenía una fuerza enorme. Yonge retrocedió; pero en su rostro apareció una expresión de pena y horror indecibles.

El robot se movía con más rapidez. Bigman retrocedió un paso, cautelosamente, y dijo:

—Soy un ser humano.

—No es humano —gritó Devoure como un loco—. No es humano. Rómpelo pieza por pieza. Lentamente.

Un escalofrío recorrió el ser de Bigman y le dejó la boca seca. No había contado con esto.

Una muerte rápida, sí; pero esto...

No había espacio para retroceder y, habiendo entregado el revólver no le quedaba escapatoria. Otros robots se habían acercado por detrás, y todos habían escuchado las palabras de que él no era un ser humano.

RENDICIÓN

El rostro, hinchado y magullado, de Devoure lucía una sonrisa. Debía de dolerle el sonreír, porque tenía un labio partido y se lo limpiaba distraídamente con el pañuelo; pero conservaba la mirada fija en el robot que se acercaba a Bigman, y no parecía darse cuenta de nada más.

Al marciano no le quedaban sino otro par de metros de terreno para retirarse, y Devoure no hacía nada en absoluto por acelerar los movimientos del robot que se le acercaba, ni por apresurar a los que venían por detrás.

Yonge exclamó:

—Por el honor de Sirio, Devoure, no hay necesidad de recurrir a eso.

—Nada de comentarios, Yonge —replicó Devoure con voz seca—. Ese humanoide ha destruido un robot y es probable que haya estropeado otros. Debemos proceder a comprobaciones sobre todos los robots afectados por la visión de la violencia empleada por él. Merece la muerte.

Zayon quiso posar una mano tranquilizadora sobre Yonge; pero éste la rechazó de una sacudida, y continuó:

—¿La muerte? Muy bien. Entonces, mándalo a Sirio y hazle juzgar y ejecutar de acuerdo con los procesos de la ley. O monta un juicio aquí en la base, y haz que le desintegren decentemente. Esto no es una ejecución. Por el simple hecho de...

Devoure gritó con furia repentina:

—¡Basta ya! Te has interpuesto demasiado a menudo. Quedas detenido. Zayon, coge su desintegrador y arrójamelos. —Y se volvió brevemente, lamentando haber de apartar los ojos de Bigman siquiera por un momento—. Quitaselo, Zayon, o ¡por todos los diablos del espacio!, te destruiré a ti también.

Con un ceño amargado, y en silencio, Zayon levantó la mano hacia Yonge. Éste titubeaba; sus dedos se curvaban sobre la culata del desintegrador, semiapuntándolo de cólera.

Zayon susurró en tono apremiante:

—No, Yonge, no le des esta excusa. Cuando le haya pasado la locura, te levantará el arresto. Tendrá que hacerlo.

—¡Quiero ese desintegrador! —gritó Devoure.

Yonge lo sacó de la funda con mano temblorosa y lo arrojó a Zayon, con la culata por delante. Éste lo echó a los pies de Devoure, el cual lo recogió del suelo.

Bigman, que había guardado un silencio angustiado, buscando inútilmente la ocasión de escapar, de huir de allí, gritó con fuerza:

—No me toques, soy un amo. —En el momento en que la monstruosa mano del robot se cerraba alrededor de su muñeca.

Por un momento, el robot titubeó; luego cerró la mano con más fuerza todavía. La otra fue a sujetar el codo de Bigman. Devoure reía con carcajada aguda, estridente.

Yonge volvió la cabeza y murmuró con voz ahogada:

—Al menos no es preciso que contemple este crimen cobarde. —Con lo cual no vio lo que sucedía a continuación.

Haciendo un gran esfuerzo, Lucky permaneció quieto después de haberse marchado los tres sirianos. Desde un punto de vista puramente físico, no tenía la menor posibilidad de vencer al robot, sin otra arma que sus manos. Era de presumir que en algún punto del edificio hubiera, quizás, un arma que pudiese servirle para destruirlo; entonces podría salir, y hasta existía la posibilidad de que pudiera disparar contra los tres sirianos y abatirlos.

Pero carecería de medios para salir de Titán, y tampoco podría vencer a toda la base entera.

Peor todavía, si le mataban (y al final le matarían) los objetivos profundos que perseguía se habrían malogrado, y no podía correr ese albur.

—¿Qué le ha ocurrido al amo Bigman? —le preguntó al robot—. Dime lo fundamental, rápidamente.

El robot obedeció, y Lucky escuchó con tensa y penosa atención. Se fijaba en el balbuceo y el tartamudeo ocasionales en que incurría la máquina, en la aspereza de la voz al describir cómo Bigman había forzado por dos veces a los robots fingiendo que habían lesionado a un ser humano, o amenazado con que iban a lesionarlo.

Lucky gemía por dentro. Un robot muerto. La fuerza de la ley siriana caería con todo su peso sobre Bigman. Lucky sabía bastante de la cultura siriana y de la consideración que les merecían los robots para saber que no se aceptaría circunstancias atenuantes para un roboticidio.

¿Cómo salvar ahora al impulsivo Bigman?

Lucky recordaba el desganado intento que hizo por que Bigman se quedara en Mimas. No es que previese exactamente lo sucedido; pero sí que tuvo miedo del mal genio de Bigman en las delicadas circunstancias en que se encontraban. Hubiera debido insistir en que Bigman se quedase allá... Pero ¿de qué le servía ahora el recordarlo? Y hasta mientras iba pensando esto se daba cuenta de que necesitaba la compañía de Bigman.

Siendo así, tenía que salvarlo. Fuera como fuese, tenía que salvarlo.

Lucky se encaminó prestamente hacia la salida; pero el robot se cruzó estólidamente en su camino.

—*Segú mi istrcciones, amo no debe abandona este edificio bajo ninguna circustacia.*

—No abandono el edificio —respondió Lucky en tono seco—, me acerco a la puerta, únicamente. No te dieron instrucciones de que me lo impidieras.

El robot guardó silencio un momento. Luego repitió:

—*Segú mi istrccione, el amo no debe sali bajo ninguna circustacia.*

Desesperadamente, Lucky intentó apartar al robot, fue cogido, inmovilizado y devuelto a su puesto.

Lucky se mordía el labio con impaciencia. Un robot entero, se decía, habría interpretado las instrucciones recibidas con espíritu abierto. Éste, en cambio, estaba averiado, y había quedado reducido a la más escueta esencia del entendimiento robótico.

Pero él debía de ver a Bigman. Giró rápidamente hacia la mesa de conferencias. En su centro había un reproductor de imágenes tridimensional. Devoure lo utilizaba cuando los dos funcionarios le llamaron.

—¡Tú, robot! —gritó Lucky. La máquina se acercó pesadamente a la mesa. Lucky le preguntó:

—¿Cómo funciona este reproductor de imágenes?

El robot iba despacio. El habla seguía estropeándosele.

—*Los mado está en el tercé escodrijo.*

—¿Qué escondrijo?

El robot se lo enseñó, haciendo resbalar torpemente un panel hacia un costado.

—Muy bien —afirmó Lucky—. ¿Puedo enfocar el área de delante mismo de este edificio? Enséñame. Enfócala.

Y se hizo a un lado. El robot se afanaba, tentando los botones.

—Ya está, amo.

—Déjame ver, pues.

El área exterior aparecía en pequeñas dimensiones sobre la mesa; las figuras de los hombres parecían más pequeñas todavía. El robot se había apartado y miraba estúpidamente hacia otra parte.

Lucky no volvió a llamarle. No se oía ningún sonido; pero mientras tanteaba por encontrar el mando correspondiente, la lucha que tenía lugar fuera cautivó su atención. Devoure combatía con Bigman. ¡Combatir con Bigman!

¿Cómo había podido persuadir el diablillo a los dos funcionarios de que se mantuvieran al margen y permitiesen que se trabase la lucha? Porque, naturalmente, Bigman estaba haciendo trizas a su enemigo. El hecho no le causaba ninguna alegría a Lucky.

La aventura sólo podía desembocar en la muerte de Bigman, y Lucky

comprendía que el marciano se daba cuenta de ello y no le importaba. Su amigo era capaz de cortejar a una muerte segura, de correr cualquier riesgo, para vengar un insulto... Ah, en ese momento uno de los dos funcionarios interrumpía la lucha.

En este instante, Lucky encontró el control de sonido. Las palabras salían disparadas del reproductor de imágenes: la frenética llamada de Devoure a los robots y el estentóreo mandato de que despedazasen a Bigman.

Por una fracción de segundo, Lucky no estuvo seguro de haber oído bien; luego golpeó la mesa desesperadamente con ambos puños y se revolvió como un loco.

Debía de salir fuera; pero ¿cómo?

Allí estaba él, a solas con un robot que contenía un solo mandato zumbando en lo que quedaba de las pistas de su cerebro positrónico: el de mantenerle inmovilizado costara lo que costase.

¡Gran Galaxia! ¿No había nada que pudiera tener prioridad sobre aquel mandato? Carecía incluso de un arma con la que amenazar que iba a suicidarse, o con la que destruir al robot.

Sus ojos se posaron en el teléfono de la pared. Al último que había visto junto al aparato fue a Zayon, quien mencionó algo sobre una emergencia, cuando vino la noticia referente a Bigman.

—Robot, aprisa —ordenó Lucky—. ¿Qué ha ocurrido aquí?

El robot se acercó, observó la reluciente combinación de pulsadores rojo pálido, y habló con una lentitud desesperante:

—*Un amo ha idicado todo robot preparase estació batalla.*

—¿Cómo indicaría que todos los robots han de dirigirse a las estaciones de batalla inmediatamente? ¿Y dejando a un lado los demás mandatos del momento?

El robot le miró fijamente. Lucky, casi en un acceso de frenesí, le cogió la mano y se la sacudió.

—Dímelo. Dímelo.

¿Le entendía aquella máquina? ¿O era que las arruinadas pistas de su cerebro conservaban impreso en ellas un resto de las instrucciones que le prohibían dar esta información?

—¡Dímelo! O hazlo tú, hazlo tú.

El robot, sin hablar, levantó un dedo hacia el aparato con movimiento irregular y desprendió muy despacio dos botones de mando. Luego el dedo se apartó unos tres centímetros y se detuvo.

—¿Ya está? ¿Has hecho todo lo que había que hacer? —preguntó Lucky desesperado.

Pero el robot se limitó a dar media vuelta y, con paso desigual, arrastrando visiblemente una pierna, se dirigió hacia la puerta y salió al exterior.

Con unas zancadas que devoraron el espacio Lucky echó a correr tras él, salió del edificio y cruzó el centenar de metros que le separaban de Bigman y los tres sirianos.

Yonge, que se había apartado con horror de lo que esperaba sería la destrucción, por un procedimiento que helaría la sangre, de un ser humano, no oyó el alarido de dolor que esperaba. En lugar de este alarido, escuchó un gemido de sorpresa de Zayon y un grito salvaje de Devoure.

Yonge se volvió. El robot que había estado sujetando a Bigman ya no le sujetaba, sino que se alejaba corriendo pesadamente. Todos los robots que había a la vista marchaban a la carrera.

Y ahora, fuera como fuese, el terrícola Lucky Starr se encontraba al lado de Bigman.

Lucky se inclinaba sobre Bigman, y el pequeño marciano se frotaba el brazo izquierdo vigorosamente, sacudiendo la cabeza. Yonge oyó que decía:

—Un minuto más, Lucky, sólo un minuto más y...

Devoure gritaba con voz ronca, pero inútilmente, a los robots, cuando he ahí que una instalación de altavoces llenó súbitamente el aire con el clamor de:

—COMANDANTE DEVOURE, INSTRUCCIONES, POR FAVOR. NUESTROS INSTRUMENTOS NO DAN SIGNO ALGUNO DE NINGUN ENEMIGO. EXPLIQUE LA ORDEN DE LAS ESTACIONES DE BATALLA, COMANDANTE DEVOURE...

—Estaciones de batalla —murmuró Devoure—. No es extraño que los robots... —Sus ojos se posaron en Lucky—: Usted ha sido el autor.

Lucky hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, señor.

Devoure apretó los hinchados labios, y luego gritó bruscamente:

—¡El consejero listo y lleno de recursos! Ha salvado a su mico, por el momento. —Su desintegrador apuntaba firmemente al vientre de Lucky—. Entrad en mi oficina. Todos. Tú también, Zayon. Todos.

El receptor de imagen de la mesa zumbaba locamente. Era evidente que, los confundidos subordinados habían recurrido a los altavoces al no haber encontrado a Devoure en la oficina.

Devoure conectó el sonido, pero anuló la imagen.

—Anulen la orden relativa a las estaciones de batalla —ladró—. Fue un error.

El hombre del otro extremo de la línea tartamudeó algo, y Devoure continuó vivamente:

—No le pasa nada anormal a la imagen. Haz correr la noticia. Todo el mundo a las tareas de costumbre. —Pero casi contra su voluntad la mano se le mantenía entre el rostro y el lugar donde había de estar la imagen, como si temiera que, por algún extraño medio, el otro pudiera establecer la visión, darse cuenta del estado a que quedara reducido su rostro... y preguntarse cómo había sido.

Las aletas de la nariz de Yonge se dilataban ante aquel cuadro, mientras se frotaba lentamente la cicatriz del antebrazo.

Devoure se sentó.

—Los demás, quedaos en pie —ordenó, fijando una mirada hosca en una faz tras otra—. Ese marciano morirá, quizá no a manos de un robot ni en una nave espacial sin dotaciones. Imaginaré algo; y si tú crees haberle salvado, terrícola, puedes dar por seguro que se me ocurrirá algo más divertido todavía. Poseo una imaginación excelente.

—Exijo que se le trate como prisionero de guerra —replicó Lucky.

—No hay guerra —declaró Devoure—. Es un espía. Merece la muerte. Es un robotocida. Merece la muerte por partida doble. —De pronto, le tembló la voz—. Ha levantado la mano contra mí. Merece una docena de muertes.

—Compraré a mi amigo —dijo Lucky en un murmullo.

—No está en venta.

—Puedo pagar un precio elevado.

—¿Cómo? —Devoure sonreía con una sonrisa feroz—. ¿Atestiguando en la conferencia como se le ha pedido? Es demasiado tarde para eso. No basta.

—Eso no podría hacerlo en ningún caso —aseguró Lucky—. No mentiré contra la Tierra; pero hay una verdad que puedo decir; una verdad que ustedes no saben.

—No negocies con él, Lucky —pidió vivamente el marciano.

—El monito tiene razón —rió Devoure—. No negocie. Nada de lo que pueda decirme le rescatará. No lo vendería ni aunque me pusieran a cambio toda la Tierra en la mano.

Yonge le interrumpió en tono vivo:

—Yo le cambiaría por mucho menos. Escucha al consejero. La información que poseen puede valer tanto como sus vidas.

—No me provoques —barbotó Devoure—. Estás bajo arresto.

Pero Yonge levantó una silla y la dejó caer con estrépito.

—Te desafío a que me arrestes. Soy funcionario. No puedes ejecutarme sin formación de causa. No te atreverás a ello, por mucho que te provoque. Debes guardarme para un juicio. Y en un juicio tendré muchas cosas que decir.

—¿Por ejemplo? —inquirió Devoure con desprecio.

Toda la aversión del anciano funcionario por el joven aristócrata salió a la superficie de pronto.

—Por ejemplo, lo que ha ocurrido hoy; de qué modo un terrícola de metro y medio nada más te hacía pedazos y como Zayon ha tenido que intervenir para salvarte la vida. Zayon será testigo. Todos los hombres de la base, del primero al último, recordarán que a partir de la fecha de hoy te has pasado muchos días sin atreverte a que te vieran la cara... ¿O acaso tendrás el valor de dejar que te vean el rostro destrozado antes de que sane?

—¡Cállate!

—Puedo callarme. No tengo necesidad de decir nada... siempre que dejes de subordinar el bien de Sirio a tus odios personales. Escucha lo que el consejero tenga que decirte. —Volviéndose a Lucky, prometió—: Le garantizo un trato justo.

Bigman se interpuso, con una voccecita muy aguda:

—¿Qué trato justo? Una mañana usted y Zayon se despertarán y se verán muertos por accidente. Devoure lo sentirá muchísimo y les enviará cargamentos de flores; sólo que entonces no habrá nadie que explique que necesita robots para esconderse detrás de ellos cuando un marciano va a la caza de su cochino pellejo. Entonces nosotros tendremos que sujetarnos a lo que se le antoje. Luego, ¿por qué negociar?

—No sucederá nada parecido —aseguró Yonge muy serio—, porque yo confiaré la historia entera a un robot que antes de una hora habrá salido de aquí. Devoure no sabrá a cuál, ni podrá descubrirlo. Si Zayon o yo fallecemos, y no es de muerte natural, la historia será dada, por entero, a los subetéreos públicos; de lo contrario, no. Me atrevo a pensar que Devoure estará muy ansioso por qué no nos pase nada, ni a Zayon ni a mí.

Zayon meneó la cabeza.

—Esto no me gusta, Yonge.

—Tendrá que gustarte, Zayon. Has visto cómo le sacudían. ¿Crees que no te haría pasar por lo peor, si no tomaras precauciones? Vamos, ya estoy cansado de sacrificar el honor del Servicio en aras del sobrino del director.

Zayon habló con voz triste:

—Bien, ¿qué informaciones nos da, consejero Starr?

Lucky respondió en voz baja:

—Se trata de algo más que una información. Se trata de una rendición. Hay otro consejero en lo que ustedes llaman territorio siriano. Convengan en tratar a mi amigo como prisionero de guerra y en salvar su vida olvidándose del incidente robotocida, y yo les llevaré dónde está ese otro consejero.

PRELUDIO PARA VESTA

Bigman, quien había estado seguro hasta el final de que Lucky escondía algo en la manga, quedó espantado.

—¡No, Lucky, no! —gimió con el corazón partido de dolor—. ¡No! No quiero que me arranques de sus garras a este precio.

Devoure estaba francamente asombrado.

—¿Dónde? Ninguna nave habría podido atravesar nuestras defensas. Eso es mentira.

—Yo les llevaré donde está el hombre —repitió Lucky con voz cansada—, si llegamos a un acuerdo.

—¡Espacios! —gruñó Yonge—. Trato hecho.

—Espera —le interrumpió Devoure enojado—. Confieso que esto podría tener mucho valor para nosotros; pero ¿sugiere, Starr, que declarará abiertamente en la conferencia de Vesta que ese otro consejero invadió nuestro territorio y que él, Starr, reveló voluntariamente su escondite?

—Es la verdad —contestó Lucky—. Así lo declararé.

—¿Palabra de honor de consejero? —Devoure se mofó.

—He dicho que lo declararé.

—Bueno, pues —aceptó Devoure—, puesto que nuestros funcionarios lo quieren así, podéis conservar vuestras vidas a cambio. —De pronto sus ojos despidieron chispas de furor—. En Mimas —dedujo—. ¿No es verdad, consejero? ¿En Mimas?

—En efecto.

—¡Por Sirio! —Devoure se puso en pie, llevado por la agitación—. Casi se nos pasa por alto. Y tampoco se les ocurrió a los del Servicio.

Zayon preguntó, después de meditar:

—¿En Mimas?

—El Servicio todavía no lo capta —exclamó Devoure con ceño maligno—. Es evidente; en la Shooting Starr iban tres hombres. Los tres entraron en Mimas; dos volvieron a salir; el otro se quedó allá. Era tu informe, Yonge, creo, el que hacía hincapié en que Starr siempre trabajaba en compañía de su amigo, formando pareja.

—Él siempre había actuado así —observó Yonge.

—¿Y no te quedaba agilidad suficiente para considerar que podía haber un tercero? Iremos a Mimas —Devoure parecía haber olvidado la loca pasión de la venganza, arrastrado por esta nueva circunstancia, hasta el punto de haber recobrado casi la ironía burlona de que hacía gala cuando los dos amigos aterrizaron en Titán—. ¿Y usted nos concederá el placer de su compañía, consejero?

—Ciertamente, señor Devoure —respondió Lucky.

Bigman se apartó, desviando el rostro. Creía sentirse peor ahora incluso que en aquel último momento de avance robótico, cuando los miembros de metal le rodeaban el brazo, prestos a destrozárselo.

La Shooting Starr estaba en el espacio de nuevo, pero no como una nave independiente. Iba apresada por un firme arpón magnético y se movía según los impulsos de los motores de la nave siriana que la acompañaba.

El viaje de Titán a Mimas duró casi dos días enteros, y fue un tiempo de angustias para Lucky; fueron horas amargas, de zozobra.

Echaba de menos a Bigman, a quien habían separado de su lado, poniéndolo en la nave siriana. Devoure había hecho notar que, viajando en naves distintas, cada uno servía de rehén y garantía de la buena conducta del otro.

El otro pasajero de la nave era el funcionario siriano Harrig Zayon, que se mostraba adusto.

Zayon no incurrió nuevamente en el intento de convertir a Lucky Starr al bando siriano.

Lucky no pudo resistir la tentación de pasar a la ofensiva sobre el asunto. Y preguntó si, a los ojos de Zayon, Devoure constituía un ejemplo de la superioridad de los seres humanos que habitaban los planetas sirianos.

Zayon respondió con renuencia:

—Devoure no se ha beneficiado del entrenamiento y la disciplina del Servicio. Es un emotivo.

—Yonge, su colega, parece considerar que se trata de algo más. No guarda en secreto la mala opinión que le merece Devoure.

—Yonge es... es un representante de una visión extremista entre los funcionarios. La cicatriz del brazo le viene de unos trastornos internos que se produjeron al subir al poder el director actual del Cuerpo Central.

—¿El tío de Devoure?

—Sí. El Servicio estaba de parte del director anterior, y Yonge obedeció las órdenes con el honor de un funcionario. A consecuencia de ello, bajo el régimen actual, a la hora del ascenso le han dejado de lado. Ah, sí, lo han enviado aquí, destinándolo al comité que representará a Sirio en Vesta; pero en realidad está

bajo las órdenes de Devoure.

—El sobrino del director.

—Sí. Y a Yonge le irrita. No sabe resignarse y comprender que el Servicio es un órgano del Estado y no pone en tela de juicio la política que el Estado siga, ni tiene nada que ver acerca de qué individuo o qué grupo debe gobernarlo. Por todo lo demás, es un funcionario excelente.

—Pero usted no ha contestado la pregunta de si considera a Devoure un representante satisfactorio de la clase distinguida siriana.

—¿Qué me dice de su Tierra? —replicó Zayon enojado—. ¿No ha tenido nunca gobernantes censurables? ¿O hasta malvados?

—Bastantes —concedió Lucky—, pero nosotros, en la Tierra, somos una mezcla heterogénea; diferimos. Ningún gobernante permanece mucho tiempo en el poder si no representa un compromiso entre nosotros. Los gobernantes que pactan quizá no sean dinámicos, pero tampoco son tiranos. En Sirio ha cultivado una identidad entre ustedes, y un gobernante puede llegar a medidas extremas, valiéndose de esa misma identidad. Por este motivo entre ustedes, la autocracia y la fuerza no son un entreacto excepcional, en política, como lo son en la Tierra, sino la norma general.

Zayon suspiró, pero transcurrieron varias horas sin que volviera a hablar con Lucky. No lo hizo hasta que Mimas se veía muy grande en la pantalla visora y disminuirían ya la marcha para aterrizar.

—Dígame, consejero —solicitó Zayon—. Se lo pregunto bajo su palabra de honor. ¿Nos está jugando alguna treta?

Lucky sintió un peso en el estómago pero preguntó con mucha calma:

—¿Qué entiende usted por una treta?

—¿Está realmente un consejero en Mimas?

—Sí, está. ¿Qué esperaba? ¿Que yo tuviera en Mimas un nudo de fuerza escondido con el propósito de que nos hiciera estallar y nos devolviera a la nada?

—Algo así, quizá.

—Y, ¿qué ganaría yo? ¿La destrucción de una nave siriana y de una docena de sirianos?

—Ganaría su honor.

Lucky se encogió de hombros.

—Hice un trato. Ahí abajo tenemos a un consejero. Yo iré a buscarle, y no habrá resistencia.

Zayon movió la cabeza asintiendo.

—Muy bien. Me figuro que usted no serviría para siriano, después de todo. Será mejor que continúe siendo terrestre.

Lucky sonrió con amargura. He ahí, pues, de dónde nacía el malhumor de Zayon. Su rígido sentido del honor propio de un funcionario, se revolvía contra la conducta de Lucky, aun creyendo que beneficiaba a Sirio.

Allá en Port Center, Ciudad Internacional, en la Tierra, el consejero jefe Héctor Conway esperaba el momento de partir para Vesta. No había tenido noticias directas de Lucky desde que la Shooting Starr se escondiera a la sombra de Hidalgo.

La cápsula traída por el capitán Bernold fue bastante concreta en su breve estilo y ostentaba el sello del estricto sentido común habitual en Lucky. La única salida habría consistido en convocar una conferencia. El presidente lo había comprendido así al momento, y aunque algunos miembros del gabinete se mostraban belicosos ante la situación, habían quedado en minoría.

Hasta Sirio, tal como Lucky había predicho, aceptó la idea con entusiasmo. Era, innegablemente, lo que el Gobierno siriano necesitaba, ni más ni menos; una conferencia que había de fracasar a la fuerza, seguida de una guerra bajo las condiciones que ellos impondrían. Según las apariencias exteriores, tenían todos los triunfos en la mano.

Por este mismo hecho había sido muy necesario mantener al público en general tan ignorante del problema como se pudiera. Si se hubiera confiado al subéter todos los detalles, sin una cuidadosa preparación, el Gobierno de la Tierra quizá se hubiera visto empujado irresistiblemente a una guerra contra todo el resto de la Galaxia por los gritos indignados del público. Pero la convocatoria sólo empeoraría la cuestión, porque se interpretaría como una cobarde venta a los sirianos.

Y sin embargo, era imposible mantener un secreto absoluto; además de que la Prensa se mostraba colérica y rebelde a causa de lo diluido de los comunicados que el Gobierno le entregaba. La situación empeoraba día tras día.

El presidente habría de mantenerse firme, contra viento y marea, hasta la celebración de la conferencia. Y sin embargo, si ésta fracasaba, la situación actual podría considerarse como si fuera miel comparada con la que sobrevendría.

En la indignación general que seguiría entonces, no sólo habría guerra, sino que, además, el Consejo de Ciencias quedaría completamente desacreditado y destrozado, y la Federación Terrestre perdería su arma más poderosa precisamente en el momento en que más la necesitaba.

Hacía semanas enteras que Héctor Conway no dormía sin tomar píldoras, y por primera vez en su carrera pensaba en serio que debía retirarse.

Conway se levantó pesadamente y se encaminó hacia la nave, a la que estaba preparando para el despegue. Dentro de una semana estaría en Vesta, para las conversaciones preliminares con Doremo. Ese viejo estadista de ojos color rosa tendría en sus manos la balanza del poder. No cabía duda. La misma debilidad de su pequeño mundo era lo que le hacía poderoso. Era lo más aproximado a una persona desinteresada y neutral en la Galaxia, y hasta los

sirianos le escucharían con atención.

—Sí, para empezar, él, Conway, conseguía que le prestara atención...

El consejero jefe apenas se dio cuenta del hombre que se le acercaba, hasta que faltaba poco para que chocase con él.

—¿Eh? ¿Quién es usted? —preguntó Conway, molesto.

El hombre se llevó la mano al ala del sombrero.

—Jan Dieppe, de la Transubetérea. Jefe de la organización. Quisiera saber si está dispuesto a contestar unas cuantas preguntas.

—No, no. Estoy a punto de subir a la nave.

—Me doy cuenta, señor. Por este mismo motivo, precisamente, le interrumpo. No tendré otra oportunidad. Usted se dirige a Vesta, por supuesto.

—Sí, por supuesto.

—Para enterarse del ultraje cometido en Saturno.

—¿Eh?

—¿Qué cree que hará la conferencia, jefe? ¿Se figura que Sirio hará caso de resoluciones y votaciones?

—Sí, creo que Sirio las obedecerá.

—¿Cree que las votaciones le serán adversas a Sirio?

—Sí, estoy seguro que las perderá. Y ahora, ¿me deja pasar?

—Lo siento, señor, pero hay otra cosa muy importante que debe saberse en la Tierra...

—Por favor, no me diga qué es lo que usted cree que deben saber. Le aseguro que lo bueno de la gente de la Tierra lo tengo muy junto a mi corazón.

—Y... es, ¿por qué el Consejo de Ciencias está dispuesto a permitir que los Gobiernos extranjeros voten sobre si la Federación Terrestre ha sido invadida o no? Se trata de una cuestión que habríamos de decidir nosotros mismos, y nadie más.

Conway no podía dejar de percibir la corriente subterránea de amenaza en el interrogatorio, cortés, pero insistente, a que le sometía aquel hombre. Mirando por encima del hombro del reportero, pudo ver al secretario de Estado hablando con un grupo de periodistas en un lugar más próximo a la nave.

—¿A qué se refiere? —inquirió.

—Me temo que el público pone en duda la buena fe del Consejo, jefe. Y en relación a esto, la Transubetérea ha recogido una emisión de noticias de una estación siriana que todavía no ha dado al público. Necesitamos que usted las comente.

—No hay comentario. Una emisión siriana de noticias destinadas al consumo nacional no merece comentario.

—Dicho noticiario daba muchos detalles. Por ejemplo, ¿dónde está el consejero David Starr, el legendario Lucky, en persona? ¿Dónde está?

—¿Qué?

—Vamos, jefe. Ya sé que a los miembros del Consejo no les gusta la publicidad, pero ¿han enviado ustedes al consejero Starr a Saturno en una misión secreta?

—Y si así fuera, joven, ¿esperaría usted que yo hablase de tal misión?

—Dándose el caso de que Sirio estuviera hablando ya de ella, sí. Dicen que Lucky Starr invadió el sistema saturniano y fue capturado. ¿Es cierto?

Conway replicó, muy tieso:

—Desconozco el paradero actual del consejero David Starr.

—¿Significa eso que podría hallarse en el sistema saturniano?

—Significa que desconozco su paradero.

El reportero arrugó la nariz.

—Muy bien. Si le parece que suena mejor que el jefe del Consejo de Ciencias desconozca el paradero de uno de sus agentes más importantes, allá usted. Pero el espíritu general del pueblo se inclina cada día más contra el Consejo. Se habla mucho de la ineptitud del Consejo al dejar que Sirio llegara primero a Saturno, y de su interés por echar una mano de cal encima del asunto, en beneficio de sus pellejos políticos.

—Sus palabras son un insulto. Buenos días, señor.

—Los sirianos dicen claramente que han capturado a Lucky Starr en el sistema saturniano. ¿Algún comentario sobre la cuestión?

—No. Déjeme pasar.

—Los sirianos dicen que Lucky Starr asistirá a la conferencia.

—¿Eh? —Por un momento Conway no pudo disimular una sacudida de interés.

—Parece que esto le impresiona, jefe. Lo chocante del caso es que los sirianos dicen que declarará en favor de ellos.

—Eso habremos de verlo —replicó Conway, pronunciando las palabras con dificultad.

—¿Admite usted que estará presente en la conferencia?

—No sé nada de esa cuestión.

El reportero se hizo a un lado.

—Muy bien, jefe. Se trata únicamente de que los sirianos afirman que Starr les ha dado ya una información valiosa y que, fundándose en ella, podrán acusarnos de agresión. Quiero decir, ¿qué hace el Consejo? ¿Lucha con nosotros, o contra nosotros?

Conway, sintiéndose acosado de un modo insoportable, murmuró:

—Sin comentarios. —Y se apresuró a seguir su camino.

El reportero le gritó todavía:

—Starr es hijo adoptivo de usted, ¿verdad que sí, jefe?

Conway se volvió un instante. Luego, sin pronunciar palabra, se apresuró hacia la nave.

¿Qué había que decir? ¿Qué podía decir él excepto que le esperaba una conferencia interestelar más importante para la Tierra que cualquier otra reunión de esta clase habida en toda la historia del planeta? ¿Que aquella conferencia se inclinaba notablemente en favor de Sirio? ¿Que había muchísimas probabilidades de que todo —la paz, el Consejo de Ciencias, la Federación Terrestre—, todo quedara destruido? ¿Y que sólo el delgado escudo de los esfuerzos de Lucky los protegía a todos?

Por alguna razón, lo que deprimía a Conway más que ninguna otra cosa —más, incluso, que una guerra perdida— era el pensar que si la noticia de la emisión de Sirio era cierta y si la conferencia fracasaba a pesar de todo, y a despecho de las primeras intenciones de Lucky, éste pasaría a la historia como un redomado traidor a la Tierra! Y sólo unas pocas personas sabrían la auténtica verdad.

EN VESTA

El secretario de Estado, Lamont Finney, era un político de carrera que había servido unos quince años en la legislatura y cuyas relaciones con el Consejo de Ciencias nunca habían sido arrolladoramente amistosas. Estaba entrado en años y no gozaba de una salud excelente, con lo cual tendía a ser pendenciero. Oficialmente, era el jefe de la delegación terrestre para Vesta. En realidad, sin embargo, Conway comprendía perfectamente bien que, como jefe del Consejo, había de ser él quien estuviera dispuesto a aceptar toda la responsabilidad del fracaso... si se fracasaba.

Finney lo dejó bien sentado aun antes de que la nave, uno de los mayores cruceros del espacio de la Tierra, despegara.

—La Prensa está casi incontrolable —anunció—. Se halla usted en una mala situación, Conway.

—Toda la Tierra se halla en las mismas condiciones.

—No; sólo usted, Conway.

Éste respondió con voz lúgubre:

—En fin, no me hago ilusiones. No creo que, si las cosas van mal, el Consejo pueda esperar ningún apoyo del Gobierno.

—Me temo que no. —El secretario de Estado se abrochaba los cinturones con la mayor atención para ahorrarse las incomodidades del despegue y se aseguraba de tener a mano las píldoras contra el mareo espacial—. El apoyo del Gobierno en favor de ustedes sólo significaría la caída de éste, y bastantes problemas habrá si se declara la guerra. No podemos permitirnos el lujo de la inestabilidad política.

Conway se convenció de que el anciano político no tenía ninguna confianza en el resultado de la conferencia, y que no esperaba otra cosa que una guerra.

—Oiga, Finney, si lo malo acaba en lo peor —opinó—, necesitaré voces amigas que me ayuden a impedir que la reputación del consejero Starr caiga en...

Finney levantó un momento la canosa cabeza del cojín hidráulico y miró a su compañero con unos ojos apagados y atormentados.

—Imposible. El consejero fue a Saturno por su propia voluntad, no pidió

permiso a nadie, no recibió ninguna orden. Estaba dispuesto a correr el riesgo. Si las cosas salen mal, está acabado. ¿Qué podemos hacer si no?

—Usted sabe que él...

—Yo no sé nada —replicó con violencia el político—. No sé nada, oficialmente. Usted ha compartido bastante tiempo la vida del hombre público para saber que en determinadas circunstancias el pueblo necesita una cabeza de turco e insiste en que se la proporcionen. El Consejero Starr será esa cabeza de turco.

Finney volvió a recostarse en el asiento, cerró los ojos, y Conway se arrellanó a su lado. En distintos lugares de la nave otros personajes ocupaban sus puestos, y el trueno lejano de los motores empezó a retumbar, subiendo de tono a medida que la nave se elevaba lentamente de la pista de aterrizaje y se remontaba hacia el firmamento.

La Shooting Starr planeaba a unos mil seiscientos kilómetros de Vesta, cogida en su débil gravedad y rodeando lentamente al asteroide, con los motores parados. Amarrado a ella se hallaba un pequeño bote salvavidas, procedente de la nave madre siriana.

El funcionario Zayon había salido de la Shooting Starr para unirse a la delegación siriana en Vesta, y en su lugar había quedado un robot. En el bote salvavidas estaba Bigman, acompañado del funcionario Yonge.

Lucky tuvo una sorpresa cuando la cara de Yonge le miró por el receptor.

—¿Qué hace usted en el espacio? —le preguntó al funcionario—. ¿Está Bigman con usted?

—Sí, está. Yo soy su vigilante. Supongo que usted esperaba encontrar un robot.

—En efecto. ¿O acaso no se atreven a confiar a Bigman a un robot, después de lo ocurrido?

—No es eso; se trata únicamente de una artimaña de Devoure para asegurarse de que yo no asista a la conferencia. Es una bofetada que le da al Servicio.

—Asistirá el funcionario Zayon —aseguró Lucky.

—Zayon —repitió Yonge como en un bufido—. Es un hombre capaz, pero subordinado. No se da cuenta de que el Servicio tiene misiones superiores a la de obedecer ciegamente las órdenes de arriba; de que tenemos respecto a Sirio el deber de cuidar de que se le gobierne según los inflexibles principios del honor que guían al mismo Servicio.

—¿Cómo está Bigman? —preguntó Lucky.

—Bastante bien. Pero parece desdichado. Es raro que una persona con un aspecto tan estrambótico como él posea un sentido del deber y el honor más

sólido y estricto que usted.

Lucky apretó los labios. Quedaba muy poco tiempo, y se alarmaba siempre que uno de los dos funcionarios se ponía a especular sobre su pérdida del honor. De ahí a preguntarse si es que en realidad quizá no lo hubiera perdido sólo mediaba un paso. Dado este paso, podían ponerse a cavilar muy bien cuáles eran sus verdaderas intenciones, y a continuación...

—Bueno, sólo le llamé para asegurarme de si todo marchaba bien —decía Yonge, con un levantamiento de hombros—. Soy el responsable de la seguridad y el bienestar de usted hasta que, a su debido tiempo, le presentemos ante la conferencia.

—Espere, funcionario. Allá en Titán usted me hizo un favor...

—No le hice ninguno. Seguí los dictados del deber.

—Sea como fuera, nos salvó la vida a Bigman y a mí. Quizás hiciera demasiado. Puede ocurrir que cuando haya terminado la conferencia, usted considere en peligro su propia vida.

—¿Mi vida?

Lucky explicó pausadamente:

—Cuando yo haya declarado, es posible que, por un motivo u otro, Devoure decida desembarazarse de usted, a pesar del peligro de que los sirianos se enteren de su pelea con Bigman.

Yonge emitió una carcajada amarga.

—Durante el viaje, no se le ha visto ni una sola vez. Ha esperado en su camarote que se le curase el rostro. Estoy perfectamente a salvo.

—A pesar de todo, si se considera usted en peligro, acuda a Héctor Conway, consejero jefe de Ciencias. Le doy palabra de que le aceptará como exiliado político.

—Supongo que lo dice con buena intención —contestó Yonge—, pero pienso que después de la conferencia será Conway quien tendrá que buscar asilo político. —Y Yonge cortó las conexiones.

Lucky no pudo hacer otra cosa que contemplar el resplandeciente Vesta y pensar tristemente que, al fin y al cabo, todas las probabilidades se inclinaban notablemente en favor de que Yonge estuviera en lo cierto.

Vesta era uno de los asteroides mayores. No alcanzaba el tamaño de Ceres, que con sus ochocientos kilómetros de diámetro era un gigante entre dichos astros; pero sus trescientos cuarenta y tantos kilómetros de polo a polo le colocaban en la segunda clase, en la que solamente otros dos, Palas y Juno, competían con él.

Visto desde la Tierra, Vesta era el asteroide más brillante de todos gracias al azar que había formado su concha exterior principalmente de carbonato cálcico más que de los silicatos y óxidos metálicos, todos más oscuros, que componían los otros asteroides.

Los científicos especulaban sobre esta rara diferencia de constitución química —que nadie había supuesto hasta que se aterrizó real y verdaderamente en el astro; pues anteriormente los astrónomos se preguntaban si Vesta estaba recubierto de una capa de hielo, o de anhídrido carbónico helado—; pero no habían llegado a ninguna conclusión. Y los escritores descriptivos dieron en llamarle « el mundo de mármol ».

« El mundo de mármol » había sido convertido en una base naval durante los primeros tiempos de la lucha contra los piratas espaciales del cinturón de asteroides. Las cavernas naturales existentes bajo su superficie aumentaron de dimensiones y se habían hecho perfectamente herméticas, proporcionando espacio para albergar toda una flota y guardar dos años de provisiones para la misma.

Ahora la base naval resultaba más o menos anticuada; pero con unos ligeros cambios las cavernas podían ser —y habían sido— el lugar más adecuado para una reunión de delegados de toda la Galaxia.

Allí habían acumulado provisiones y agua, y se agregaron algunos lujos que el personal naval no hubiera necesitado. Cruzada la superficie de mármol y una vez en el interior, poca cosa distinguía a Vesta del mejor hotel de la Tierra.

Como la delegación terrestre era la anfitriona (Vesta era territorio terrestre; ni siquiera los sirianos podían discutirlo), distribuía los alojamientos y se encargaba de que los delegados estuvieran cómodos. Esto implicaba el adaptar las diversas dependencias a las ligeras diferencias de gravedad y a las condiciones atmosféricas a que estuvieran habituados los delegados. Los de Warren, por ejemplo, tenían el aire de las habitaciones relativamente frío, en atención al clima que reinaba en su planeta de origen.

No era por casualidad que se dedicaran los mayores esfuerzos a acomodar a la delegación de Elam. Éste era un mundo pequeño que giraba en torno a una enana roja. Reinaba allí un medio ambiente tal que nadie habría supuesto que pudieran medrar en él seres humanos. Sin embargo, el ingenio de la especie humana sabía sacar partido hasta de aquellas mismas deficiencias.

Como no había suficiente luz para que crecieran en el planeta plantas del tipo de las de la Tierra, se utilizaban luces especiales y se cultivaban variedades particulares, con tal esmero que los cereales y demás productos agrícolas elamitas en general no sólo eran aceptables, sino de una calidad que no tenía por igual en ningún otro punto de la Galaxia. La prosperidad elamita descansaba en sus exportaciones agrícolas en una medida que otros mundos más favorecidos por la naturaleza no podían igualar.

Debido probablemente a la pobre luz del sol de Elam, la pigmentación de la piel recibía pocos estímulos. Todos sus habitantes tenían el cutis extremadamente blanco.

El jefe de la delegación de Elam, por ejemplo, era casi albino. Se llamaba

Agas Doremo, y durante más de treinta años había sido el jefe reconocido de las fuerzas neutralistas de la Galaxia. En todos los conflictos que surgían entre la Tierra y Sirio —por supuesto, los sirianos representaban a las fuerzas antiterrestres más extremistas de la Galaxia— mantenía nivelada la balanza.

Conway contaba con que también ahora la mantendría así. Por ello entró en las habitaciones destinadas al elamita con el aire de un amigo, aunque procuró no mostrarse demasiado efusivo, y sólo le estrechó la mano calurosamente. Parpadeando por culpa de la luz, rojiza y apagada, aceptó un vaso de una especie de cerveza traída de Elam.

—El cabello se le ha plateado desde la última vez que le vi, Conway —afirmó Doremo—. Lo tiene tan blanco como el mío.

—Han pasado bastantes años desde que nos vimos por última vez, Doremo.

—Entonces, ¿es que no se le ha puesto blanco en estos últimos meses?

Conway sonrió tristemente.

—Sí, creo que se me hubiera blanqueado, si hubiese sido negro.

Doremo movió la cabeza y bebió un sorbo.

—La Tierra se ha dejado colocar en una situación muy incómoda —comentó.

—En efecto. No obstante, según todas las reglas de la lógica, la Tierra tiene razón.

—¿Sí? —Doremo no se comprometía.

—No sé si usted ha meditado mucho este problema...

—Bastante.

—Ni si está muy dispuesto a discutirlo antes de la conferencia...

—¿Por qué no? Los sirianos fueron a verme.

—¡Ah! ¿Tan pronto?

—Viniendo hacia aquí, me detuve en Titán. —Doremo sacudió la cabeza—. Tienen una hermosa base allí, como pude ver cuando me hubieron procurado gafas oscuras... Es la horrible luz azul de Sirio la que lo estropea todo, naturalmente. Hay que reconocérselo, Conway; hacen las cosas en un santiamén.

—¿Ha decidido usted que tienen derecho a colonizar Saturno?

—Mi querido Conway —respondió Doremo—, yo he decidido que quiero paz. Una guerra no daría ningún fruto bueno. Sea como fuere, la situación es ésta: los sirianos están en el sistema saturniano. ¿Cómo se les puede echar de allí sin guerra?

—Hay un medio, uno sólo —aseguró Conway—. Si los otros mundos exteriores expusieran claramente que consideran a Sirio un invasor, éste no podría enfrentarse con la enemistad de toda la Galaxia.

—Ah, pero ¿cómo se persuade a los mundos exteriores de que voten contra Sirio? —preguntó Doremo—. La mayoría, si me perdona usted que lo diga,

recelan, por tradición, de la Tierra, y hasta dirán por propia iniciativa que, al fin y al cabo, el sistema saturniano estaba deshabitado.

—Pero desde que la Tierra concedió la independencia a los mundos exteriores, como fruto de la « doctrina hegeliana », se ha dado por firmemente entendido que ninguna unidad menor que un sistema estelar está dotada para gozar de independencia. Que un sistema planetario esté deshabitado no significa nada, si el sistema estelar de que forma parte no está también, en conjunto, deshabitado.

—Estoy de acuerdo con usted. Confieso que eso es lo que se ha dado siempre por entendido. Sin embargo, este principio no había sido puesto a prueba jamás. Ahora lo será.

—¿Cree usted —propuso suavemente Conway—, que sería prudente destruir este supuesto y aceptar un principio nuevo que permitiera que cualquier extraño entrase en un sistema y colonizase los planetas o planetoides deshabitados que pudiera encontrar?

—No —respondió Doremo con énfasis—, no lo creo. Creo que nos interesa a todos que los sistemas estelares se sigan considerando indivisibles; pero...

—¿Pero?

—En esta conferencia se desatarán pasiones que harán difícil que los delegados enfoquen los problemas con buena lógica. Si puedo permitirme la pretensión de aconsejar a la Tierra...

—Adelante. Esta conversación es extraoficial y no ha de quedar constancia de ella.

—Le diría: « No cuenten con apoyos en esta conferencia. Permitan que Sirio permanezca en Saturno por el momento. Con el tiempo, Sirio extremará la jugada. Entonces ustedes podrán convocar otra conferencia, con mayores esperanzas » .

Conway movió la cabeza negativamente.

—Imposible. Si fracasamos aquí, las pasiones se exacerbarán entre nosotros; en verdad ya se han exacerbado.

—Pasiones por todas partes —comentó Doremo levantando los hombros—. Me siento muy pesimista esta vez.

Conway le habló en tono persuasivo:

—Pero si usted personalmente cree que Sirio no debería estar en Saturno, ¿no podría persuadir a otros de esta verdad? Usted es una persona influyente que goza del aprecio de toda la Galaxia. No le pido que haga nada, sino mantenerse fiel a sus propias convicciones. De su actitud puede depender que haya guerra o haya paz.

Doremo dejó el vaso a un lado y se limpió los labios con una servilleta.

—De verdad me gustaría hacerlo, Conway; pero en esta conferencia no me atrevo ni a intentarlo siquiera. Sirio ha preparado el terreno tan a su manera que

podría resultar peligroso para Elam el enfrentarse a ellos. Somos un mundo pequeño... Al fin y al cabo, Conway, si ustedes convocaron esta conferencia para llegar a una solución pacífica, ¿por qué, simultáneamente, enviaron naves de guerra al sistema saturniano?

—¿Eso le han contado los sirianos, Doremo?

—Sí. Me enseñaron alguna de las pruebas que tenían. Hasta me enseñaron una nave terrestre capturada, en vuelo hacia Vesta bajo la garra magnética de una nave siriana. Me dijeron que a bordo de la nave terrestre iba nada menos que Lucky Starr, de quien hasta nosotros, en Elam, hemos oído algo. Tengo entendido que Starr está girando alrededor de Vesta, en estos instantes, esperando el momento de prestar declaración.

Conway movió la cabeza pausadamente en signo afirmativo.

Doremo continuó:

—Pues bien, si Starr confiesa que se han cometido acciones bélicas contra los sirianos..., y lo confesará; de lo contrario sería inconcebible que los sirianos le dejaran prestar testimonio, la conferencia no necesitará nada más. No habrá argumentos que valgan contra eso. Según creo, Starr es hijo adoptivo de usted.

—En cierto sentido, sí —murmuró Conway.

—Esto empeora la situación, compéndalo. Y si usted dice que ha actuado sin la sanción de la Tierra, como supongo que tendrá que decir...

—Y como es cierto que lo ha hecho —afirmó Conway—, aunque no estoy en disposición de asegurar qué alegaremos nosotros.

—Si le desautoriza, nadie le creerá. Se trata de su propio hijo, compéndalo usted. Los delegados de los mundos exteriores levantarán el clamor de « ¡terricolas pérfidos! », de la supuesta hipocresía de la Tierra. Sirio sacará el mayor partido posible de la situación, y yo no podré hacer nada. Ni siquiera podré echar mi voto personal en favor de la Tierra... Será mejor que la Tierra ceda, esta vez.

Conway movió la cabeza negativamente.

—No puede ceder.

—Entonces —lamentó Doremo con infinita tristeza—, esto significará la guerra, con todos nosotros contra la Tierra, Conway.

LA CONFERENCIA

Conway había apurado el vaso.

Ahora se levantaba para salir y estrechaba la mano al elamita con una profunda melancolía en el rostro.

Casi como en una ocurrencia de última hora, agregó:

—Pero, ya sabe, todavía no hemos oído el testimonio de Lucky. Si los efectos del mismo no son tan malos como usted piensa, si su declaración resultara inofensiva incluso, ¿querría colaborar en favor de la paz?

Doremo se encogió de hombros.

—Amigo, se agarra a un clavo ardiendo. Sí, sí, en el caso improbable de que las palabras de su hijo adoptivo no provoquen una desbandada de la conferencia que no permita reunir de nuevo a los delegados, aportaré mi granito de arena. Como le he dicho, en realidad estoy de parte de ustedes.

—Gracias, señor. —Y se estrecharon la mano nuevamente.

Doremo seguía con la mirada al consejero jefe que salía moviendo tristemente la cabeza.

Cruzada ya la puerta, Conway se detuvo, no obstante, para recobrar el aliento. En realidad había conseguido todo lo que esperaba. Ahora, si al menos los sirianos presentaban realmente a Lucky.

La conferencia se abrió con la nota rígida y formal que era de esperar. Todo el mundo hacía gala de una corrección hasta dolorosa, y cuando la delegación de la Tierra entró para ocupar los puestos del centro y la extrema derecha del salón, todos los delegados ya sentados, hasta los sirianos de delante y de la extrema izquierda, se pusieron en pie.

Cuando el secretario de Estado, en representación de la potencia anfitriona, se levantó para pronunciar el discurso de bienvenida, habló de generalidades sobre la paz y sobre la puerta que esta paz abría a la expansión continua del género humano por la Galaxia, de los antepasados comunes y la hermandad de todos los hombres, y también del lamentable desastre que sería una guerra. Puso mucho cuidado en no mencionar ninguno de los puntos en discusión, no pronunció el nombre de Sirio y, sobre todo, no insinuó ninguna amenaza.

Fue generosamente aplaudido. Luego la conferencia votó a Agas Doremo

para presidente que era el único hombre a quien podían aceptar ambos bandos, y empezó la tarea principal de la reunión.

La conferencia no estaba abierta al público; pero había palcos especiales para periodistas de los diversos mundos representados. No se les permitía entrevistar a los delegados, uno por uno; pero sí se les autorizaba escuchar y enviar reportajes no censurados.

Las intervenciones, como de costumbre en tales reuniones interestelares, tenían lugar en interlingua, el idioma amalgama que servía de comunicación general por toda la Galaxia.

Después de un breve discurso de Doremo ensalzando las virtudes del compromiso y suplicando que nadie fuese tan terco que quisiera exponerse a los peligros de una guerra cuando una leve transigencia pudiera garantizar la paz, dio la palabra nuevamente al secretario de Estado de la Tierra.

Esta vez el secretario fue un hombre de partido, y presentó su punto de vista sobre el problema en discusión enérgicamente y bien.

Sin embargo, la actitud hostil de los otros delegados no dejaba lugar a dudas. Era un estado de ánimo general que flotaba como una niebla por el salón de la asamblea.

Conway se sentaba junto al secretario, con la barbilla hundida en el pecho. Habitualmente habría sido un error por parte de la Tierra el pronunciar su mejor discurso ya en el comienzo. Habría equivalido a gastar las mejores municiones antes de saber dónde estaba el blanco. De este modo se daba ocasión a Sirio de pergeñar una réplica demoledora.

No obstante, en este caso, eso era precisamente lo que Conway quería.

El consejero jefe sacó el pañuelo, se lo pasó por la frente y lo escondió a toda prisa, deseando que no se hubiera fijado nadie. No quería parecer preocupado.

Sirio se reservó la réplica y, sin duda obedeciendo a un acuerdo previo, los representantes de tres mundos exteriores, tres mundos que se hallaban notoriamente bajo influencia siriana, se levantaron y pronunciaron unas breves palabras. Todos eludieron el problema directo, pero todos comentaron apasionadamente las intenciones agresivas de la Tierra así como su ambicioso deseo de imponer un gobierno galáctico bajo su propia tutela. Los tres representantes preparaban el escenario para la inminente exhibición siriana, y, hecho esto, se levantó la sesión para almorzar.

Finalmente, seis horas después de la inauguración de la conferencia, se concedió la palabra a Sten Devoure, de Sirio, y el aludido se puso en pie. Devoure se acercó al proscenio con estudiada lentitud y se quedó plantado allí, mirando a los delegados con una expresión de orgullosa confianza en el aceitinado rostro, en el que ya no quedaban rastros de su malandanza con Bigman.

Hubo una especie de agitación entre los delegados, que sólo se apaciguó al

cabo de unos minutos, durante los cuales Devoure no hizo intento alguno por iniciar su discurso.

Conway estaba seguro de que todos los delegados sabían que Lucky Starr prestaría declaración en breve. Todos esperaban aquel momento de humillación completa de la Tierra con entusiasmada expectación.

Devoure empezó el discurso por fin, en voz muy baja. Procedió a una introducción histórica.

Retrocediendo a los días en que Sirio era una colonia terrestre, repitió una vez más los agravios de aquellos tiempos. Desempolvó la « doctrina hegeliana », que había establecido la independencia de Sirio junto con la de las otras colonias, tachándola de insincera, y uno por uno fue enumerando los supuestos intentos de la Tierra por instaurar nuevamente su hegemonía.

Pasando a los momentos actuales, continuó:

—Ahora se nos acusa de haber colonizado un mundo deshabitado. Nos declaramos autores del hecho. Se nos acusa de haber extendido el radio de acción de la raza humana a un mundo adecuado para recibirla y al que otros tenían en olvido. Nos declaramos autores del hecho.

» No se nos ha acusado de haber hecho violencia a nadie en todo este proceso. No se nos ha acusado de haber hecho la guerra, ni de matar o herir, en el curso de la ocupación del mundo citado. No se nos acusa de ningún crimen. En cambio se declara meramente que a menos de mil seiscientos millones de kilómetros del mundo que ocupamos nosotros ahora tan pacíficamente existe otro mundo habitado que se llama Tierra.

» Nosotros no vemos que esto tenga nada que ver con nuestro mundo, Saturno. Nosotros no le causamos ninguna violencia a la Tierra, ni ellos nos acusan de ninguna. Sólo pedimos el derecho de que nos dejen en paz, a cambio del cual prometemos que les dejaremos en paz a ellos.

» Ellos dicen que Saturno les pertenece. ¿Por qué? ¿Han ocupado sus satélites en alguna ocasión? No. ¿Han demostrado algún interés por dicho mundo? No. Durante los miles de años que no tenían que hacer nada sino alargar la mano y cogerlo, ¿lo quisieron? No. Fue solamente después de haber aterrizado nosotros allá cuando descubrieron súbitamente que les interesaba mucho.

» Dicen que Saturno gira alrededor del mismo Sol que la Tierra. Lo reconocemos así, aunque al mismo tiempo hacemos notar que este punto no tiene nada que ver con el problema que se debate. Un mundo deshabitado es un mundo deshabitado, sin que importe el camino que siga por el espacio. Nosotros lo hemos colonizado antes que nadie, y nos pertenece.

» He dicho hace un momento que Sirio ha ocupado el sistema saturniano sin violencia de ninguna clase y sin amenazas de recurrir a la fuerza, y que en todo lo que hacemos nos mueve un deseo de paz. Nosotros no hablamos mucho de la paz, como suele hacerlo la Tierra; pero al menos la practicamos. Cuando la

Tierra convocó una conferencia, la aceptamos al momento, en bien de la paz, aunque no haya sombra alguna de duda sobre nuestro título de propiedad sobre el sistema saturniano.

» ¿Qué diremos, en cambio, de la Tierra? ¿Cómo respalda sus puntos de vista? Los terrícolas son muy elocuentes al hablar de la paz; pero sus acciones concuerdan muy mal con sus palabras. Piden la paz y practican la guerra. Convocan una conferencia, y al mismo tiempo equiparon una expedición guerrera. En resumen, mientras Sirio arriesgaba sus intereses en bien de la paz, la Tierra, en recompensa, se lanzaba a una guerra no provocada contra nosotros. Puedo demostrar lo que digo por boca de un miembro del propio Consejo de Ciencias de la Tierra.

Devoure levantó la mano al mismo tiempo que pronunciaba la última frase —primer gesto que hacía en todo el rato— y señaló el umbral de una puerta sobre el que habían dejado caer un foco luminoso. Lucky Starr se encontraba de pie allí, alto y retadoramente erguido. A cada lado tenía un robot, de guardia.

Al ser traído a Vesta, Lucky vio por fin, una vez más, a su amigo Bigman. El marciano corrió hacia él, bajo la mirada entre agria y divertida de Yonge, que contemplaba la escena desde cierta distancia.

—Lucky —suplicó Bigman—, ¡arenas de Marte, Lucky!, no sigas con tu propósito. Si no quieres, no conseguirán que digas ni una sola palabra, y en realidad importa poco lo que sea de mí.

Lucky meneó la cabeza pausadamente.

—Espera, Bigman. Espera un día más.

Yonge se acercó y cogió a Bigman por el codo.

—Lo siento, Starr, pero necesitamos a su amigo hasta que usted haya terminado. Devoure tiene gran sentido de los rehenes, y en este punto de la cuestión me inclino a pensar que acierta. Usted tendrá que enfrentarse con los suyos, y le será difícil incurrir en el deshonor.

Lucky reunió sus fuerzas para ese preciso momento cuando se hallaba por fin en el umbral de la puerta, notando que todas las miradas estaban clavadas en él, sintiendo el silencio, y las respiraciones contenidas. Hallándose en el centro del chorro de luz, no veía a los delegados sino como una masa negra gigante. Sólo después de haberle dejado los robots en el banquillo de los testigos, empezaron a destacar algunos rostros de entre la turba, así pudo ver a Héctor Conway en primera fila.

Por un momento Conway le dirigió una sonrisa fatigada y afectuosa; pero Lucky no se atrevió a corresponder del mismo modo. Había llegado el momento crítico y no debía hacer nada que, ni siquiera en este último instante, pusiera en guardia a los sirianos.

Devoure miraba al terrícola con mirada hambrienta, saboreando de antemano el triunfo inminente.

—Caballeros. Deseo convertir temporalmente esta conferencia en algo muy parecido a un tribunal de justicia. Tengo aquí un testigo al que deseo que todos los delegados escuchen. Apoyaré mi causa en lo que él diga... Él, que es un terrícola y agente importante del Consejo de Ciencias. —Luego se dirigió a Lucky y pidió en tono súbitamente tajante—: Su nombre, ciudadanía y situación, por favor.

—Soy David Starr, natural de la Tierra y miembro del Consejo de Ciencias —respondió Lucky.

—¿Ha sido sometido a drogas, sondeos psíquicos o violencia mental de cualquier clase para inducirle a prestar testimonio aquí?

—No, señor.

—¿Habla voluntariamente, pues, y dirá la verdad?

—Hablo voluntariamente, y diré la verdad.

Devoure se volvió hacia los delegados.

—Podría ocurrírsele a alguno de ustedes que quizás el consejero Starr haya sido manipulado mentalmente sin que él mismo lo sepa, y que niegue el haber sufrido algún daño mental a consecuencia precisamente de ese mismo daño mental recibido. En tal caso, todo miembro de esta conferencia con los conocimientos médicos precisos, y sé que hay bastantes que los poseen puede examinarle, si así lo solicita.

Nadie lo solicitó, y Devoure siguió hablando, dirigiéndose ahora a Lucky:

—¿Cuándo advirtió usted por primera vez la existencia de la base siriana en el sistema saturniano?

Secamente, sin la menor emoción, los ojos inexpresivos fijos al frente, Lucky describió la primera entrada en el sistema saturniano y el aviso de que se marchase.

Conway acogió con un leve movimiento de cabeza la omisión total en que incurrió Lucky acerca de la cápsula y de las actividades de espionaje del Agente X. Este agente habría podido ser ni más ni menos que un delincuente terrícola. Evidentemente, a Sirio no le interesaba que se mencionase sus actividades de espionaje por aquellas fechas y, con la misma evidencia, Lucky consideraba oportuno el darles gusto sobre este punto en particular.

—¿Y se marchó usted después del aviso?

—Sí, señor, me marché.

—Definitivamente.

—No, señor.

—¿Qué hizo usted a continuación?

Lucky describió la estratagema de esconderse detrás de Hidalgo, el acercarse al polo sur de Saturno, el vuelo a través de la brecha de los anillos para llegar a Mimas...

Devoure le interrumpió:

—¿Usamos en algún momento violencia contra su nave?

—No, señor.

Devoure se volvió de nuevo hacia los delegados.

—No es necesario que se fien de la palabra del consejero. Tengo aquí las telefotos de la persecución de la nave del consejero cuando se dirigía a Mimas.

Mientras Lucky permanecía en el círculo de luz, el resto del salón estaba a oscuras, y en la pantalla tridimensional los delegados contemplaban escenas de cuando la Shooting Starr se precipitaba hacia los anillos y desaparecía por una brecha que, hallándose en el ángulo de la fotografía, resultaba invisible.

Luego aparecía lanzándose de cabeza contra Mimas y desapareciendo en medio de un relámpago de luz y vapor bermejos.

Quizás en ese momento Devoure sintiera nacer en su interior una furtiva admiración por el arrojado terrícola, porque agregó, con un deje de desazonada precipitación:

—Si no pudimos alcanzar al consejero fue porque su nave iba equipada con los motores Agrav. A nosotros nos resultaba más difícil que a él maniobrar por las cercanías de Saturno. Por esta razón no nos habíamos acercado anteriormente a Mimas y no estábamos psicológicamente preparados para ver cómo se acercaba él.

Si Conway hubiese osado, habría gritado: « ¡Tonto! », en voz alta, al oír esta declaración. A Devoure le saldría caro este momento de celos. Naturalmente, al mencionar los Agrav trataba de agitar los temores de los mundos exteriores ante unos progresos científicos de la Tierra; lo cual podía terminar siendo otro gran error. Dichos temores podían hacerse demasiado fuertes.

Devoure se dirigió a Lucky:

—Bien, pues, ¿qué sucedió cuando usted abandonó Mimas?

Lucky describió su captura, y Devoure, después de aludir a la posesión por parte de Sirio de detectores de masa más perfeccionados, añadió:

—Y luego, una vez en Titán, ¿nos dio usted nuevos datos relativos a sus actividades en Mimas?

—Sí, señor. Les dije que en Mimas quedaba otro consejero, y luego les acompañé allá otra vez.

Al parecer, los delegados no estaban enterados de este detalle. Se promovió una tremenda agitación, que Devoure calmó a gritos.

—Tengo una telefoto completa de la retirada del consejero de Mimas, donde había sido enviado para establecer una base guerrera secreta contra nosotros por las mismas fechas en que la Tierra convocaba esta conferencia, que se suponía destinada a promover la paz.

Nuevo oscurecimiento y nuevas imágenes tridimensionales. La conferencia presenció el aterrizaje en Mimas con todo detalle, vio como la superficie se derretía, vio como Lucky desaparecía dentro del túnel formado y como sacaban de allí al consejero Ben Wessilewsky y lo subían a bordo de una nave. Las

últimas fotografías eran las tomadas en los cuarteles de temporada de Wess bajo la superficie de Mimas.

—Una base perfectamente equipada, como ven ustedes —comentó Devoure. Luego, volviéndose hacia Lucky, preguntó—: ¿Puede considerarse que las acciones de usted en todo este proceso gozaban de la aprobación oficial de la Tierra?

Era una pregunta muy intencionada y no se podía dudar de qué respuesta deseaba Devoure que le diesen; pero aquí Lucky titubeó, mientras el público aguardaba conteniendo la respiración y las arrugas del ceño se reunían en la faz de Devoure. Por fin Lucky respondió:

—Diré la verdad exacta. No recibí permiso directo para entrar en Saturno por segunda vez, pero sé que para todo lo que hice habría podido contar con la aprobación plena del Consejo de Ciencias.

Este reconocimiento suscitó una tremenda conmoción entre los reporteros y una oleada de murmullos abajo en la sala. Los delegados se levantaban de sus asientos, y se oían gritos de:

—¡A votar! ¡A votar!

Según todas las apariencias, la conferencia había terminado, y la Tierra había perdido.

ELCAZADOR CAZADO

Agas Doremo estaba de pie blandiendo el mazo tradicional para imponer silencio, con la ineficacia más completa. Conway se abrió paso lentamente entre una marea de gestos amenazantes y maullidos de burla y movió el interruptor, con lo cual hizo sonar el antiguo aviso de los piratas. Un sonido estridente, que subía y bajaba de tono e intensidad, se derramó sobre aquel desorden, obligando a los delegados a guardar un silencio sorprendido.

Conway cerró el sonido, y en el repentino silencio, Doremo se apresuró a decir:

—He dado la palabra al consejero jefe Héctor Conway, de la Federación Terrestre, para que interroge a su vez al consejero Starr.

Hubo gritos de:

—¡No! ¡No!

Pero Doremo continuó obstinadamente:

—Pido a la conferencia que juegue limpio en este sentido. El consejero jefe me asegura que su interrogatorio será breve.

En medio de un zumbir de movimientos y ruido y una oleada de murmullos, Conway se acercó a Lucky. Sonreía; pero habló con aire formal, diciendo:

—Consejero Starr, el señor Devoure no le ha interrogado acerca de las intenciones de usted en este episodio. Dígame, ¿por qué entró usted en el sistema saturniano?

—A fin de colonizar Mimas, jefe.

—¿Se consideraba con derecho a ello?

—Era un mundo deshabitado, jefe.

Conway se volvió para mirar cara a cara a un grupo de delegados súbitamente pasmado y silencioso.

—¿Tendría la bondad de repetirlo, consejero Starr?

—Yo deseaba establecer seres humanos en Mimas, mundo deshabitado que pertenece a la Federación Terrestre, jefe.

Devoure se había puesto en pie, y gritaba furiosamente:

—Mimas forma parte del sistema saturniano.

—Exacto —aceptó Lucky—, del mismo modo que Saturno forma parte del

Sistema Solar de la Tierra. Pero según la interpretación de usted, Mimas es, meramente, un mundo vacío. Hace unos momentos, usted ha reconocido que las naves sirianas jamás se acercaron a Mimas antes de que la mía aterrizase allí.

Conway sonreía. También Lucky había captado este traspié en las palabras de Devoure. El consejero jefe intervino:

—El consejero Starr no estaba aquí, Devoure, cuando usted pronunció el discurso de introducción. Permítame citar un pasaje del mismo, al pie de la letra: «Un mundo deshabitado es un mundo deshabitado, sin que importe el camino particular que siga por el espacio. Nosotros lo colonizamos primero, y es nuestro».

Aquí el consejero jefe se volvió hacia los delegados, y continuó con mucha calma y profunda intención:

—Si la opinión de la Tierra es acertada, Mimas pertenece a la Tierra, porque gira alrededor de un planeta que, a su vez, gira alrededor del Sol. Pero si es acertada la opinión de Sirio, Mimas sigue perteneciendo también a la Tierra, porque estaba deshabitado y nosotros lo colonizamos primero. Según el hilo del razonamiento siriano, el hecho de que ellos hubieran colonizado otro satélite de Saturno no tenía nada que ver con el asunto.

»En ambos casos, al invadir un mundo que pertenecía a la Federación Terrestre y echar de allí a nuestros colonos, Sirio ha cometido una acción bélica y ha demostrado su profunda hipocresía al negar a otros los derechos que reclamaba para sí.

De nuevo se formó un torbellino confuso. Y ahora fue Doremo quien tomó la palabra antes que nadie:

—Caballeros, tengo algo que decir. Los hechos, tal como los han expuesto los consejeros Starr y Conway, son irrefutables. Esto demuestra la completa anarquía en que se sumiría la Galaxia si prevaleciese el punto de vista siriano. Cada roca deshabitada se convertiría en fuente de disputa; cada asteroide sería una amenaza para la paz. Los sirianos, con su proceder, se han calificado de insinceros...

Hubo un cambio de frente completo y repentino.

Si se hubiera dado tiempo, Sirio todavía habría podido concentrar sus fuerzas, pero Doremo, hombre de experiencia y parlamentario hábil, maniobró de forma que la conferencia votase inmediatamente, mientras los prosirianos estaban aun completamente desmoralizados y antes de que tuvieran ocasión de meditar si osarían situarse contra los hechos puros y simples tal como se habían revelado de pronto.

Tres mundos votaron al lado de Sirio. Fueron Penthesileia, Duvarn y Mullen, los tres pequeños y notoriamente sometidos a la influencia política siriana. El resto de la conferencia, más de cincuenta votos, se puso de parte de la Tierra. Se ordenó a Sirio que libertase a los terrícolas que había cogido prisioneros. Y se le

ordenó también que dismantelase la base y abandonase el Sistema Solar en el plazo de un mes.

El mandato no podía imponerse sino mediante la guerra, por supuesto; pero la Tierra estaba preparada para combatir, y Sirio tendría que afrontar la lucha sin la ayuda de los mundos exteriores. Y no había en Vesta ni un solo hombre que esperase que Sirio luchara, en tales condiciones.

Devoure, jadeando y con el rostro alterado, vio a Lucky una vez más.

—Ha sido un treta cochina —farfulló—. Ha sido un engaño para forzarnos a...

—Usted me forzó a mí —respondió sosegadamente Lucky—, amenazando la vida de Bigman. ¿No lo recuerda? ¿O le gustaría que publicásemos los detalles del hecho?

—El mico amigo tuyo está todavía en nuestro poder —empezó Devoure con aire malvado—, y con voto de la conferencia o sin él...

El consejero jefe Conway, que también estaba presente, sonrió.

—Si se refiere a Bigman, señor Devoure, no lo tienen en su poder. Está en nuestras manos, junto con un funcionario llamado Yonge, que me ha dicho que el consejero Starr le prometió un salvoconducto en caso necesario. Por lo visto, el funcionario cree que dado el humor actual de usted sería muy arriesgado regresar a Titán en su compañía. ¿Puedo recomendarle que medite usted si corre algún riesgo regresando a Sirio? Si quiere solicitarnos asilo...

Pero Devoure, que se había quedado mudo, volvió la espalda y se fue.

Doremo era todo sonrisas mientras se despedía de Conway y Lucky:

—Osaría decir que le alegrará volver a ver la Tierra, joven.

Lucky mostró su conformidad con un gesto.

—Salgo para la patria dentro de una hora, en un crucero y con la pobre Shooting Starr remolcada detrás; pero, francamente, en estos momentos, nada me gustaría más.

—¡Bien! Y deje que le felicite por un trabajo excelente, magnífico. Cuando el jefe Conway me pidió, en el comienzo de la sesión, que le diera tiempo para interrogarle a su vez, se lo concedí en seguida, pero pensé que debía de estar loco. Y cuando usted terminó de declarar y él me hizo signo de que le concediera la palabra, di por seguro que estaba realmente loco. ¡Eh!, no cabe duda, todo eso lo tenían planeado de antemano.

—Lucky me había enviado un mensaje subrayando lo que confiaba hacer —explicó Conway—. Naturalmente, hasta que ya sólo faltaban un par de horas, o menos, no supimos que todo había salido a pedir de boca.

—Creo que usted tenía fe en el consejero —comentó Doremo—. ¡Galaxia, si ya en su primera entrevista conmigo me pidió si me pondría de parte de ustedes, en caso de que la declaración de Lucky dejara de obrar efecto! Entonces no comprendí qué quería decir, naturalmente, pero lo entendí mejor cuando llegó el

momento.

—Le doy las gracias por haber arrojado su peso en nuestro platillo de la balanza.

—Lo arrojé en el platillo que había demostrado palmariamente ser el de la justicia... Es usted un adversario sutil, joven —le dijo a Lucky.

Éste sonrió.

—Yo contaba, meramente, con la falta de sinceridad de Sirio. Si hubieran creído de veras en lo que decían ser su punto de vista, habrían dejado que el consejero colega mío continuase en Mimas, y todo lo que habríamos cosechado como fruto de nuestros esfuerzos habría sido un pequeño satélite helado y una guerra larga y difícil.

—Efectivamente. Bien, sin duda, cuando los delegados lleguen a sus respectivos destinos, habrá quien haya meditado y cambiado de idea; algunos estarán furiosos contra la Tierra, contra mí y hasta contra ellos mismos, supongo, por haberse dejado precipitar. Cuando se serenen, sin embargo, comprenderán que han establecido un principio jurídico; la indivisibilidad de los sistemas estelares, y creo que se darán cuenta también de que la bondad de este principio supera toda herida en su orgullo y sus prejuicios. Creo de veras que los historiadores volverán la vista hacia esta conferencia como hacia un hecho importante y que contribuyó en gran medida a la paz y el bienestar de la Galaxia. Estoy muy contento.

Y estrechó las manos de los dos consejeros terrícolas con extremado vigor.

Lucky y Bigman volvían a estar juntos, y aunque la nave era grande y el número de pasajeros elevado, ellos se mantenían aparte. Marte había quedado atrás, y Bigman se había pasado casi una hora entera contemplándolo con gran satisfacción. La Tierra quedaba delante, y no muy lejos.

Bigman logró por fin expresar su turbación.

—¡Por todos los Espacios, Lucky! —exclamó— no supe ver qué llevabas entre manos; no lo vi ni por un momento. Pensaba... Bueno, no quiero decir qué pensaba. Sólo que... ¡Arenas de Marte!, habrías podido avisarme.

—No podía, Bigman. Era lo único que no podía hacer. ¿No lo comprendes? Había de manejar a los sirianos de forma que echasen a Wess de Mimas, sin dejarles ver las implicaciones del acto. No podía demostrarles que quería que le echasen; si se lo hubiera demostrado habrían visto la trampa en seguida. Había de portarme de tal modo que pareciese que obraba a regañadientes y contra mi voluntad. Al principio, te lo aseguro, no sabía cómo iba a llevar el juego exactamente; aunque si sabía una cosa, si tú hubieras estado al corriente de mi plan, Bigman, habrías dejado entrever la comedia.

—¿Que yo la habría dejado entrever? —Bigman estaba ofendido—. ¡Vaya,

pedazo de leño de la Tierra, ni con un desintegrador me lo hubieran arrancado!

—Lo sé, lo sé, ningún tormento te lo habría arrancado, Bigman. Sencillamente, habrías descubierto la comedia de balde. Eres un pésimo actor, y te consta. Habría bastado que te pusieras furioso para que, por una parte o por otra, se te escapara el secreto. Por esto casi quería que te quedaras en Mimas, ¿te acuerdas? Yo sabía que no podía confiarte los planes que me había trazado, y sabía también que tú interpretarías mal mis maniobras. Tal como salieron las cosas, sin embargo, resultaste una bendición del cielo.

—¿De veras? ¿Por haber dado una paliza al granuja aquél?

—Indirectamente, sí. Esto me dio ocasión de aparentar que trocaba, sinceramente, la libertad de Wess a cambio de tu vida. Necesité menos aparato para seguir este rumbo que cualquier otro que hubiera podido idear en tu ausencia para hacer como que entregaba a Wess. En realidad, tal como se desarrollaron los acontecimientos, no tuve que representar ninguna comedia. Fue motivado por el excelente giro de los hechos.

—¡Oh, Lucky!

—¡Oh, Bigman! Además, la aventura te tenía tan descorazonado que ellos jamás sospecharon que hubiera un engaño escondido. Todo el que te viese a ti habría quedado perfectamente convencido de que yo traicionaba de verdad a la Tierra.

—¡Arenas de Marte, Lucky! —exclamó Bigman, conmovido—, debería haber sabido que no eras capaz de una cosa así. He sido un gran idiota.

—Y yo me alegro de que lo fueses —aseguró Lucky con vehemencia, mesando afectuosamente el cabello de su amiguito.

Cuando Conway y Wess se reunieron con ellos para comer, este último anunció:

—No vamos a tener el regreso a la patria que el camarada Devoure podría suponer. El subéter de la nave está lleno de las alabanzas que imprimen en la Tierra sobre nosotros; sobre ti especialmente, por supuesto.

—No es cosa que uno deba agradecer demasiado —comentó Lucky frunciendo el ceño—. Sencillamente, eso hará nuestra tarea más difícil en el futuro. ¡Publicidad! Paraos a pensar qué dirían si los sirianos hubiesen sido un poquitín más listos y no hubieran mordido el anzuelo, o me hubieran retirado de la conferencia en el último minuto.

Conway se estremeció visiblemente.

—Prefiero no pensarlo. Pero, a pesar de todo, esto es lo que Devoure ha conseguido por ahora.

—Yo creo que sobrevivirá —se mofó Lucky—. Su tío le sacará del apuro.

—Lo que importa —interpuso Bigman—, es que nosotros hemos terminado con él.

—¿Tú lo crees? —preguntó Lucky en tono sombrío—. Me extraña.

Y comieron en silencio durante unos minutos.

Conway, en un visible intento por alegrar la súbitamente ensombrecida atmósfera, alzó la voz:

—Por supuesto, en cierto modo los sirianos no podían permitirse el lujo de dejar a Wess en Mimas, así que lo cierto es que no les dimos ocasión de elegir. Al fin y al cabo, ellos buscaban la cápsula en los anillos, y por todo lo que saben, Wess, cuarenta y ocho mil kilómetros más al exterior solamente podía...

Bigman dejó caer el tenedor; tenía unos ojos como naranjas.

—¡Cohetes llameantes!

—¿Qué te pasa, Bigman? —le preguntó cariñosamente Wess—. ¿Es que has pensado algo, por azar, y se te ha dislocado el cerebro?

—Cállate, cabeza de cuero —replicó Bigman—. Escucha, Lucky, con todo ese lío hemos olvidado la cápsula del Agente X. Todavía estará ahí, en los anillos, a menos que los sirianos la hayan encontrado ya. Y si no la han encontrado, aun disponen de un par de semanas para buscarla.

—También se me había ocurrido, Bigman —mencionó al momento Conway—. Pero, francamente, la considero perdida para siempre. No se puede encontrar nada en los anillos.

—Pero, jefe, ¿no le ha contado Lucky lo de los rayos X especiales para detectar masas que tienen, y...?

Mas, en este instante, todos estaban mirando a Lucky. Su rostro tenía una expresión rara, como si no supiera decidirse entre soltar la carcajada o soltar un juramento.

—¡Gran Galaxia! —gritó—. La había olvidado por completo.

—¿La cápsula? —preguntó Bigman—. ¿La habías olvidado?

—Sí. Había olvidado que la tengo yo. Aquí está. —Y Lucky sacó del bolsillo un objeto metálico de unos dos centímetros de diámetro y lo dejó sobre la mesa.

Los ágiles dedos de Bigman fueron los primeros que se apoderaron de la cápsula, que hizo girar y examinó por todos los costados. Luego los otros le echaron mano también, por turno.

—¿Es esto la cápsula? —inquirió Bigman—. ¿Estás seguro?

—Estoy razonablemente seguro. La abriremos, naturalmente; y lo sabremos con toda certeza.

—Pero ¿cuándo, cómo, dónde...? —Ahora todos se apiñaban a su alrededor, inquisitivos.

Lucky lo apartaba.

—Lo siento. De veras que lo siento... Oídmelo, ¿recordáis las pocas palabras que recogimos del Agente X instantes antes de que su nave estallase? ¿Recordáis las sílabas « orb... norm... », que nosotros decidimos habían de significar « órbita normal » ? Pues bien, los sirianos, como es lógico, supusieron que « normal » significaba « habitual », y que la cápsula había sido dejada en la órbita habitual

de las partículas de los anillos; de modo que la buscaron en éstos.

» Pero es que normal también significa «perpendicular». Los anillos de Saturno se mueven directamente de oeste a este, de modo que la cápsula, en una órbita normal a los anillos, se movería directamente de norte a sur, o de sur a norte. Y esto tenía sentido, porque de este modo la cápsula no se perdería en los anillos.

» Ahora bien, cualquier órbita alrededor de Saturno rodando sin desvíos hacia el norte o hacia el sur había de pasar por encima de los polos, sin que importaran las demás variaciones que dicha órbita pudiera ofrecer. En consecuencia, nosotros nos acercamos al polo sur de Saturno y vigilé el detector de masas por si veía algo que se moviera en la órbita precisa. Y como en el espacio polar había muy pocas partículas, se me ocurrió que si la cápsula estaba allí había de encontrarla. Sin embargo, no quise decir nada, porque las probabilidades eran pequeñas, pensé, y me sabía mal infundir esperanzas falsas.

» No obstante, algo se registró en los detectores de masas, y jugué mi baza. Hice que las velocidades anduvieran a la par y salí de la nave. Como supusiste luego, Bigman, aproveché la ocasión para manipular el aparato Agrav, preparándolo para cuando nos rindiésemos; pero además recogí la cápsula.

» Cuando aterrizamos en Mimas la dejé entre los serpentines del acondicionador de aire del aposento de Wess. Luego, cuando volvimos a buscarle para entregarlo a Devoure, cogí la cápsula y me la puse en el bolsillo. Al embarcarme en la nave, fui objeto de un cacheo rutinario en busca de armas, recuerdo; pero al robot que lo efectuaba no le parecería que una esferita de dos centímetros de diámetro pudiera ser un arma... El utilizar robots tiene muchos inconvenientes. Sea como fuere, ésa es la historia.

—Pero ¿por qué no nos lo dijiste? —aulló Bigman.

Lucky parecía aturdido.

—Quise decíroslo. De veras. Pero después de haber recogido la cápsula y regresado a la nave, los sirianos nos habían localizado ya, recuérdalo, y era cuestión de marcharse. Y lo cierto es que luego, si vuelves la vista atrás, no hubo un solo momento en que no ocurriera algo nuevo. Simplemente... no sé por qué... y a no me acordé de contárselo a nadie.

—¡Qué cerebro! —exclamó Bigman en tono despectivo—. No es raro que no quieras ir a ninguna parte sin mí.

Conway, se echó a reír y dio una palmadita en la espalda al marciano.

—Eso es, Bigman, cuida de ese gran tarugo, y asegúrate de que sepa distinguir el «arriba» del «abajo».

—Después que —intervino Wess— hayas encontrado alguien que te explique a ti qué dirección es «arriba», naturalmente.

Y la nave se zambulló en la atmósfera de la Tierra, hacia el campo de aterrizaje.